



El hombre del balcón

**Per Wahlöö &
Maj Sjöwall**





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El verano de 1963, dos niñas sufrieron abusos sexuales y fueron asesinadas en Estocolmo por un sujeto que se las llevó con engaños del parque en que jugaban. Este suceso del mundo real fue el punto de partida de la novela. Y, además, es también lo primero que nos llama la atención cuando empezamos a leer el libro, que se trata de una historia real.

La escena inaugural es un relato objetivo que, aisladamente, no presenta ningún tipo de rasgo dramático ni carga emocional alguna. En ella se describe un pueblo que se despierta, las rutinas de sus habitantes, los individuos que constituyen las piezas clave de dichas rutinas, el mosaico de pequeños sucesos triviales que pueden observarse desde el balcón de una ciudad bien organizada de la social democracia escandinava.

Así pues, cabe preguntarse cómo es que dicha escena inaugural transmite un horror tan notable y extraño.

L≡LIBROS

Maj Sjöwall & Per Wahlöö

El hombre del balcón

Martin Beck - 3

Prólogo

Todo artista está en deuda con aquellos que lo han precedido. Así es, lo quiera o no y tenga o no conciencia de ello. Ya sea que baile, juegue al fútbol o escriba libros, crea una prolongación del trabajo de los demás. Sin embargo, unas deudas son más significativas que otras pero hay quienes, por haberlas contraído, tampoco consiguen destacar.

Por ejemplo, todos los escritores de novelas policíacas actuales están en deuda con Sjöwall y Wahlöö, incluidos aquellos que jamás han leído un solo libro de Sjöwall y Wahlöö y pueden afirmar haberse sustraído por completo a su influencia. Y es que Sjöwall y Wahlöö, al igual que otros escritores como Raymond Chandler, Dashiell Hammett y Georges Simenon, han creado el género, las expectativas del lector de cómo ha de ser una novela policíaca y, con ello, el punto de partida, el grado cero a partir del cual todo escritor cuya obra lleve en la cubierta la promesa de «novela policíaca» comienza su comunicación con el lector.

Cómo proseguir a partir de ahí es, claro está, una elección personal. Y, claro está, se puede crear algo totalmente novedoso: tal y como hicieron Sjöwall y Wahlöö.

La pareja sueca publicó en 1967 su éxito *El hombre del balcón*. El verano de 1963, dos niñas sufrieron abusos sexuales y fueron asesinadas en Estocolmo por un sujeto que se las llevó con engaños del parque en que jugaban; este suceso del mundo real fue el punto de partida de la novela. Y, además, es también lo primero que nos llama la atención cuando empezamos a leer el libro, que se trata de una historia real. La escena inaugural es un relato objetivo que, aisladamente, no presenta ningún tipo de rasgo dramático ni carga emocional alguna. En ella se describe un pueblo que se despierta, las rutinas de sus habitantes, los individuos que constituyen las piezas clave de dichas rutinas, el mosaico de pequeños sucesos triviales que pueden observarse desde el balcón de una ciudad bien organizada de la socialdemocracia escandinava. Así pues, cabe preguntarse cómo es que dicha escena inaugural transmite un horror tan notable y extraño. En mi opinión, se debe a dos razones muy sencillas.

En primer lugar, porque en la portada del libro puede leerse «novela policíaca» y así, cuando nada más comenzar a leer se nos introduce a una persona totalmente anónima, todas nuestras expectativas se activan y gritan (incluso antes de que se nos haya revelado que se ha cometido un delito) que es posible que, en ese mismo momento, estemos conociendo al antagonista de la historia. En segundo lugar, por el título de la novela, que nos advierte que ese lugar (el balcón) y esa persona (el hombre), serán cruciales en el relato. Por otro lado, esa persona ve, además, a otros hombres que están en otros balcones, con lo que la incertidumbre (y la expectación) también radica en el tipo de punto de vista del autor. La interacción entre la obertura y el título contribuye no sólo a que *El hombre del balcón* sea uno de los mejores títulos de la novela negra, sino también a que la atención del lector se agudice desde el primer instante, sin disminuir después en ningún momento.

También cuando se nos conduce por la galería de los personajes que encarnan a los policías experimentamos una notable sensación de realidad. Se trata de personas normales, con destinos normales, ideas normales, problemas y alegrías normales, que no están por encima de la vida normal (no son *larger than life*), pero tampoco por debajo. Sencillamente, están hechos de la misma pasta que la realidad, ya sea el personaje de Martin Beck, un héroe mediocre, o el insoportable y no menos mediocre Gunvald Larsson, que aparece en este libro por primera vez. Ese realismo sobrio y casi estricto se ve reforzado tanto por el modo en que se narra la historia como por el desarrollo de la misma. La exposición es absolutamente cronológica, centrada de forma casi exclusiva en los casos de asesinato y el lenguaje limpio de elementos superfluos. Buen ejemplo de ello es el interrogatorio en que sólo se reproduce el diálogo y donde los personajes se ven reducidos a una simple letra delante de cada réplica. Es como si el lector pudiese ejercer del policía que tiene acceso a la grabación pudiendo así interpretarla él mismo y escuchar también lo que no se dice. Y no es casualidad, pues *El hombre del balcón* es, en verdad, una novela policíaca. Tras la perspectiva inicial sostenida desde el balcón, el punto de vista va pasando de unos personajes a otros, sin dejar de ser el de la policía en todo momento. Además, el cuadro está coloreado con detalles tanto más realistas, por cuanto que resultan triviales, relativos al trabajo policial en la Suecia de los años sesenta.

Sin embargo, sí podemos decir que la burocracia policial y los plazos de espera de los resultados de las investigaciones técnicas constituyen el color gris del relato, el amarillo, el rojo y el verde están en las casas, las calles y los parques de Estocolmo y en la riqueza cromática del verano escandinavo.

¿Es posible enamorarse de una ciudad en la que nunca se ha estado? Por supuesto que sí, para eso está la literatura. Yo crecí en los años setenta y, al igual que muchos otros escandinavos, desarrollé una profunda y sincera relación de amor con la ciudad de Estocolmo gracias a la novela de Ulf Lundell titulada

Jack, donde explota al máximo las posibilidades de la ciudad. Sin embargo, fue el uso cauteloso, casi tímido, de los escenarios de la ciudad que aparecen en *El hombre del balcón* el que me enamoró por completo. Y cuando hoy releo la novela, me resulta imposible señalar exactamente dónde consiguen esto los autores, cuando construyen Estocolmo, cómo crean esa sensación de un tiempo y un *espacio específicos*. Cuando, por ejemplo, el escritor de ciencia ficción Ray Bradbury aproxima al lector al planeta Marte, lo pinta y describe a grandes pinceladas y en un gran lienzo. Sjöwall y Wahlöö logran el mismo efecto con el nombre de una calle *dicho* a través de una radio de la policía. Ignoro cómo es posible, sólo sé que, tras haber leído una novela relativamente breve con escasas descripciones de *paisajes* y centrada en *el* asesinato, la investigación y la vida de un puñado de policías, yo había visitado Estocolmo de una manera más real y cercana que si hubiese viajado hasta allí. Y lo sé porque ahora sí he estado allí. Pero podría *decirse* que me desorienté en Estocolmo, construida en dos planos que me despistaban, y que en vano fijaba la mirada en las fachadas urbanas y humanas sin lograr penetrarlas. *Posiblemente*, porque resulta más fácil cuando se está apoyado sobre alguien que es más grande.

¿Por qué resulta tan emocionante *El hombre del balcón*? Creo que es tan sencillo, que uno puede creérselo. Y se lo cree porque contiene la marginalidad, la normalidad y el sinsentido que existen en la realidad. La mayoría de los narradores detestan semejante realismo porque les arrebatara parte de su poder como arquitectos y maestros de su obra. En *El hombre del balcón*, uno experimenta la sensación de que las cosas no suceden por orden del narrador, sino a instancias de la realidad. La acción no viene determinada por la fuerza de la gravedad dramática, porque la trama sea complaciente con el público, ni por una elección moral del protagonista que revele una historia más importante o general. En *El hombre del balcón*, la redacción es invisible y la sucesión de los hechos viene aparentemente determinada por lo que Bob Dylan, otra de las voces de la época, llamó *a simple twist of fate*. Con sus calladas descripciones y sus pequeñas síncoas dramáticas se crea una imprevisibilidad fascinante, una sensación de azar, de que simplemente no se nos garantiza ninguna aclaración ni explicación plausible del delito. Es decir: uno no puede por menos que creer. Lo que no está para nada mal viniendo de un libro en cuya portada puede leerse «novela policiaca». Casi podría creerse que es arte.

El sol salió a las tres menos cuarto.

Hora y media antes, el tráfico se había ido reduciendo hasta cesar por completo. Simultáneamente, se fue acallando el rumor de los últimos clientes de los restaurantes, de vuelta a casa. Los camiones de la limpieza habían barrido las calles, dejando tras de sí oscuras manchas de humedad en el asfalto. Una ambulancia atravesó aullando la larga calle recta. Pasó despacio, en silencio, un coche negro con guardabarros blancos, una antena en el techo y la palabra POLICÍA cruzada sobre las puertas laterales, en mayúsculas. Cinco minutos más tarde pudo oírse un frágil tintineo cuando alguien rompió el cristal de un escaparate con una mano enguantada; poco después, ruido de pasos correteando y un motor que arrancó en una calle lateral.

El hombre del balcón había observado todo esto. El balcón era de tipo ordinario, con barandillas tubulares de hierro y piezas laterales de chapa corrugada. De pie, con los brazos apoyados en la barandilla de hierro, la brasa de su cigarrillo se vislumbraba como un pequeño punto rojizo en la oscuridad. A intervalos regulares, apagaba su cigarrillo, con cuidado sacaba de la boquilla de madera una colilla de apenas un centímetro de largo y la colocaba junto a las demás. Ya había diez colillas pulcramente enfiladas a lo largo del borde del platillo, sobre la pequeña mesa de jardín.

Reinaba ahora el silencio, si cabe hablar de silencio en una noche tibia de comienzos de verano en una ciudad relativamente grande. Faltaban todavía un par de horas para que aparecieran los vendedores de periódicos, arrastrando sus cochecitos infantiles remodelados, y la primera mujer de la limpieza, camino del trabajo.

La media luz fría y gris del amanecer se difundía despacio; los primeros resplandores del sol, todavía vacilantes, escalaban los bloques de cinco o seis plantas, reflejándose en las antenas de televisión y las chimeneas redondas de los tejados del otro lado de la calle. Luego, el campo de luz cayó sobre los propios tejados de chapa y se desplazo rápidamente hacia abajo, deslizándose por los canalones y a lo largo de las paredes de ladrillo enlucido, cubiertas con filas de ventanas cerradas, la mayoría de ellas, con estores o persianas.

El hombre del balcón se inclinó hacia delante y miró a lo largo de la calle. Ésta se extendía de norte a sur, larga y recta, lo que le permitía abarcar con la mirada una extensión de más de dos mil metros. En el momento de su construcción había sido una de las calles más elegantes, orgullo y gala de la ciudad, pero de eso hacía ya cuarenta años. La calle tenía más o menos la misma edad que el hombre del balcón.

Agudizando la mirada, pudo divisar una sola figura, muy a lo lejos. Quizás un agente de policía. Por primera vez en muchas horas entró en el piso, cruzó la única estancia y pasó a la cocina. Había tanta claridad que no hacía falta encender la luz eléctrica. A decir verdad, no la usaba mucho, tampoco durante el invierno. Abrió el armario de la cocina, sacó una cafetera esmaltada, midió taza y media de agua y dos cucharadas de café poco molido. Puso la cafetera en el fogón, prendió fuego a una cerilla y encendió la llama de gas. Tocó la punta de la cerilla con las yemas de los dedos para asegurarse de que se había enfriado, luego abrió el armario del cubo de la basura y echó la cerilla quemada a la bolsa. Permaneció junto a la cocina hasta que el café hirvió, luego apagó el gas y se fue al baño para orinar, mientras esperaba a que bajaran los posos. No tiró de la cadena para no despertar a los vecinos. Volvió a la cocina, vertió cuidadosamente el café en la taza, cogió un terrón de azúcar del paquete medio vacío del fregadero y una cuchara del cajón. Luego se llevó la taza al balcón, la dejó sobre la mesa de madera barnizada y se sentó en la silla plegable. El sol estaba ya bastante alto e iluminaba las fachadas del otro lado de la calle, hasta las plantas más bajas. Sacó del bolsillo una cajita niquelada de rapé, desmenuzó las colillas, una tras otra, dejando que las pavesas de tabaco se filtraran entre sus dedos hasta la cajita redonda, estrujó las papelines en pelotitas del tamaño de guisantes y las puso en el platillo de porcelana desconchado. Removió la taza con la cuchara y tomó el café muy despacio. Nuevamente se oían sirenas a lo lejos. Se levantó y siguió la ambulancia con la mirada, mientras el aullido crecía y luego volvía a debilitarse. Transcurrido un minuto, la ambulancia era ya sólo un pequeño rectángulo blanco, que giró a la izquierda en el extremo norte de la calle y desapareció de su campo visual. Volvió a sentarse en la silla plegable y se puso a remover distraídamente el café, que ya se había enfriado. Permaneció quieto, escuchando cómo se despertaba la ciudad a su alrededor, en un primer momento de manera indecisa y desganada.

El hombre del balcón era de estatura media y constitución normal. Tenía un rostro corriente y vestía una camisa blanca sin corbata, pantalones de gabardina marrones sin planchar, calcetines grises y zapatos negros. Tenía el pelo ralo peinado hacia atrás, nariz prominente y ojos azul grisáceos.

Eran las cinco y media de la mañana del 2 de junio de 1967. La ciudad era Estocolmo.

El hombre del balcón no tenía la sensación de ser observado. A decir verdad,

no tenía sensación alguna. Pensó que más tarde se prepararía gachas de avena.

La calle empezaba a llenarse de vida. El tráfico se intensificaba y la fila de coches que esperaba ante el semáforo en rojo se iba haciendo cada vez más larga. La furgoneta de una panadería pitó con crispación a un ciclista que, sin hacer caso, había girado hacia el centro de la calzada. Dos coches que venían detrás tuvieron que frenar de golpe.

El hombre se levantó, apoyó los brazos en la barandilla y bajó la mirada a la calle. El ciclista regresaba nervioso hacia el borde de la acera, fingiendo no oír los insultos que le dirigía el repartidor de pan.

Por las aceras, los escasos transeúntes caminaban apresurados bajo el balcón, un par de mujeres con vestidos claros de verano charlaban al lado de la gasolinera. Junto a un árbol situado un poco más allá había un hombre paseando a un perro. Tiraba de la correa con impaciencia, pero el perro salchicha continuaba olisqueando en torno al árbol, sin hacer caso.

El hombre del balcón se incorporó, se pasó la mano por el pelo ralo de su cabeza y luego metió las manos en los bolsillos. Eran ahora las ocho menos veinte y el sol ya estaba en lo alto. Alzó la vista al cielo, donde un avión trazaba una estria de lana blanca, formando un arco por encima de los tejados. Luego volvió a bajar la vista a la calle, observando a una señora mayor de pelo blanco, vestida con un abrigo azul claro, que estaba ante la panadería de la casa de enfrente. Rebuscó en su bolso durante un buen rato, hasta que consiguió encontrar una llave y abrir la puerta. Vio cómo la mujer extraía la llave, volvía a introducirla en la cerradura, esta vez por el lado de dentro, y entraba finalmente en el local, cerrando la puerta tras de sí. Un estor blanco estaba bajado tras el cristal de la puerta, con el texto CERRADO escrito en él.

Al tiempo que la puerta se cerraba, se abrió el portal contiguo a la panadería y salió al sol una niña pequeña. El hombre del balcón dio un paso hacia atrás, sacó las manos de los bolsillos y se quedó completamente quieto. Con la mirada clavada en la niña que estaba abajo, en la calle.

Ésta aparentaba unos ocho o nueve años y llevaba una cartera roja a cuadros. Vestía una falda corta roja, jersey a rayas y una rebeca también roja, de mangas demasiado cortas. Calzaba zuecos negros, que hacían que sus largas y delgadas piernas parecieran aún más largas y delgadas. Al salir a la acera, giró a la izquierda y echó a andar lentamente, con la cabeza gacha.

El hombre del balcón la siguió con la mirada. Tras recorrer unos veinte metros la niña se detuvo, levantó la mano contra el pecho y permaneció un rato en esa posición. Luego abrió la cartera y empezó a rebuscar en ella; dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Acto seguido echó a correr y entró apresurada en el portal, sin cerrar la cartera.

El hombre del balcón se quedó inmóvil viendo cómo el portal se cerraba tras la niña. Pasaron unos minutos hasta que nuevamente volvió a abrirse y la niña

salió. Ahora llevaba la cartera cerrada y caminaba con pasos más apresurados. Su pelo rubio estaba recogido en una coleta, que oscilaba contra su espalda. Al llegar al final de la manzana, dobló en la esquina y desapareció.

Eran las ocho menos tres minutos. El hombre se dio la vuelta, entró en el piso y pasó a la cocina. Se bebió un vaso de agua, limpió el vaso, lo puso en el escurreplatos y regresó al balcón.

Se sentó en la silla plegable y apoyó el brazo izquierdo en la barandilla. Encendió un cigarrillo y, mientras fumaba, bajó la mirada a la calle.

El reloj eléctrico de pared indicaba las once menos cinco. Según el calendario que había en la mesa de Gunvald Larsson era viernes, 2 de junio de 1967.

Martin Beck estaba en el despacho por casualidad. Acababa de entrar y había dejado su maleta en el suelo, al lado de la puerta. Luego saludó, puso el sombrero junto a la garrafa, encima del archivador, tomó un vaso de la bandeja y, tras llenarlo de agua, apoyó el codo en el archivador y se dispuso a beber.

El hombre sentado al otro lado de la mesa le miraba con descontento y dijo:

—¿También a ti te destinan aquí? ¿Qué habremos hecho mal?

Martin Beck tomó un trago de agua. Luego dijo:

—Supongo que nada. No te preocupes, sólo he subido a ver a Melander. Le he pedido una cosa. ¿Dónde está?

—En el váter, como siempre.

Esa peculiar capacidad de Melander de hallarse constantemente en el retrete era una vieja broma gastada. Pese a todo, y aunque quizá contenía un punto de verdad, Martin Beck, por alguna razón, se irritó.

Sin embargo, como solía hacer la mayoría de las veces, se guardó la irritación para sí. Contempló tranquilamente al hombre de la mesa con mirada inquisitiva y luego le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¿Tú qué crees? ¡Los robos, qué va a ser! Anoche hubo otro en Vanadislundén.

—Ya me he enterado.

—Un jubilado que paseaba al perro. Golpeado por detrás, de sopetón. Llevaba en la cartera ciento cuarenta coronas. Conmoción cerebral. Sigue ingresado en Sabbatsberg. No vio ni oyó nada.

Martin Beck no hizo comentario alguno.

—Es la octava vez en quince días. Ese tipo acabará matando a alguien.

Martin Beckapuró el vaso y lo dejó.

—Si alguien no lo coge pronto —añadió Gunvald Larsson.

—¿Qué quieres decir con «alguien»?

—Joder, la policía. Nosotros. Quien sea. Una patrulla civil de la sección de

protección del noveno distrito estuvo por allí un cuarto de hora antes.

—¿Y dónde estaban cuando sucedió?

—Tomando café en comisaría. Siempre la misma historia. Si ponemos un policía detrás de cada mata en Vanadislundén, actúa en Vasaparken; y si ponemos policías en todas las matas de Vanadislundén y Vasaparken, aparece en Ugglevikskällan.

—¿Y si hay un policía detrás de cada mata allí también...?

—Entonces, los manifestantes destrozan el US Trade Center y prenden fuego a la embajada norteamericana. No tiene gracia, ¿sabes? —dijo Gunvald Larsson en tono seco.

Martin Beck lo miró fijamente.

—No pretendía ser gracioso —contestó—. Es sólo curiosidad.

—Ese hombre sabe lo que hace. Es como si tuviera un radar. Nunca hay un policía cerca cuando actúa.

Martin Beck se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Envía...

El otro le interrumpió enseguida.

—¿Enviar? ¿A quién? ¿A qué? ¿El furgón de los perros? ¿Para que los malditos perros maten a mordiscos a la patrulla civil? Por cierto, el viejo de anoche tenía perro. ¿De qué le sirvió?

—¿Qué tipo de perro?

—¿Cómo lo voy a saber? ¿Qué quieres, que interrogué al perro? ¿O prefieres que traiga al perro aquí para luego mandarlo al retrete, a que lo interrogué Melander?

Gunvald Larsson dijo todo esto en tono muy serio. Golpeó la mesa con la palma de la mano y añadió con gran énfasis:

—¡Tenemos un loco suelto por los parques, asaltando a la gente a golpes, y tú vienes aquí a hablar de perros!

—La verdad es que no fui yo quien...

Gunvald Larsson le interrumpió enseguida.

—Además, te repito que ese tipo sabe lo que se hace. Solamente ataca a gente que no puede defenderse: viejos y viejas, críos... Y siempre por detrás. ¿Cómo dijo uno la semana pasada? ¡Ah, sí!, que salió de entre las matas como una pantera.

—Sólo hay una manera —le señaló Martin Beck suavemente.

—¿Qué?

—Tendrás que salir tú mismo. Disfrazado de persona indefensa.

El hombre de la mesa volvió la cabeza y le clavó una mirada fija.

Gunvald Larsson medía uno noventa y dos y pesaba noventa y ocho kilos. Tenía hombros de boxeador profesional y unas manos enormes, densamente cubiertas de vello claro. Era rubio, con el pelo peinado hacia atrás, y sus ojos, de

un azul celeste, manifestaban descontento.

Kollberg solía completar la descripción añadiendo que tenía expresión de conductor de moto Vespino.

En este momento, la mirada celeste estaba clavada en Martín Beck, y manifestaba un descontento mayor de lo habitual.

Martin Beck se encogió de hombros y dijo:

—Hablando en serio...

Gunvald Larsson le interrumpió enseguida.

—Hablando en serio, no le veo la gracia a todo esto. Estoy metido en uno de los peores casos de robos de mi vida tú te pones a soltar un montón de comentarios graciosos sobre perros y no sé qué más.

Martin Beck advirtió que el otro, seguramente de forma involuntaria, estaba a punto de lograr algo que muy pocas personas conseguían: irritarle hasta hacerle perder los estribos. Y aunque era consciente de la situación, no pudo dejar de levantar el brazo apoyado en el archivador.

—¡Ya está bien! —exclamó.

Por fortuna, en ese preciso instante Melander entró por la puerta lateral que daba al despacho contiguo. Iba en mangas de camisa, con la pipa en la boca y una guía telefónica abierta entre las manos.

—Hola —saludó.

—Hola —contestó Martin Beck.

—Recordé el nombre nada más colgar —continuó Melander—. Arvid Larsson. También lo he encontrado en la guía telefónica. Pero no merece la pena llamar. Murió en abril. Derrame cerebral. Siguió en el mismo oficio hasta el final. Regentaba un almacén de trastos viejos en Söder. Ahora está cerrado.

Martin Beck cogió el listín, echó un vistazo y asintió con la cabeza. Melander sacó una caja de cerillas del bolsillo del pantalón y se puso a encender la pipa, con gran ceremonia. Martin Beck avanzó unos pasos y dejó la guía telefónica sobre la mesa. Luego volvió al archivador.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Gunvald Larsson con suspicacia.

—Nada especial —respondió Melander—, a Martin se le había olvidado el nombre de un perista al que intentamos atrapar hace doce años.

—¿Lo cogisteis?

—No.

—¿Pero te acordabas?

—Sí.

Gunvald Larsson se acercó el listín. Tras hojearlo, dijo:

—Me pregunto cómo diablos se puede recordar durante doce años el nombre de alguien llamado Larsson.

—Es fácil —replicó Melander seriamente.

Sonó el teléfono.

—Sección primera, oficial de guardia.

«Perdón, ¿qué dice usted, señora?».

» ¿Qué?

» ¿Que si soy detective? Habla el oficial de guardia de la primera sección, subinspector primero Larsson, de la policía criminal.

» Disculpe, ¿cómo se llama usted?».

Gunvald Larsson cogió el bolígrafo del bolsillo de la camisa y apuntó una palabra. Se quedó con el bolígrafo en el aire.

—«¿Y de qué se trata?».

Perdón, no he entendido bien...

» ¿Cómo? ¿Un qué?

» Un *lirón*?

» ¿Dice usted que hay un *lirón* en el balcón...?

» ¿Cómo? ¡Ah, un *mirón*!

» ¿Hay un mirón en *su* balcón?

Gunvald Larsson apartó la guía telefónica y echó mano del cuaderno. Acercó el bolígrafo al papel. Apuntó unas palabras.

—Sí, entiendo. ¿Qué aspecto dice que tiene?

» Sí, la estoy escuchando. Pelo ralo peinado hacia atrás. Nariz prominente. Vale. Camisa blanca. Estatura media, de acuerdo. Pantalones marrones. Sin abotonar. ¿Qué? Ah sí la camisa, claro. Ojos azules grisáceos.

» Un momento, señora.

» Vamos a ver si conseguimos aclarar esto. ¿*O sea* que está en *su* balcón?

Gunvald Larsson miró a Melander y luego a Martin Beck y *se* encogió de hombros. Mientras seguía escuchando, se hurgaba la oreja con el bolígrafo.

—Perdóneme, señora. Si la he entendido bien, este hombre está en *su* balcón, *el de usted*. ¿Le ha molestado?

» Ah, no. ¿Qué? ¿Al otro lado de la calle, enfrente? ¿En *su* balcón, *el de él*?

» Entonces, ¿cómo puede ver que tiene ojos azules? ¡Muy estrecha tiene que ser la calle!

» ¿Qué? ¿Usted hace qué?

» Bueno, un momento, señora. Lo único que ha hecho este hombre es estar en su propio balcón. ¿Qué más hace?

» ¿Mira a la calle? ¿Y qué pasa en la calle?

» ¿Nada? ¿Qué dice? ¿Coches? ¿Niños que juegan?

» ¿Por la noche también? ¿Los niños juegan por la noche también?

» Ah, no. ¿Pero está por la noche también? ¿Y qué quiere que hagamos? ¿Enviar a los perros?

» Mire, señora, no hay ninguna ley que prohíba a la gente estar en su balcón.

» ¿Informar de una observación, dice? Dios mío, señora, si todo el mundo

informara de ese tipo de observaciones necesitaríamos tres policías por ciudadano.

» ¿Darle las gracias? ¡Que deberíamos darle las gracias!

» ¿Maleducado? ¿Yo he sido maleducado? No, escúcheme, señora...

Gunvald Larsson calló y se quedó sentado con el teléfono a unos diez centímetros del oído.

—¡Me ha colgado! —exclamó asombrado.

Al cabo de tres segundos colgó de golpe.

—¡Vete a la mierda, maldita bruja!

Arrancó el papel de los apuntes y limpió cuidadosamente el cerumen del bolígrafo.

—¡La gente está loca! —dijo—. No me extraña que no nos dé tiempo a hacer nada. ¿Por qué no filtran este tipo de llamadas en la centralita? Deberíamos tener línea directa con el manicomio.

—Tendrás que irte acostumbrando —comentó Melander. Impasible, cogió su listín telefónico, lo cerró y se lo llevó al despacho contiguo.

Acabada la limpieza del bolígrafo, Gunvald Larsson estrujó el papel y lo tiró a la papelera. Echó una mirada malhumorada a la maleta que había junto a la puerta y le preguntó:

—¿Te vas de viaje?

—Sólo a Motala, un par de días —le respondió Martin Beck—. Tengo una cosa que ver por allí.

—¿Ah, sí?

—Como mucho, pasaré fuera una semana. Pero Kollberg vuelve hoy. A partir de mañana estará de servicio. Así que no tienes por qué preocuparte.

—No me preocupo.

—En cuanto a los robos...

—¿Sí?

—No, nada.

—Si vuelve a hacerlo dos veces más le cogeremos —intervino Melander desde el otro despacho.

—Eso es —asintió Martin Beck—. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo Gunvald Larsson.

Martin Beck llegó a la estación central diecinueve minutos antes de que saliese el tren y dedicó el tiempo de espera a realizar dos llamadas.

Primero a casa.

—¿No te has ido todavía? —dijo su mujer.

Ignoró la pregunta retórica y se contentó con decir:

—Me alojaré en un hotel que se llama Palace. Creí que deberías saberlo.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar fuera?

—Una semana.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Una buena pregunta. Por lo menos no era tonta. Pensó Martin Beck y dijo:

—Saluda a los niños de mi parte. —Meditó un momento y añadió—: Y cuídate.

—Gracias —contestó ella fríamente.

Colgó y buscó otra moneda en el bolsillo. Había cola delante de las cabinas, y cuando introdujo la moneda en la ranura y marcó el número de la jefatura sur de policía, los primeros de la fila le miraron de reojo, con fastidio y desconfianza. Pasó un minuto antes de que se pusiera Kollberg.

—Hola. Sólo quería asegurarme de que habías vuelto.

—Muy considerado —dijo Kollberg—. ¿Aún no te has ido?

—¿Cómo está Gun?

—Bien. Bueno, claro, ¡hecha una cabina telefónica!

Gun era la mujer de Kollberg y esperaba dar a luz hacia finales de agosto o principios de septiembre.

—Volveré dentro de una semana.

—Ya me lo han dicho. Por cierto, por entonces ya no estaré de servicio. —Se produjo un silencio. Luego Kollberg añadió—: ¿Y qué se te ha perdido a ti en Motala?

—Ese viejo...

—¿Qué viejo?

—Un chatarrero que se abrasó ayer. ¿No has...?

—Lo he visto en los periódicos. ¿Y qué?

—Pues voy a ir a echar un vistazo.

—¿Es que no pueden resolver solos un simple caso de incendio?

—La verdad es que han pedido...

—Un momento —dijo Kollberg—. Puede que tu mujer se lo trague, pero a mí no me engañas. Además, sé muy bien qué es lo que han pedido y quién lo ha hecho. Vamos a ver, ¿quién es el jefe de la sección de investigación en Motala?

—Ahlberg, pero...

—Exacto. Y también sé que has cogido cinco días de vacaciones la próxima semana. Así que vas a Motala para tomar copas en el Stadshotellet con Ahlberg. ¿A que sí?

—Bueno, pero...

—Que tengas buena suerte —concluyó Kollberg cordialmente—. Cuidate.

—Gracias.

Martin Beck colgó. El primero de la cola pasó junto a él sin ningún miramiento, abriéndose paso a codazos. Martin Beck se encogió de hombros y se dirigió a la sala de la estación.

Kollberg tenía razón en parte. Esto, en sí, no tenía importancia, pero aun así le resultaba fastidioso que descubrieran sus intenciones con tanta facilidad. Kollberg y él habían conocido a Ahlberg tres veranos atrás, investigando un asesinato. La pesquisa fue larga y difícil, y durante ese tiempo llegaron a hacerse buenos amigos. De no haber sido así, con toda seguridad, ni Ahlberg habría pedido asistencia de la Dirección General de Policía, ni él mismo hubiese dedicado una sola mañana al caso.

Según el reloj de la estación, las dos llamadas le habían llevado exactamente cuatro minutos, así que aún quedaban quince hasta la salida del tren. Como siempre, la estación era un hervidero de gente de todo tipo.

Se quedó parado maleta en mano, con una sensación de malestar general. Era un hombre alto, de rostro enjuto, frente ancha y mandíbula fuerte. La mayor parte de los que le veían sin duda le tomarían por un provinciano atribulado, recién llegado al hormiguero de la gran urbe.

—Oye, tío —le susurró alguien con voz ronca.

Se volvió y contempló a la persona que acababa de dirigirse a él. Una chica de unos catorce años con pelo rubio lacio y vestido corto de tela estampada al estilo batik Iba descalza y bastante desaseada. Era algo más joven que su hija y más o menos igual de desarrollada. En su mano derecha, ahuecada, llevaba una tira de cuatro fotografías, que le permitió entrever.

Era fácil averiguar la procedencia de las fotos. La chica había entrado en uno de los fotomatos en la planta de arriba del metro y, tras ponerse de rodillas en el taburete con el vestido subido hasta las axilas, se puso a echar monedas por la ranura.

La orden de cortar las cortinas de los fotomatos a la altura de las rodillas,

cursada hacía ya tiempo, no parecía haber resuelto el problema.

Miró las fotos y pensó que ahora las crías se desarrollaban antes. Además, pasaban olímpicamente de llevar ropa interior. No obstante, el resultado no estaba muy logrado desde el punto de vista técnico.

—Veinticinco pavos —dijo la niña esperanzada.

Martin Beck miró irritado en torno de él y descubrió a dos agentes uniformados al otro lado del vestíbulo. Se acercó a ellos. Uno le reconoció y le saludó marcialmente.

—¿No podéis controlar a los críos por aquí? —se quejó Martin Beck enfadado.

—Hacemos lo que podemos, señor comisario.

El policía que contestó era el mismo que le había saludado, un hombre muy joven de ojos azules y barba rubia, muy cuidada.

Sin responder, Martin Beck se dirigió hacia las puertas acristaladas que daban acceso a los andenes. La chica del vestido de batik se había retirado al otro extremo del vestíbulo y miraba las fotos a hurtadillas, como si sospechara que algo en su aspecto no estaba del todo bien.

Sin duda, no pasaría mucho tiempo antes de que algún idiota le comprara las fotos.

Luego ella se iría a Humlegården o Mariatorget, a gastarse el dinero en pastillas o marihuana. Tal vez LSD.

El policía que le había reconocido llevaba barba. Veinticuatro años atrás, cuando Martin Beck ingresó en el cuerpo, los agentes no llevaban barba.

Por cierto, el otro agente, el que no tenía barba, ¿por qué no lo había saludado? ¿Es que no lo reconocía?

Veinticuatro años atrás, los policías saludaban a la gente que se acercaba, fueran o no comisarios. ¿O no?

Por aquel entonces, las chicas de catorce años no se hacían fotos desnudas en fotomatonés para luego vendérselas a comisarios de policía y conseguir así dinero para comprar droga.

Por lo demás, estaba descontento con su nuevo título, recibido a principios de año. Estaba descontento con su nuevo despacho en la jefatura sur, en la ruidosa zona industrial de Västberga allá. También le disgustaba la desconfianza de su mujer, y el hecho de que alguien como Gunvald Larsson pudiera llegar a ser subinspector primero de la policía criminal.

Martin Beck se hallaba sentado junto a la ventana, en su compartimento de primera clase, meditando sobre todo eso.

Antes de tomar el túnel en dirección sur, el tren pasó por el ayuntamiento y pudo ver el barco de vapor *Mariefred*, uno de los últimos que quedaban en el país, y el edificio de la editorial Norstedts. De vuelta a la luz, contempló el agradable verdor de Tantolunden, un parque que pronto le daría pesadillas, y escuchó el eco de las ruedas del tren al cruzar el puente.

Cuando el convoy se detuvo en Södertälje, Martin Beck estaba ya de mejor humor, y compró una botella de agua mineral y un sándwich de queso, algo pasado, en el cajón de hojalata sobre ruedas que, en la mayoría de los trenes, hacía ahora de vagón restaurante.

En fin —dijo Ahlberg—. Esto fue lo que ocurrió: por las noches hacía un poco de frío. El tipo tenía una de esas viejas estufas eléctricas... y la puso junto a la cama. Luego, dormido, se sacudió la manta, que cayó sobre el radiador y empezó a arder.

Martin Beck asintió.

—Parece completamente plausible —prosiguió Ahlberg—. El informe forense nos ha llegado hoy. Intenté llamarte, pero ya te habías ido.

Estaban en el lugar del incendio, en Borensult. Entre los árboles se vislumbraba el lago y la esclusa donde, tres años atrás, había aparecido el cadáver de una mujer. De la casa quemada apenas quedaban más que los cimientos y la chimenea. Sin embargo, los bomberos habían logrado salvar un pequeño cobertizo.

—Allí dentro hemos descubierto algún que otro objeto robado —dijo Ahlberg—. El viejo Larsson era perista. Pero tenía antecedentes, así que tampoco nos ha sorprendido mucho. Vamos a mandar una lista de las cosas.

Martin Beck volvió a asentir. Al cabo de un rato dijo:

—Comprobé lo del hermano de Estocolmo. Murió esta primavera. De apoplejía. También perista.

—Quizá sea genético —comentó Ahlberg.

—Al hermano nunca le pillaron, pero Melander se acordaba de él.

—¡Ah, sí!, Melander —repitió Ahlberg—. El de la memoria de elefante. Ya no trabajáis juntos, ¿a que no?

—Sólo de vez en cuando. Ahora está en Kungsholmsgatan. Kollberg también, a partir de hoy. ¡Maldita sea, no paran de trasladarnos de un lado para otro!

Dieron la espalda al lugar del incendio y volvieron al coche en silencio.

Un cuarto de hora más tarde, Ahlberg se detuvo delante de la comisaría, un edificio de ladrillo amarillento situado en la esquina de Prästgatan y Kungsgatan, cerca de la plaza mayor y de la estatua de Baltzar von Platen. Miró de reojo a Martin Beck y dijo:

—Ya que estás aquí y encima tienes vacaciones, ¿por qué no te quedas unos días?

Martin Beck asintió.

—Podemos dar una vuelta con la lancha motora —añadió Ahlberg.

Por la noche cenaron una exquisita trucha del lago Vättern en el Stadshotellet. Además, se tomaron unas copas.

El sábado salieron con la lancha motora. El domingo también. El lunes Martin Beck la tomó prestada. El martes también. El miércoles se fue a Vadstena, a ver el castillo.

El hotel en el que se alojaba en Motala era moderno y cómodo. Estaba a gusto con Ahlberg. Leyó una novela de Kurt Salomonsson titulada *El hombre de afuera*. Se sentía bien.

Se lo merecía. Había sido un invierno duro y una primavera terrible. Todavía guardaba la esperanza que el verano resultara tranquilo.

Al atracador no le importaba el tiempo.

Por la tarde había empezado a llover. Primero fue una lluvia intensa, luego una llovizna que se filtraba lentamente; por último, hacia las siete, cesó por completo. Pero las nubes continuaban a baja altura y el cielo seguía encapotado, así que resultaba obvio que pronto volvería a llover. Eran las nueve y el crepúsculo se extendía despacio, bajo la bóveda de los árboles. Aún quedaba un rato hasta que encendieran las farolas.

El atracador se desprendió del chubasquero fino y lo puso a su lado, en el banco del parque. Calzaba zapatillas de deporte, vestía pantalones caqui y un elegante jersey de Dralon gris con monograma en el bolsillo del pecho. Alrededor del cuello, atado con un nudo suelto, llevaba un pañuelo rojo grande. Hacía más de dos horas que estaba dando vueltas por el parque y sus inmediaciones. Durante este tiempo había visto a una decena de personas, a las que observó detenidamente, calibrándolas. En dos ocasiones estudió a los viandantes con un interés especial. Se trataba en ambos casos no de una persona, sino de dos. La primera pareja estaba formada por un hombre y una mujer, más jóvenes que él. La mujer llevaba sandalias y un corto vestido de verano con dibujo en blanco y negro; el chico, un elegante *blazer* azul y pantalones grises. Se habían internado por senderos sombríos en la zona más apartada del parque. Allí permanecieron, abrazándose. La chica se quedó de pie, de espaldas contra un árbol. Pasados unos segundos, el joven metió la mano derecha bajo la falda, por dentro del elástico de la braga y comenzó a manosear entre las piernas de la chica. Enseguida ella separó los pies y dijo: «¿Y si viene alguien?». Por lo visto, se trataba de una observación protocolaria, pues acto seguido cerró los ojos y empezó a mecer el bajo vientre rítmicamente, contoneándose, y clavó las uñas de la mano izquierda en la nuca del chico, cuidadosamente pelada al cepillo. No pudo ver qué hacía con la otra mano, pese a estar tan cerca de ellos que incluso podía entrever las bragas de malla, blancas.

Los había seguido caminando por la hierba, a pasos silenciosos, y se quedó agazapado tras los arbustos, a menos de diez metros de distancia. Sopesó detenidamente los pros y los contras. Una intervención agradaba a su sentido del

humor, pero la chica no llevaba bolso. Además, iba a ser difícil impedir que chillara, cosa que complicaría el ejercicio de su profesión. Por último, el chico le parecía ahora más grande y de hombros más anchos que en un primer momento. Y tampoco estaba claro que llevara dinero en la cartera. Los argumentos en contra de una intervención resultaron contundentes, así que se retiró tan sigilosamente como había llegado. No era un mirón, tenía cosas más importantes que hacer. Además, seguramente no quedaba ya mucho que ver. Un rato después, vio a los jóvenes abandonar el parque, ahora a considerable distancia el uno del otro. Cruzaron la calle y entraron en un edificio residencial, cuya fachada denotaba una burguesía instalada y de buenas costumbres. En el portal, la chica se ajustó bragas y sujetador y se pasó por las cejas la punta de un dedo mojado. El joven se peinaba.

A las ocho y media, llamó su atención una segunda pareja. Un Volvo rojo se detuvo delante de la ferretería de la esquina. En los asientos delanteros viajaban dos hombres. Uno de ellos descendió y entró en el parque. Iba con la cabeza descubierta y llevaba una gabardina beis. Al cabo de unos minutos el otro también bajó y entró en el parque por otro camino. Éste llevaba gorra y un *blazer* de *tweed* pero no abrigo. Pasado un cuarto de hora, regresaron al coche desde diferentes direcciones, con algún minuto de intervalo. Él estaba de espaldas, con la mirada dirigida al escaparate de la ferretería, y pudo oír perfectamente todo lo que se decían.

—¿Bueno?

—¡Bah!

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Vamos al bosque de Lill-Jan?

—¿Con este tiempo?

—Bueno...

—Venga, vale. Pero luego nos tomamos un café.

—De acuerdo.

Cerraron de golpe las puertas del coche y desaparecieron.

Ahora eran alrededor de las nueve y él estaba en el banco, esperando.

La descubrió nada más entrar en el parque y enseguida adivinó el camino que tomaría. Era una mujer rolliza de mediana edad, con abrigo, paraguas y un bolso grande. Prometedor. Tal vez la dueña de un quiosco. Se levantó y se puso el chubasquero, cruzó el césped en diagonal y se agazapó tras los arbustos. La mujer se iba acercando cada vez más, andaba por la senda del parque, ahora casi estaba en frente... y dentro de cinco segundos, quizá diez... Con la mano izquierda se caló el pañuelo hasta el puente de la nariz a la vez que metía los dedos de la mano derecha en el puño americano. La distancia era ya de menos de cuatro metros. Avanzaba con rapidez y sus pasos por el césped húmedo resultaban prácticamente inaudibles.

Pero no del todo. Estaba todavía un metro detrás de la mujer cuando ésta se volvió y, al verle, abrió la boca para gritar. Sin pensárselo, la golpeó en la boca con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido bajo el puño americano: la mujer dejó caer el paraguas y cayó de rodillas, agarrando el bolso con ambas manos, como si protegiera a un bebé.

Volvió a golpearla en la nariz y el puño americano crujió de nuevo. La mujer cayó hacia atrás, con las piernas dobladas por debajo del cuerpo. No emitió sonido alguno. Sangraba profusamente y apenas parecía consciente. Aun así, él cogió un puñado de arena del suelo y se lo echó a los ojos. Justo en el instante en que él reventaba el bolso de un tirón, la cabeza de la mujer cayó de lado, su mandíbula se abrió y empezó a vomitar.

Cartera, portamonedas, reloj de pulsera. No estaba nada mal.

El atracador ya estaba saliendo del parque. « Como si protegiera a un bebé — pensó—. Podría haber sido tan bonito y pulcro. Limpio. Maldita bruja» .

Un cuarto de hora más tarde ya estaba en casa. Eran las nueve y media de la noche, el 9 de junio de 1967, viernes. Veinte minutos más tarde se puso a llover.

Llovió durante toda la noche, pero el sábado por la mañana volvió a lucir el sol, oculto sólo a ratos entre blancas nubes algodonosas, en fuga por el cielo azul. Era el 10 de junio y las vacaciones de verano habían empezado; la tarde del viernes largas caravanas de coches habían salido serpenteando de la ciudad, camino de residencias veraniegas, embarcaderos y *campings*. Pese a todo, la ciudad continuaba llena de gente, y durante el fin de semana, que prometía buen tiempo, los que todavía permanecían en ella tendrían que contentarse con el sucedáneo de vida campestre que proporcionan parques y piscinas.

Eran las nueve y cuarto y ya había cola ante las taquillas de las piscinas Vanadis. Por la cuesta que sube desde Sveavägen, los ciudadanos de Estocolmo acudían a raudales, ansiosos de sol y agua.

Dos personajes de aspecto bastante desastrado cruzaron Frejgatan saltándose el semáforo. Uno llevaba vaqueros y jersey; el otro, pantalones negros y una americana marrón, sospechosamente abultada bajo el pecho izquierdo. Caminaban despacio, entornando los ojos enrojecidos frente al brillo del sol. El hombre que llevaba un objeto abultado en su bolsillo interior dio un paso en falso y a punto estuvo de chocar con un ciclista. Éste, un señor ágil de unos sesenta años con traje de verano gris claro y un bañador mojado en el portaequipajes, se tambaleó y tuvo que poner un pie en el suelo.

—¡Gamberros! —gritó, para luego continuar pedaleando de manera pomposa.

—Maldito viejo —le espetó el tipo de la americana—. ¡Pijo de mierda! Casi me atropella. Podría haberme caído y haber roto la botella.

Se detuvo en la acera, indignado, y advirtiendo lo cerca e había estado de la catástrofe, se estremeció y se llevó la mano hasta el bolsillo interior.

—¿Crees que habría pagado la botella? —Siguió—. Te digo yo que no, tío. Seguro que vive en un pisazo de Norr Mälarstrand, con la casa llena de champán... pero ni se le pasaría por la cabeza pagarle a un pobre diablo una cochina botella rota. ¡Cerdo capitalista!

—Bueno, el caso es que no la ha roto —repuso tranquilamente su acompañante.

Éste, que era considerablemente más joven, cogió del brazo a su airado amigo y tiró de él hasta el parque. Subieron la cuesta, pero en lugar de dirigirse a las piscinas, como los demás, continuaron a lo largo de la verja. Luego giraron y tomaron el camino estrecho que va desde la iglesia Stefan hasta la cima de la colina. Ascendían por la empinada cuesta entre jadeos, haciendo un gran esfuerzo. Hacia la mitad, el más joven dijo:

—A veces se puede encontrar dinero entre la hierba, detrás del depósito. Si es que han estado por allí anoche, jugando al póquer. Si pudiéramos juntar pasta para otra botella antes de que cierren Systembolaget...

Era sábado y las tiendas de vinos y licores cerraban a la una.

—¡Olvidalo! Ayer llovía.

—Es verdad —suspiró el joven.

El camino corría paralelo a la verja de las piscinas. Dentro pululaban los bañistas, algunos bronceados como negros, otros negros de verdad, pero la mayoría pálidos, tras un largo invierno en el que ni siquiera habían tenido ocasión de disfrutar de una semana en las islas Canarias.

—Oye, ¡para! —dijo el más joven—, ¿nos quedamos un rato a mirar a las tías?

El de más edad siguió caminando y soltó por encima del hombro:

—Que no, joder. Anda, vamos, tengo más sed que un camello.

Siguieron su marcha hasta alcanzar el depósito de agua situado en la cima del parque. Tras rodear el sombrío edificio vieron, para su alivio, que podían disponer a sus anchas de la zona situada detrás de la torre. El más viejo se sentó en el césped, sacó la botella y empezó a desenroscar el tapón. El joven continuó un poco más, hasta una pendiente que terminaba en una valla de madera roja, y llamó al otro a voces:

—¡Eh, Jocke! ¡Venga, nos sentamos aquí abajo! Es mejor, por si viene alguien.

Jocke se levantó resoplando con la botella en la mano y se fue detrás del otro, que ya bajaba por la pendiente.

—Aquí se está bien —dijo el joven—, al lado de estos arbust...

Se detuvo y se inclinó hacia delante.

—¡Joder! —susurró con voz ronca—. ¡Hostia!

Jocke se asomó por detrás de él, descubrió a la niña tendida en el suelo, se dobló hacia un lado y vomitó.

Tenía la mitad del torso oculto bajo un arbusto, las piernas abiertas y extendidas sobre la arena mojada. El rostro, ladeado, presentaba un color azulado, con la boca abierta. La mano derecha estaba doblada por encima de la cabeza y la izquierda yacía junto a la cadera, con la palma hacia arriba.

El cabello rubio, a media altura, había caído hacia delante, sobre la mejilla. Estaba descalza y llevaba falda y un jersey de algodón a rayas transversales,

que se había subido, dejando al descubierto la barriga.

Tendría unos nueve años.

No había duda de que estaba muerta.

A las diez menos cinco, Jocke y su compañero llegaron a la comisaría del noveno distrito en Surbrunnsgatan. Ofrecieron un relato nervioso y deshilvanado de lo que habían visto en Vanadislunden a un policía de guardia llamado Granlund. Diez minutos más tarde, Granlund y otros cuatro agentes se personaban en el lugar.

Apenas doce horas antes, dos de estos agentes habían acudido a una zona cercana del mismo parque, donde se había producido uno más en la larga serie de atracos. Como entre el robo y la denuncia pasó casi una hora, todos dieron por descontado que el atracador debía hallarse ya lejos. Por ello, no se procedió entonces al examen minucioso de la zona. Nadie, pues, estaba en condiciones de precisar si el cuerpo de la niña estaba allí a esa hora.

Los cinco policías constataron que la niña estaba muerta, posiblemente por estrangulamiento —en lo que a ellos les alcanzaba, pues no eran expertos—, y esto significaba que con toda probabilidad había sido asesinada. De momento, poco más podía hacerse.

Mientras esperaban a los oficiales de la policía criminal y a los técnicos forenses, su principal misión consistía en impedir el acceso a los curiosos.

Al observar el lugar del crimen, Granlund pensó que sus colegas de la policía criminal no lo iban a tener especialmente fácil. Desde que el cuerpo estaba allí había llovido de forma intensa y obstinada. Por lo demás, creía saber quién era la niña, circunstancia que no le resultaba particularmente grata.

La noche pasada, a las once, una madre angustiada se había presentado en comisaría pidiendo que buscaran a su hija, de ocho años y medio. Había salido a jugar a eso de las siete y no habían vuelto a saber nada de ella. Desde el noveno distrito dieron la alarma a la policía criminal y se envió la descripción de la chica a todas las unidades. Además se pusieron en contacto con los servicios de urgencias de los hospitales.

Desgraciadamente, la descripción parecía encajar.

Granlund no tenía constancia de que hubieran encontrado a la niña. Además, vivía en Sveavägen, cerca de Vanadislunden, así que la cosa no dejaba lugar a dudas.

Pensó en los padres de la niña, que estarían en casa viviendo una espera angustiada, y rogó para sus adentros no ser él el agente encargado de comunicarles la verdad.

Cuando finalmente llegó la policía criminal, Granlund se sentía como si llevara una eternidad allí, al sol, a escasos metros de la niña muerta.

Se marchó en cuanto los expertos iniciaron su trabajo. Regresó a la comisaría del noveno distrito a pie, con la imagen de la niña muerta grabada en su mente.

Cuando Kollberg y Rönn llegaron al lugar del crimen, en Vanadislundén, la zona que había detrás del depósito de agua estaba bien acordonada. El fotógrafo había concluido su trabajo y el médico realizaba un primer examen rutinario del cadáver.

El suelo seguía húmedo; las únicas huellas visibles en torno al cuerpo parecían frescas y con toda probabilidad eran de los hombres que habían descubierto el cadáver. Los zuecos de la niña yacían un poco más abajo, junto a la valla de madera roja.

Cuando el médico hubo terminado, Kollberg se acercó y le preguntó:

—¿Entonces qué?

—Estrangulada —dijo el médico—. Algún tipo de violación. Quizá.

Se encogió de hombros.

—¿Cuándo?

—En algún momento de la noche pasada. Averigua cuándo cenó, y qué.

—Sí, ya sé. ¿Crees que el crimen se produjo aquí?

—No veo nada que indique lo contrario —respondió el médico.

—Pues, no —asintió Kollberg—. ¡Hay que joderse! ¡Con lo que ha llovido!

—Sí —dijo el médico y continuó hacia su coche.

Kollberg se quedó media hora más, luego acompañó a un coche del noveno distrito hasta la comisaría de Surbrunnsgatan.

Cuando Kollberg entró en el despacho del comisario, éste estaba sentado ante su escritorio, leyendo un informe. Saludó y dejó a un lado el escrito. Señaló una silla. Kollberg tomó asiento y dijo:

—Una historia espantosa.

—Sí —dijo el comisario—. ¿Habéis encontrado algo?

—Que yo sepa, no. Supongo que la lluvia lo ha echado a perder casi todo.

—¿Cuándo crees que ocurrió? Tuvimos un atraco allí anoche, como sabes. Precisamente estaba leyendo el informe ahora mismo.

—Pues, no sé —contestó Kollberg—. Ya lo veremos cuando podamos moverla.

—¿Crees que puede ser el mismo tipo? ¿Que ella lo viera, o algo así?

—Si la han violado, dudo que sea el mismo. Un atracador que encima es violador... mira, me parece demasiado —dijo Kollberg.

—¿Violada? ¿Lo ha dicho el médico?

—No excluyó la posibilidad.

Kollberg suspiró y se frotó la barbilla.

—Los chicos que me han traído aquí dicen que sabéis quién es la niña —añadió.

—Sí —admitió el comisario—. Parece que sí. Granlund acaba de identificarla por una foto que la madre nos dejó anoche.

El comisario abrió una carpeta, sacó una foto de aficionado y se la dio a Kollberg. En la foto, la niña que ahora yacía muerta en Vanadislunden estaba apoyada contra un árbol, riendo hacia el sol. Kollberg asintió con la cabeza y devolvió la foto.

—¿Los padres saben que...?

—No —contestó el comisario.

Arrancó una hoja del cuaderno que tenía delante y se la entregó a Kollberg.

—Señora Karin Carlsson, Sveavägen 83 —leyó Kollberg en voz alta.

—La niña se llamaba Eva —dijo el comisario—. Será mejor que alguien... que tú vayas allí. Ahora. Antes de que se enteren de alguna otra forma más desagradable.

—¿No crees que así es ya suficientemente desagradable? —suspiró Kollberg.

El comisario lo miró con seriedad, pero no dijo nada.

—Por cierto, pensaba que este distrito era tuyo —protestó Kollberg. Pero luego se levantó y dijo—: Vale, vale, ya voy. Alguien tiene que hacerlo. —Y ya en la puerta, se volvió y añadió—: No me extraña que falte gente en el cuerpo, para meterse a madero hay que estar chiflado.

Como había dejado el coche junto a la iglesia de Stefan, decidió caminar hasta Sveavägen. Además, quería un poco más de tiempo antes de enfrentarse a los padres de la niña.

Hacía sol, y todos los rastros de la lluvia de la noche pasada ya se habían secado. Kollberg experimentaba un ligero mareo al pensar en la tarea que tenía por delante: incómoda, por decirlo de algún modo. Ya se había visto obligado a desempeñar misiones parecidas, pero esta vez se trataba de una niña y sufría más que nunca. Ojalá estuviera Martin, se dijo, estas cosas se le dan mucho mejor que a mí. Pero luego recordó lo deprimido que Martin Beck solía estar en situaciones semejantes y retomó el hilo de su pensamiento: « ¡Bah, esto resulta igual de difícil para cualquiera que se ve obligado a hacerlo! » .

La niña muerta residía en un edificio situado frente a Vanadislunden, en la manzana entre Surbrunnsgatan y Frejgatan. El ascensor no funcionaba y tuvo que subir andando los cinco tramos de escalera. Antes de llamar al timbre, se detuvo un momento para recuperar el aliento.

La mujer abrió casi al momento. Llevaba una bata marrón y sandalias. Sus cabellos rubios aparecían despeinados y en desorden, como si hubiera estado pasándose los dedos por el pelo una y otra vez. Cuando miró a Kollberg, su expresión oscilaba entre la decepción, la esperanza y el desasosiego.

Kollberg mostró su identificación, y ella le observó con mirada inquisitiva y desesperada.

—¿Puedo pasar?

La mujer abrió la puerta y se hizo a un lado.

—¿No la habéis encontrado? —preguntó.

Kollberg, sin responder, se limitó a entrar en el piso, que parecía constar de dos habitaciones. En la exterior había una cama, estanterías, un escritorio, un televisor, una cómoda y dos sillones a cada lado de una mesa baja de teca. La cama estaba hecha, seguramente nadie había dormido allí la noche pasada. Sobre la colcha azul había una maleta abierta; al lado, montones de ropa pulcramente doblada. Por encima de la tapa de la maleta colgaban un par de vestidos de algodón recién planchados. La puerta de la habitación interior estaba abierta y dejaba entrever una estantería pintada de azul con libros, juguetes y, encima, un oso de peluche blanco.

—¿Podemos sentarnos? —le sugirió Kollberg, tomando asiento en uno de los sillones.

La mujer permaneció de pie y dijo:

—¿Qué ha pasado? ¿La habéis encontrado?

Kollberg vio la angustia y el pánico en su mirada; intentó mantenerse completamente tranquilo.

—Sí —respondió—. Siéntese, por favor, señora Carlsson. ¿Dónde está su marido?

Ella se sentó en el sillón situado frente a Kollberg y expuso:

—No tengo marido. Nos hemos divorciado. ¿Dónde está Eva? ¿Qué ha pasado?

—Señora Carlsson —respondió Kollberg—, siento mucho tener que decirle esto. Su hija ha muerto.

La mujer lo miró fijamente.

—No —dijo—. No.

Kollberg se levantó y se acercó a ella.

—¿No hay nadie que pueda quedarse con usted? ¿Sus padres?

La mujer negó con la cabeza.

—No es verdad —insistió.

Kollberg puso la mano sobre su hombro.

—Lo siento mucho, señora Carlsson —dijo débilmente.

—Pero... ¿cómo...?, ¡íbamos a ir al campo...!

—Todavía no lo sabemos —señaló Kollberg—. Creemos que... cayó en

manos de alguien.

—¿La han matado? ¿Asesinado?

Kollberg asintió.

La mujer cerró los ojos y permaneció completamente inmóvil. Luego volvió a abrirlos, mientras movía la cabeza en señal de negación.

—Eva no —reiteró—. No es Eva. No han... se han equivocado.

—No —dijo Kollberg—. Lo lamento mucho, señora Carlsson. ¿No hay nadie a quien podamos llamar? ¿Alguien a quien podamos pedirle que venga? ¿Sus padres, o quien sea?

—No, no, ellos no. No quiero que venga nadie.

—¿Su ex marido?

—Vive en Malmö, creo.

Tenia el rostro lívido y su mirada parecía vacía. Kollberg comprendió que la mujer aún no lograba asumir lo sucedido, que había construido dentro de sí una defensa para impedir que la alcanzase la verdad. Conocía este tipo de reacción y sabía que, cuando ya no pudiese resistir más, se derrumbaría.

—¿A qué médico suele acudir, señora Carlsson? —preguntó Kollberg.

—El doctor Ström. Estuvimos allí el miércoles. Eva llevaba varios días con dolor de estómago y, como nos íbamos al campo, me pareció que lo mejor sería... —Se interrumpió y miró hacia la otra habitación—, Eva no suele ponerse enferma nunca. Y luego se le pasó, el dolor ese. El doctor pensaba que se trataba de alguna infección de estómago ocasional. Una gastroenteritis. —Permaneció callada un rato. Luego murmuró, en voz tan baja que Kollberg apenas pudo percibir las palabras—: Ahora ya está bien.

Kollberg la miró. Se sentía impotente y absurdo. No sabía qué decir ni qué hacer. Ella seguía mirando hacia la puerta abierta de la otra habitación. Kollberg buscó desesperadamente algo que decir. De repente, la mujer se levantó y gritó el nombre de la hija en voz alta y estridente. Luego se fue corriendo a la otra habitación. Kollberg la siguió.

La habitación era luminosa y estaba amueblada con encanto. En un rincón había una caja pintada de rojo, llena de juguetes. Al pie de la estrecha cama se veía una antigua casa de muñecas. Sobre la mesa, una pila de libros de texto.

La mujer estaba sentada en el borde de la cama, apoyaba los codos en las rodillas y se cubría la cara con las manos. Mecía el cuerpo adelante y atrás. Kollberg no pudo oír si lloraba.

Se quedó mirándola un momento, luego volvió al recibidor, donde había visto el teléfono. Junto a él había una agenda, en la que efectivamente halló el número del doctor Ström.

El médico escuchó las explicaciones de Kollberg y prometió estar allí en cinco minutos.

Kollberg volvió junto a la mujer, que permanecía en la misma posición.

Seguía completamente callada. Kollberg se sentó a su lado, a esperar. Al principio no se decidía a atacarla, pero al cabo de un rato pasó el brazo por su espalda, con cuidado. Ella no parecía advertir su presencia.

Así permanecieron hasta que, con la llegada del médico, el timbre de la puerta rompió el silencio.

Mientras regresaba a pie por Vanadislunden, Kollberg sudaba profusamente. Y no debido a la cuesta, ni al calor húmedo, ni tampoco a su relativa obesidad. Mejor dicho, no sólo debido a esto.

Como casi todos los que habrían de ocuparse del caso, estaba abrumado por él ya desde el primer momento. Pensaba en lo abominable del propio crimen y en la gente que se veía afectada por su ciega sinrazón. Ya antes había pasado por todo esto. Tantas veces que ni siquiera recordaba cuántas. Y sabía perfectamente lo espantoso que podía llegar a ser. Y lo difícil.

También pensaba en la rapidez con la que la sociedad se criminaliza, esa sociedad que, a fin de cuentas, no era sino producto de él mismo y de las demás personas que vivían y participaban en ella. Durante el último año, la policía se había dotado de nuevos recursos técnicos y humanos, pero el crimen parecía llevar siempre la delantera. Pensaba en las nuevas técnicas de investigación y en las computadoras, que quizá lograrían arrestar al criminal dentro de unas horas, pero también en el escaso consuelo que tan extraordinarios productos tecnológicos podían ofrecer, por ejemplo, a la mujer de la que acababa de despedirse. O a él mismo. O a los hombres que, con gesto serio, se congregaban ahora en torno al pequeño cuerpo tendido bajo los arbustos, entre la colina y la valla de madera roja.

Sólo había visto el cadáver durante unos instantes, de lejos, y si había alguna manera de evitarlo, prefería no volver a verlo. Pero ya sabía que esto sería imposible. El recuerdo de la niña de falda roja y jersey a rayas se había grabado en su mente y allí permanecería para siempre, junto a todos los demás recuerdos de los que era imposible librarse. Pensaba en los zuecos, en la cuesta y en su propio hijo, que aún no había nacido. En el aspecto que tendría dentro de nueve años. En el horror y la repugnancia que suscitaría este crimen. En la portada de los periódicos vespertinos.

Ya estaba acordonada toda el área en torno al sombrío depósito de agua, semejante a una fortificación, y también la empinada cuesta posterior, hacia las escaleras de Ingemarsgatan. Kollberg pasó por delante de los coches, se detuvo junto al cordón y recorrió con la mirada el parque infantil vacío, con sus cajones

de arena, columpios y torres para trepar.

La certeza de que todo esto había sucedido ya y de que, con toda seguridad, volvería a suceder, resultaba una carga casi imposible de soportar. Desde la última vez habían recibido más computadoras, más gente y más coches. La iluminación de los parques se había mejorado, los matorrales se habían ido desbrozando. La próxima vez habría todavía más coches y más computadoras, menos matorrales. Kollberg pensaba en todo esto mientras se secaba el sudor de la frente, con un pañuelo ya empapado.

Reporteros y fotógrafos habían tomado posiciones, pero por suerte aún no se habían dejado caer muchos curiosos. Por raro que pueda parecer, los periodistas y fotógrafos iban mejorando con el paso del tiempo, en parte gracias a la policía. Los curiosos, en cambio, nunca mejorarían.

Pese al gran número de personas presentes en la zona, en torno al depósito de agua reinaba un extraño silencio. De lejos, tal vez desde la piscina municipal, o desde el parque infantil de Sveavägen, llegaban gritos alegres y risas infantiles.

Kollberg se quedó junto al cordón, sin decir nada y sin que nadie se dirigiera a él.

Sabía que habían llamado a la Brigada Nacional de Homicidios y a la Brigada Antiviolenencia. Sabía también que la situación estaba en proceso de estabilizarse, por decirlo de alguna manera: los técnicos forenses estaban ya manos a la obra y también intervenía la brigada antivicio, se estaba organizando un teléfono centralizado para recoger información ciudadana, se había montado una operación puerta a puerta por todo el vecindario, el médico forense estaba preparado y todos los coches radiopatrulla habían sido alertados, nadie iba a escatimar recursos, incluido él mismo.

Aun así, quiso concederse un momento de reflexión. Era verano. La gente se bañaba. Los turistas vagaban por las calles, plano en mano. Y entre los arbustos del matorral, entre la colina y la valla roja de madera, yacía una niña muerta. Era repulsivo. Y lo más grave: podía llegar a ser peor.

Un nuevo coche radiopatrulla, tal vez el noveno o el décimo, ascendía la cuesta desde la iglesia de Stefan. Se detuvo. Sin apenas volver la cabeza, vio a Gunvald Larsson bajar del coche y acercarse hacia él.

—Hola. ¿Cómo va?

—No sé.

—La lluvia. Llovió a cántaros toda la noche. Probablemente... —dijo Gunvald Larsson y, por una vez, se interrumpió. Pasado un rato, añadió—: Si encuentran huellas, serán más. Estuve aquí anoche. A eso de las diez y pico.

—¿Ah, sí?

—El atracador. Asaltó a golpes a una vieja. A menos de cincuenta metros de aquí.

—Ya me he enterado.

—Acababa de cerrar su frutería y volvía a casa. Llevaba toda la caja encima.

—No me digas.

—Toda la caja. La gente está majareta —dijo Gunvald Larsson.

Permaneció callado otro instante más, luego señaló con un movimiento de cabeza la colina, los arbustos y la valla de madera roja y añadió:

—Para entonces, la niña debía de estar ya ahí, ¿no?

—Eso parece.

—Cuando llegamos, ya había empezado a llover. Además, la patrulla civil del noveno distrito pasó por aquí tres cuartos de hora antes del atraco. Tampoco vieron nada. La niña debía de estar también entonces.

—¿Buscaban al atracador? —preguntó Kollberg.

—Así es. Y cuando se presentó estaban en el Ugglevikskällan. Es la novena vez que ocurre.

—¿Qué pasó con la mujer?

—Una ambulancia la llevó directamente al hospital. Estado de *shock*, fractura de mandíbula, cuatro dientes menos, hueso de la nariz roto. Sólo vio que se trataba de un hombre que se cubría la cara con un pañuelo rojo. ¡Vaya una descripción de mierda!

Gunvald Larsson volvió a callarse, luego añadió:

—Si hubiera tenido los perros...

—¿Qué?

—Cuando lo vi la semana pasada, tu maravilloso amigo Beck me sugirió que debíamos enviar a los perros. Un perro tal vez habría descubierto...

Volvió a mover la cabeza señalando la colina, como si tuviera reparos en enunciar con palabras lo que quería decir.

Kollberg no sentía mucha simpatía por Gunvald Larsson, pero esta vez le entendía.

—Sí, es posible —dijo Kollberg.

Gunvald Larsson hizo una pregunta, en un tono muy dubitativo:

—¿Es sexual?

—Probablemente.

—En tal caso, no creo que haya relación.

—No, seguramente no.

Rönn se acercó a ellos, junto al cordón. Gunvald Larsson le preguntó inmediatamente:

—¿Es sexual?

—Sí —respondió Rönn—. Eso parece. Casi seguro.

—Entonces no hay relación.

—¿Con qué?

—Con el atracador.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Kollberg.

—Mal —dijo Rönn—, la lluvia lo debe haber borrado todo. La niña está empapada, como una gata ahogada.

—¡Joder! —exclamó Gunvald Larsson—. ¡Joder, qué asco! ¡Dos locos sueltos al mismo tiempo y en el mismo sitio, uno malo y el otro peor!

Viró en redondo y regresó al coche. Lo último que le oyeron decir fue:

—¡Qué mierda de oficio!

Rönn siguió con la mirada a Gunvald Larsson. Luego le dijo a Kollberg, con voz apagada:

—¿Me haces el favor de venir un momento?

Kollberg suspiró pesadamente y pasó por encima del acordonamiento de una sola zancada.

• • • • •

Martin Beck no regresó a Estocolmo hasta el sábado por la tarde, día anterior a su vuelta al trabajo. Ahlberg le acompañó a la estación.

Hizo trasbordo en Hallsberg y compró los periódicos vespertinos en el quiosco de la estación. Los metió doblados en el bolsillo de la gabardina y no los abrió hasta después de haberse acomodado en su asiento, en el expreso procedente de Gotemburgo.

Echó un vistazo a los titulares de la primera página y se estremeció. La pesadilla había empezado.

Para él, unas horas más tarde que para los demás. Pero sólo eso.

Hay momentos y situaciones que uno quisiera evitar a toda costa, pero que no admiten demora. Probablemente sea verdad que los policías se ven envueltos en este tipo de situaciones más a menudo que otras personas. Y no cabe la menor duda de que a determinados policías tales situaciones se les presentan con mayor frecuencia.

Tomar declaración a una mujer llamada Karin Carlsson, que menos de veinticuatro horas antes ha sido informada de que su hija de ocho años ha muerto estrangulada por un perverso sexual, es claramente una situación de este tipo. Una mujer sola que no ha logrado sobreponerse al *shock*, a pesar de inyecciones y pastillas, y cuya apatía se manifiesta en la circunstancia de que sigue vistiendo la misma bata marrón de algodón y las mismas sandalias que llevaba cuando, veinticuatro horas antes, llamó a su puerta un policía gordo al que nunca había visto ni jamás volvería a ver. He aquí el momento inmediatamente anterior al inicio de un interrogatorio de esas características.

Uno es comisario de la Brigada Nacional de Homicidios y sabe que esta conversación no puede aplazarse, menos aún evitarse, porque aparte de este testigo no hay una sola línea de investigación viable, ni una sola pista. Porque el informe de la autopsia aún no está terminado. Y además, porque uno ya sabe, a grandes rasgos, lo que contendrá ese informe.

Veinticuatro horas antes, Martin Beck estaba sentado en la popa de una barca, recogiendo redes de pesca que él y Ahlberg habían colocado por la mañana temprano. Ahora estaba de pie en mitad de un despacho, en el centro de operaciones de Kungsholmsgatan, con el codo derecho apoyado en un archivador, y se sentía tan mal que no tenía ganas ni de sentarse.

Les había parecido oportuno que la declaración la tomara una mujer, una subinspectora primera adscrita a la brigada antivicio. Tenía cuarenta y cinco años y se llamaba Sylvia Granberg. De alguna manera, la elección resultó muy afortunada. Sentada en la mesa, frente a la mujer de la bata blanca, parecía igual de imposible que el magnetófono que acababa de poner en funcionamiento.

Cuarenta minutos más tarde, en el momento de apagar el aparato, no había experimentado ningún cambio notable, ni había vacilado en ningún momento a la

hora de hacer sus preguntas. Martin Beck reparó en este punto un poco más tarde, cuando escuchó la grabación en compañía de Kollberg y un par de personas más.

GRANBERG: Sé que esto le resulta difícil, señora Carlsson, pero desgraciadamente nos vemos en la obligación de hacerle algunas preguntas.

TESTIGO: Sí.

G: Usted se llama, pues, Karin Elisabet Carlsson.

T: Sí.

G: ¿Cuándo nació?

T: El sie... mil novecien...

G: Por favor, al responder, ¿le importaría dirigir la cabeza al magnetófono?

T: El siete de abril de mil novecientos treinta y siete.

G: ¿Y su estado civil?

T: Qué... yo...

G: Quiero decir si es soltera, si está casada o está divorciada.

T: Divorciada.

G: ¿Desde cuándo?

T: Desde hace seis... casi siete años.

G: ¿Y cómo se llama su ex marido?

T: Sigvard Erik Bertil Carlsson.

G: ¿Dónde vive?

T: En Malmö... es decir, está empadronado allí... creo.

G: ¿Lo cree? ¿No lo sabe?

MARTIN BECK: Es marinero. Aún no hemos podido localizarle.

G: ¿No tenía su ex marido la obligación de pagar

la manutención de la niña?

MB: Sí, por supuesto, pero parece que llevaba años sin hacerlo.

T: No... Nunca se preocupaba mucho por Eva.

G: ¿Y su hija se llamaba Eva Carlsson? ¿No tiene más nombres?

T: No.

G: ¿Y nació el cinco de febrero de mil novecientos cincuenta y nueve?

T: Sí.

G: ¿Quiere hacer el favor de contar con toda la exactitud de la que sea capaz lo sucedido el viernes por la tarde?

T: ¿Lo sucedido?... No sucedió nada. Eva... salió.

G: ¿A qué hora?

T: Alrededor de las siete. Estuvo viendo la tele, luego cenamos y...

G: ¿A qué hora cenaron?

T: A las seis. Siempre cenábamos a las seis, cuando yo llegaba a casa. Trabajo en una fábrica que hace pantallas para lámparas. De vuelta a casa, paso a recoger a Eva por el centro infantil. Va allí sola, después del colegio... Luego hacemos la compra juntas por el camino.

G: ¿Qué cenó?

T: Albóndigas. ¿Me puede dar un poco de agua?

G: Claro. Tenga.

T: Gracias. Albóndigas y puré de patatas. Y de postre tomamos helado.

G: ¿Y qué bebió?

T: Leche.

G: ¿Qué hicieron después?

T: Estuvimos viendo la tele un poco; ponían un programa infantil.

G: Y a las siete, por tanto, o un poco después, ¿salió?

T: Sí, para entonces había dejado de llover. Y empezaron las noticias en la tele. No le interesan mucho.

G: Salió sola...

T: Sí. Todavía había mucha luz y las vacaciones acababan de empezar. Yo la dejaba estar fuera, jugando, hasta las ocho. ¿Le parece un... descuido por mi parte?

G: Claro que no. En absoluto. Luego, ¿no la volvió a ver?

T: No... No hasta... no, no puedo...

G: ¿La identificación? No hablemos de eso. ¿A qué hora empezó a preocuparse?

T: No lo sé. Estaba muy preocupada todo el tiempo. Siempre me preocupo cuando no está en casa. Es que es mi único...

G: Pero ¿cuándo empezó a buscarla?

T: No antes de las ocho y media. A veces se distrae. Se queda con alguna amiga y se le olvida mirar el reloj. Ya sabe, los niños, cuando juegan...

G: Sí, claro. Entiendo. ¿Cuándo empezó a buscarla?

T: Sobre las nueve menos cuarto. Conozco a dos amigas de la misma edad con las que solía estar. Llamé a casa de los padres de una de ellas pero nadie cogió el teléfono.

MB: Están de viaje. Se han ido a pasar el fin de semana a su casa de campo.

T: No lo sabía. Eva tampoco, no creo.

G: ¿Y qué hizo luego?

T: Los padres de la otra niña no tienen teléfono, así que fui a su casa.

G: ¿A qué hora?

T: Debí de ser pasadas las nueve, porque el portal estaba cerrado con llave y tuve que esperar un rato hasta que vino alguien. Me dijeron que Eva había estado allí poco después de las siete, pero que no dejaron a su hija salir a jugar con ella. El padre dijo que no eran horas para que las niñas pequeñas estuviesen en la calle.

(Pausa). ¡Dios mío! ¡Si yo también hubiera...! Pero había tanta luz y gente por todas partes. Si sólo...

G: ¿Su hija salió de esa casa enseguida?

T: Sí, dijo que se iba al parque infantil.

G: ¿A qué parque infantil cree usted que se refería?

T: Al de Vanadislunden, al lado de Sveavägen. Siempre iba allí.

G: ¿No puede haberse referido al otro, al de arriba, junto al depósito de agua?

T: No creo. Allí no iba nunca. Y, desde luego, no sola.

G: ¿Pudo haberse encontrado con otros amigos?

T: No conozco a nadie más. Siempre solía jugar con esas dos niñas.

G: Cuando no la encontró en casa de la segunda amiga, ¿qué hizo?

T: Me... me fui al parque infantil de Sveavägen. No había nadie.

G: ¿Y luego?

T: No sabía qué hacer. Volví a casa a esperar. Me puse en la ventana, a ver si la veía.

G: ¿Cuándo llamó a la policía?

T: Más tarde. A las diez y cinco, o y diez, vi un coche patrulla, que paró delante del parque. Luego llegó una ambulancia. Para entonces ya había empezado a llover otra vez. Me puse el abrigo y me acerqué corriendo. Yo... hablé con un policía que estaba allí, pero me dijo que se trataba de una mujer mayor.

G: Luego, ¿regresó a casa?

T: Sí... y entonces vi que había luz. ¡Me alegré tanto! ¡Pensé que había vuelto! Pero fui yo misma, que me la había dejado encendida.

G: ¿A qué hora llamó a la policía?

T: A las diez y media ya no aguantaba más. Llamé a una amiga, una compañera de trabajo. Vive en Hökarängen. Me dijo que llamara a la policía enseguida.

G: Según la información de la que disponemos, usted llamó a las once menos diez.

T: Sí. Y luego me fui a la comisaría. La de Surbrunnsgatan. Todos fueron muy amables conmigo. Les conté el aspecto que tiene... que tenía Eva y la ropa que llevaba. Y les enseñé una foto para que vieran cómo era. Fueron muy amables. El policía que redactó el informe me dijo que son muchos los niños que se pierden o que se quedan más tiempo en casa de algún amigo, pero que todos suelen aparecer pasadas unas horas. Y...

G: ¿Sí?

T: Y me dijo que, de haber ocurrido algún accidente, o lo que fuera, ellos ya lo habrían sabido.

G: ¿A qué hora volvió a casa?

T: Pasadas las doce. Estuve levantada aguardando... toda la noche. Esperaba que me llamara alguien. La policía. Tenían mi número de teléfono, pero nadie llamó. De todos modos,

yo les volví a llamar. Pero el que se puso dijo que tenía apuntado mi número y me aseguró que llamaría enseguida si... (Pausa). Pero no llamó nadie. Nadie. Al día siguiente por la mañana tampoco. Y luego llegó un policía de paisano y... dijo... dijo que...

G: No creo que haga falta que sigamos con esto.

T: ¿No? Vale.

MB: Su hija había sido acosada alguna otra vez por individuos, digámoslo así, poco recomendables, ¿no?

T: Sí, el otoño pasado. Dos veces. Ella creía saber quién era. Uno que vive en la misma casa que Eivor, la amiga que no tiene teléfono.

MB: ¿La que vive en Hagagatan?

T: Sí. Lo denuncié a la policía. Estuvimos aquí, en este edificio, y Eva se lo contó a una señora. Además, estuvo mirando fotografías en un montón de álbumes.

G: Está fichado. Ya hemos sacado el expediente.

MB: Ya lo sé. Pero lo que quería preguntar es si Eva volvió a ser acosada por aquel individuo en algún otro momento, tras la denuncia.

T: No. Que yo sepa, no. No me ha dicho nada... y siempre suele contármelo todo.

G: Bueno, señora Carlsson, eso es todo.

T: ¿Sí? Vale.

G: Perdona que le pregunte, pero ¿dónde tiene pensado ir ahora?

T: No lo sé. A casa no...

G: Le acompaño a la salida, así podemos hablar del tema por el camino. Ya se nos ocurrirá algo.

T: Gracias. Es muy amable.

Kollberg apagó el magnetófono, clavó una mirada sombría en Martin Beck y dijo:

—Ese cabrón que la molestó el otoño pasado...

—¿Sí?

—Rönn se está ocupando de él abajo. Fuimos a buscarle enseguida. Ayer al mediodía.

—¿Y?

—De momento es sólo un triunfo de la técnica computacional. El tío no hace más que lloriquear e insiste en que no ha sido él.

—¿Y eso qué prueba?

—Nada, claro. Tampoco tiene coartada. Dice que estaba en casa durmiendo, en su apartamento de Hagagatan. No se acuerda muy bien, dice.

—¿No se acuerda?

—Está totalmente alcohólico —siguió Kollberg—. Lo que sí sabemos es que estuvo en Roda Berget empujando el codo hasta que lo echaron, a eso de las seis. El asunto no se le presenta demasiado favorable.

—¿Qué hizo la última vez?

—Según tengo entendido, es un exhibicionista normal y corriente. Tengo la cinta de la declaración de la niña. Otro triunfo de la tecnología.

Se abrió la puerta y entró Rönn.

—¿Y bien? —preguntó Kollberg.

—Nada, de momento. Hay que dejarle descansar un poco. Parece completamente agotado.

—Tú también —dijo Kollberg.

Resultaba evidente, pues Rönn tenía la frente y las mejillas muy pálidas, los ojos hinchados y los bordes de los párpados rojos.

—¿Qué impresión te da? —preguntó Martin Beck.

—Ninguna —replicó Rönn—. No sé. Oye, creo que he debido de pillar algo.

—Luego —dijo Kollberg—. Ahora no. ¿Escuchamos la cinta?

Martin Beck asintió con la cabeza. La bobina del magnetófono volvió a dar vueltas. Se oyó una voz agradable de mujer.

—Interrogatorio con la niña Eva Carlsson, nacida el cinco de febrero de mil novecientos cincuenta y nueve. Interrogadora: subinspectora Sonja Hansson.

Tanto Martin Beck como Kollberg fruncieron el ceño y perdieron el hilo de las primeras palabras.

Reconocían de sobra tanto el nombre como la voz. A Sonja Hansson habían estado a punto de matarla dos años y medio atrás, mientras ellos la empleaban como cebo en una operación encubierta.

—Es un milagro que se haya quedado en el cuerpo —dijo Kollberg.

—Sí —asintió Martin Beck.

—Calla, no oigo nada —se quejó Rönn.

Rönn no había participado en aquella investigación.

—¿... y entonces ese señor se acercó a ti?

—Sí, Eivor y yo estábamos en la parada del autobús.

—¿Y qué hizo?

—Olia muy mal y andaba raro, y luego dijo... una cosa bastante rara.

—¿Te acuerdas de lo que dijo?

—Sí, dijo: « ¡Hola, chavalas! ¿Me hacéis una pajita por un billete de cinco? » .

—Oye, Eva, ¿tú sabes lo que quería decir con eso?

—No, era realmente muy extraño. Yo sí sé lo que es una pajita, como en las heladerías. Pero nosotras no sabemos hacer eso. Es que nosotras no teníamos nada para hacer una pajita.

—Entonces, ¿qué hicisteis? Después de que os dijera eso.

—Es que lo dijo muchas veces. Y luego se fue y nosotras le seguimos, sin que se diera cuenta.

—¿Le perseguíais?

—Sí, íbamos detrás. Como en el cine o en la tele.

—¿Cómo os atrevisteis?

—¡Bah! ¡No nos daba miedo!

—Pues yo creo que deberíais tener mucho cuidado con ese tipo de señores.

—¡Bah!, él no nos da miedo.

—¿Visteis adónde iba, entonces?

—Sí, entró en la casa donde vive Eivor y, dos pisos más arriba de la casa de Eivor, sacó una llave y entró.

—¿Volvisteis a casa luego?

—Qué va. Subimos detrás, a escondidas, para ver su puerta. Porque allí ponía cómo se llamaba.

—Entiendo. ¿Y qué ponía?

—Eriksson, creo. También escuchamos por el buzón. Oímos que hablaba como murmurando.

—¿Se lo contaste todo a tu madre?

—¡Bah! ¡Sí no era nada! Aunque todo era muy raro, la verdad.

—Pero lo de ayer sí se lo contaste a tu madre, ¿no?

—Sí, lo de las vacas, sí.

—¿Era el mismo señor?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Casi.

—¿Cuántos años crees que tiene el señor?

—Pues por lo menos veinte años o más.

—¿Cuántos años crees que tengo yo?

—Bueno, tú unos cuarenta. O cincuenta.

—¿Tú crees que ese señor es mayor que yo o más joven que yo?

—¡Uy, mucho mayor! ¡Pero mucho mayor! ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho. Bueno, Eva, ¿me quieres contar lo que pasó ayer?

—Sí, Eivor y yo estábamos jugando a la rayuela delante del portal y entonces él vino, se puso en medio de los dos y dijo que si queríamos subir a su casa a ver cómo ordeñaba sus vacas.

—Vale, de acuerdo. ¿Y luego qué hizo?

—¡Bah!, yo no me creo que tenga vacas en casa. ¡Vacas de verdad!

—¿Y qué le contestasteis tú y Eivor?

—No le dijimos nada, pero después Eivor dijo que se le había soltado la cinta del pelo y que no quería ir a casa de nadie, porque le daba mucha vergüenza.

—¿Y entonces el señor se fue a su casa?

—No, dijo que, entonces, iba a ordeñar sus vacas allí mismo. Y luego se desabrochó los pantalones y...

—¿Y?

—Oye, si a Eivor no se le hubiese roto la cinta del pelo, ¿nos habrían matado?

—¡Qué interesante!

—Pues no, no creo. Pero decías que el señor se desabrochó los pantalones...

—Sí, y luego se sacó eso... la cosa que tienen los señores para hacer pipí...

La clara voz infantil se interrumpió en el momento en que Kollberg estiró la mano y apagó el magnetófono.

Martin Beck le observó. Tenía la cabeza apoyada en la mano izquierda y se frotaba el puente de la nariz con los nudillos.

—Lo curioso de todo esto... —empezó Rönn.

—¡Qué coño estás diciendo! —le espetó Kollberg.

—Pues que ahora ha confesado. La última vez lo negó todo rotundamente. Las niñas se mostraron cada vez más inseguras a la hora de identificarlo y el asunto quedó en nada. Pero ahora, en cambio, lo confiesa. Dice que estaba borracho en las dos ocasiones, que, si no, no lo habría hecho.

—Así que ahora lo ha confesado —dijo Kollberg.

—Sí.

Martin Beck echó una mirada inquisitiva a Kollberg. Luego se dirigió a Rönn y le preguntó:

—No has dormido esta noche, ¿no?

—No.

—Pues creo que debes irte a casa a descansar.

—¿Vamos a soltarle?

—No, hombre, no —replicó Kollberg—. No le vamos a soltar.

—Efectivamente, el hombre se llamaba Eriksson y trabajaba en un almacén. Y no hacía falta ser médico de la Policlínica María para darse cuenta de que se trataba de un alcohólico. Tendría alrededor de sesenta años. Era alto y demacrado, casi completamente calvo. Temblaba de pies a cabeza.

Kollberg y Martin Beck lo estuvieron interrogando durante dos horas, tiempo que resultó igual de insoportable para ambas partes.

El hombre confesaba una y otra vez los mismos detalles repugnantes. Entre medio lloraba, y aseguraba que el viernes por la tarde se había ido derecho a casa desde el bar. En cualquier caso, era incapaz de recordar nada más, por mucho que lo intentara.

Pasadas dos horas confesó que en julio de 1964 había robado doscientas coronas, y una bici cuando tenía dieciocho años. Luego ya no dejó de llorar. Una ruina de hombre, expulsado de la dudosa comunidad que le rodeaba y absolutamente solo.

Kollberg y Martin Beck lo miraban sombríos, y luego lo mandaron de vuelta al calabozo.

Al mismo tiempo, otros agentes de la brigada, junto con personal del quinto distrito, se presentaron en la casa de Hagagatan, intentando hallar a alguien que pudiera confirmar o desmentir la coartada del individuo. No consiguieron ninguna de las dos cosas.

El informe de la autopsia que les llegó a las cuatro de la tarde seguía teniendo un carácter preliminar. Hablaba de estrangulamiento, marcas de dedos en el cuello y violencia sexual. Pero no se pudo constatar violación propiamente dicha.

Por lo demás, el informe contenía una serie de datos negativos. Nada indicaba que la niña hubiera tenido oportunidad de ofrecer resistencia. No se habían encontrado restos de piel bajo las uñas, ni moratones en brazos o manos. Sí, en cambio, en el bajo vientre, como causados por puñetazos.

Los técnicos forenses habían examinado la ropa, que no revelaba nada fuera de lo habitual. Sin embargo, las bragas de la niña brillaban por su ausencia. No habían aparecido por ninguna parte. Eran blancas, de algodón, de la talla treinta y seis, de una marca de uso común.

Por la noche, los agentes de la operación puerta a puerta repartieron quinientos formularios y recibieron una sola respuesta positiva. Una chica de dieciocho años de nombre Majken Jonsson, residente en Sveavägen 103 e hija de un gerente, declaró que ella y un compañero de su misma edad habían estado en Vanadislundén durante unos veinte minutos, entre las ocho y las nueve. Era incapaz de precisar más la hora. No habían oído ni visto nada.

A la pregunta de qué se les había perdido por Vanadislundén a esas horas, contestó que habían abandonado una fiesta familiar para tomar un poco el fresco.

—Tomar el fresco —masculló Melander pensativo.

—Entre las piernas, sin duda —añadió Gunvald Larsson.

Gunvald Larsson había sido oficial de marina y seguía siendo oficial de reserva. De vez en cuando daba rienda suelta a su humor de cuarto de banderas.

Las horas transcurrían lenta y pesadamente. La maquinaria policial continuaba dando vueltas. Pero había entrado en punto muerto. Era ya más de la una de la madrugada cuando Martin Beck llegó a su casa en Bagarmossen. Todos dormían. Sacó una cerveza de la nevera y se preparó una rebanada de pan con paté. Luego se bebió la cerveza y tiró la rebanada a la basura.

Al acostarse pensó un rato en Eriksson, el mozo de almacén, que temblaba y que tres años atrás había robado doscientas coronas de la americana de un compañero de trabajo.

Kollberg no dormía. Estaba tumbado en la oscuridad mirando fijamente al techo. También pensaba en el hombre llamado Eriksson, cuyo nombre figuraba en el registro de la brigada antivicio. Pensó también que si el asesino de Vanadislundén no estaba fichado, la tecnología computacional iba a ser aquí de tanta utilidad como lo fue para la policía norteamericana durante la búsqueda del estrangulador de Boston. Es decir, de ninguna. En el plazo de dos años, el estrangulador de Boston mató a trece personas —mujeres solteras, en todos los casos sin dejar el menor rastro—.

De vez en cuando observaba a su esposa. Dormía, pero se estremecía un poco cada vez que el niño daba una patada.

Era lunes por la tarde, dos días y pico después de la aparición de la niña muerta en Vanadislundén.

La policía apeló a la colaboración ciudadana por prensa, radio y televisión, y se habían recibido ya más de trescientas llamadas. Un grupo de trabajo especial registraba y examinaba todos los datos. Luego se procedía a su análisis detallado.

La brigada antivicio revisaba sus registros, el Laboratorio Nacional de Investigación Forense analizaba el escaso material disponible procedente del lugar del crimen, el centro de ordenadores trabajaba a toda máquina, el personal de la brigada antivicio, junto con gente de la sección de protección del noveno distrito, iba de puerta en puerta visitando las casas de la zona, se tomaba declaración a sospechosos y posibles testigos. Pero toda esta actividad aún no había conseguido nada que pudiera calificarse de éxito. El asesino seguía suelto y se ignoraba su identidad.

Los papeles se amontonaban en la mesa de Martin Beck. Llevaba desde primeras horas de la mañana enfrascado en una vorágine de informes, dictámenes y actas de interrogatorio. El teléfono no dejaba de sonar y para darse un respiro había pedido a Kollberg que se encargase de atender sus llamadas durante la hora siguiente. Gunvald Larsson y Melander habían quedado también dispensados de atender llamadas, y permanecían encerrados en un despacho examinando el material.

Martin Beck no había dormido más que un par de horas en toda la noche y encima se había saltado la comida para dar una rueda de prensa, que a los periodistas no les sirvió de mucho.

Bostezó y miró el reloj, sorprendido de ver que eran ya las tres y cuarto. Acto seguido, recogió un montón de papeles pertenecientes a la sección de Melander y, tras llamar a la puerta, entró en el despacho de éste y Gunvald Larsson.

Al llegar Martin Beck, Melander ni siquiera levantó la vista. Llevaban tanto tiempo trabajando juntos que podía reconocerle por su forma de llamar a la puerta. Gunvald Larsson miró descontento el montón de papeles que llevaba Martin Beck.

—Dios mío, ¡más papeles todavía! —exclamó—. ¡Vamos a ahogarnos entre tantos folios!

Martin Beck se encogió de hombros y dejó los papeles junto al codo de Melander.

—Pensaba pedir café —dijo—. ¿Queréis?

Melander negó con la cabeza sin levantar la mirada.

—Vale —asintió Gunvald Larsson.

Martin Beck salió, cerró la puerta tras de sí y a punto estuvo de chocar con Kollberg, que se acercaba corriendo. Advirtió la expresión de excitación en el redondo rostro de Kollberg y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Kollberg lo tomó del brazo y le espetó, con palabras tan apresuradas que casi se tropezaban unas con otras:

—¡Martin, ha vuelto a ocurrir! ¡Ha vuelto a actuar! En Tantolunden.

.....

Cruzaron el puente Västerbron con la sirena puesta, escuchando por radio cómo todos los coches patrulla eran redirigidos hacia Tantolunden, a fin de acordonar la zona. Todo lo que Martin Beck y Kollberg supieron antes de salir era que había aparecido una niña muerta cerca del teatro al aire libre, que el crimen se parecía al de Vanadislunden y que el hallazgo se había producido inmediatamente después del crimen, por lo que cabía la posibilidad de que el asesino no hubiera tenido tiempo de llegar muy lejos.

Una vez pasado el estadio de Zinkensdamm vieron un par de patrullas blanquinegras descendiendo por Wollmar Yxkullsgatan. Otros coches estaban ya aparcados en Ringvägen y en el interior del parque.

Se detuvieron frente a la hilera de viejas casitas blancas de madera que hay en Sköldgatan. El camino de entrada al parque estaba bloqueado por un coche con antena de radio. En la senda peatonal vieron a un agente uniformado cerrando el paso a unos niños que subían la cuesta.

Martin Beck se dirigió hacia el agente con pasos apresurados, sin reparar en que Kollberg se quedaba rezagado. Saludó al policía, que le remitió hacia la parte alta del parque, y luego continuó sin aminorar la marcha. El parque tenía un relieve muy accidentado y sólo después de dejar atrás el teatro y subir otro tramo de la cuesta, descubrió un grupo de hombres en semicírculo, de espaldas a él. Se hallaban en una hondonada, a unos veinte metros del camino. Un poco más allá, en el punto en que la senda se bifurcaba, un agente uniformado montaba guardia para impedir que se acercaran los curiosos.

En la cuesta abajo, Kollberg le alcanzó de una carrera. En la hondonada los policías mantenían una conversación, que cesó al acercarse ellos. Los hombres saludaron y se echaron a un lado. Martin Beck oyó la respiración entrecortada de

Kollberg.

La niña yacía sobre la hierba, de espaldas, con los brazos doblados por encima de la cabeza. Tenía la pierna izquierda torcida y la rodilla muy subida, de manera que el muslo formaba ángulo recto con el cuerpo. La pierna derecha estaba estirada en diagonal. La cara se dirigía hacia arriba, con los ojos entornados y la boca abierta. Había sangrado por la nariz. Tenía una comba de plástico amarillo transparente enrollada varias veces alrededor del cuello. Llevaba un vestido amarillo de algodón sin mangas. Los tres botones inferiores habían sido arrancados. No llevaba bragas. En los pies tenía calcetines blancos y sandalias rojas. Aparentaba unos diez años. Estaba muerta.

Martin Beck reparó en todo aquello durante los escasos segundos que consiguió mantener la mirada sobre ella. Luego se volvió y alzó los ojos hacia el camino. Desde lo alto de la cuesta, bajaban corriendo dos técnicos forenses. Vestían monos de color azul grisáceo y uno de ellos llevaba una caja grande de aluminio. El otro tenía un rollo de cuerda en una mano y un maletín negro en la otra. Al acercarse, el que llevaba la cuerda dijo:

—A ver, el tío que haya aparcado su coche en mitad del camino, que lo mueva: tenemos que subir con el nuestro.

Luego echó un vistazo a la niña muerta, siguió bajando hasta la bifurcación y se puso a acordonar la zona.

Junto al camino, un policía con chaqueta de cuero hablaba por un *walkie-talkie* mientras un hombre vestido de paisano permanecía a su lado, escuchando. Martin Beck reconoció a este último.

Se llamaba Manning y estaba adscrito a la sección de protección del segundo distrito. Manning advirtió la presencia de Martin Beck y Kollberg, dijo unas palabras al agente del *walkie-talkie* y se acercó a ellos.

—Parece que toda la zona está ya acordonada —dijo—. En la medida de lo posible.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la encontraron? —preguntó Martin Beck.

Manning echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—El primer coche patrulla llegó hace veinticinco minutos.

—¿Y no habéis conseguido una descripción? —preguntó Kollberg.

—No, por desgracia.

—¿Quién la encontró?

—Un par de chavales. Avisaron a un coche radiopatrulla que circulaba por Ringvägen. Cuando se presentaron los agentes, el cuerpo todavía estaba caliente. No parece que hay a pasado mucho tiempo.

Martin Beck recorrió la zona con la mirada. El coche de la brigada forense se acercaba cuesta abajo, seguido por el del médico forense.

Desde la hondonada en que yacía el cuerpo de la niña no podía verse la

colonia de casitas con parcela que comenzaba al otro lado de la colina, a unos cincuenta metros en dirección oeste. Por encima de las copas de los árboles se vislumbraban los pisos superiores de uno de los bloques de apartamentos de Tantogatan, pero el follaje ocultaba el ferrocarril, que separaba el parque de la calle.

—No podía haber elegido mejor sitio en toda la ciudad —dijo Martin Beck.

—Querrás decir peor —replicó Kollberg.

Tenía razón. Aun suponiendo que el asesino de la niña se hallase todavía dentro del parque, sus posibilidades de escapar eran grandes. Tantolunden es el mayor parque de la ciudad. Junto a él hay una colonia de casitas con parcela, y más abajo, a orillas de la bahía de Arsta, se ubican un par de pequeños astilleros, almacenes, talleres, desguaces y una serie de casuchas ruinosas. Entre Wollmar Yxkullsgatan, que corta por toda la zona desde Ringvågen hasta la orilla, y Hornsgatan se encuentra la clínica de Högalid, un centro de rehabilitación para alcohólicos compuesto por varios pabellones grandes, de distribución irregular. En los alrededores hay más almacenes y cobertizos de madera. Entre la clínica y el estadio de Zinkensdamm se extiende otra colonia. Un viaducto construido por encima del ferrocarril conecta la parte sur del parque con Tantogatan, donde cinco enormes bloques de apartamentos se alzan aquí y allá en una zona rocosa, junto a la orilla. Más arriba, en la esquina con Ringvågen, está ubicada la pensión Tanto, para trabajadores solteros, formada por unos cuantos barracones largos y bajos.

Martin Beck se puso a analizar la situación y llegó a la conclusión de que era bastante desesperada. Dudó de que fueran capaces de arrestar al culpable sobre el terreno. Primero, porque no tenían su descripción; segundo, porque con toda probabilidad ya había tenido tiempo de alejarse del lugar. Y tercero, porque el centro de alcohólicos y la pensión podrían suministrarles tal cantidad de individuos sospechosos que solamente tomar declaración a todos ellos llevaría días.

Durante la siguiente hora, sus dudas se confirmaron. El médico puso fin a su examen preliminar limitándose a decir que la niña había sido estrangulada y probablemente violada, y que el fallecimiento se había producido hacía muy poco. Los perros llegaron no mucho tiempo después que Martin Beck y Kollberg, pero el único rastro que consiguieron encontrar conducía directamente fuera del parque, a Wollmar Yxkullsgatan. Los policías de paisano adscritos en la sección de protección se habían puesto ya a interrogar a posibles testigos, pero sin obtener aún resultados positivos. Por el parque había transitado bastante gente, y también por los jardines y huertas de la colonia, pero nadie había visto ni oído nada que pudiera relacionarse con el asesinato.

Eran las diez menos cinco y en la acera de Ringvågen un grupo de personas observaba con curiosidad los trabajos de la policía, en apariencia perfectamente

irracionales. Habían acudido reporteros y fotógrafos; algunos incluso regresaban ya a sus redacciones para ofrecer a sus lectores suculentas descripciones de este nuevo asesinato de una niña pequeña, el segundo en el transcurso de tres días, cometido por un loco que todavía andaba suelto.

Martin Beck descubrió el trasero redondo de Kollberg, que asomaba por la puerta abierta de un coche patrulla, aparcado en la explanada cubierta de grava que hay junto a Ringvägen. Se deshizo de un grupo de periodistas y se acercó a Kollberg, que estaba inclinado hacia el interior del coche, hablando por radio. Esperó a que terminara y le pinchó ligeramente en el culo. Kollberg salió del coche retrocediendo unos pasos y se incorporó.

—¡Ah, eres tú! —exclamó—. Pensaba que sería uno de los perros.

—¿Sabes si alguien se ha puesto en contacto con los padres de la niña? —preguntó Martin Beck

—Sí, ya está —respondió Kollberg—. ¡Ese peso que nos quitan de encima!

—Voy a ir a hablar con los chavales que la encontraron. Tengo entendido que están en casa. Viven en Tantogatan.

—Vale. Yo me quedo.

—Bien. Luego nos vemos —se despidió Martin Beck

• • • • •

Los chicos vivían en uno de los grandes bloques de apartamentos en forma de arco que hay en Tantogatan, y Martin Beck se entrevistó con ambos en casa de uno de ellos. La terrible experiencia les había producido una profunda conmoción, pero no conseguían ocultar que todo aquello les resultaba sumamente interesante.

Contaron a Martin Beck cómo habían encontrado a la chica mientras jugaban en el parque. La reconocieron enseguida, pues vivía en su mismo bloque. Ese día, un poco antes, la habían visto en el parque infantil que hay detrás de su casa. Estaba saltando a la comba con otras dos niñas de la misma edad. Una iba a la misma clase que los chicos y Martin Beck supo por ellos que se llamaba Lena Oskarsson, tenía diez años y vivía en el bloque de al lado.

El edificio contiguo era exactamente igual que el de los chavales. Un rápido ascensor automático le trasladó hasta la séptima planta. Llamó al timbre. Pasado un rato, la puerta se abrió, para volver a cerrarse inmediatamente. Martin Beck no vio a nadie por la ranura de la puerta. Volvió a llamar al timbre. La puerta se abrió enseguida y entonces comprendió por qué no había visto a nadie la primera vez. El chico al otro lado de la puerta aparentaba unos tres años y sus greñas rubias quedaban un metro por debajo de la línea de visión de Martin Beck.

—Hola, buenos días.

Acto seguido regresó corriendo hacia el interior del piso y Martin Beck le oyó gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ez un seniol!

Aún pasó un rato hasta que la madre se presentó en la puerta. Examinó seria e inquisitivamente a Martin Beck, que se apresuró a mostrar su placa.

—Me gustaría hablar con su hija, si está en casa —dijo—. ¿Sabe ella lo que ha ocurrido?

—¿Lo de Annika? Sí, nos enteramos hace un momento, por un vecino. ¡Qué horror! ¿Cómo es posible que ocurra una cosa así a plena luz del día? Pero pase, por favor. Ahora traigo a Lena.

Martin Beck acompañó a la señora Oskarsson al salón. Éste era idéntico al que acababa de abandonar, muebles aparte. El niño estaba en medio de la habitación, y lo miraba curioso y expectante. Tenía en la mano una guitarra de juguete.

—Vete a jugar a tu habitación, Bosse —dijo su madre.

Bosse no hizo caso, cosa que tampoco pareció sorprender demasiado a la madre, que se acercó al sofá delante de la ventana del balcón y recogió unos juguetes.

—Esto está un poco desordenado —dijo—. Siéntese, voy a buscar a Lena.

Salió del salón. Martin Beck sonrió al niño. Sus propios hijos tenían doce y quince años y ya se había olvidado de cómo conversar con los niños de tres años.

—¿Sabes tocar esa guitarra? —dijo.

—No sabo —dijo el niño—. Tú total, ¡tú!

—No, no sabo —dijo Martin Beck.

—Tú total —insistió el niño—. Total *Mambú fue a la guedra*.

Entró la señora Oskarsson, cogió la guitarra y al niño, y abandonó el salón con paso firme. Bosse lloraba y hacía aspavientos con los brazos, mientras la madre le decía a Martin Beck, por encima del hombro:

—Ahora vuelvo. Puede hablar con Lena mientras tanto.

Los chicos habían dicho que Lena tenía diez años. Era alta para su edad y bastante guapa, a pesar de los morros que ponía. Llevaba vaqueros y una camisa de algodón, y saludó tímidamente a Martin Beck haciendo una reverencia.

—Siéntate —le dijo Martin Beck—. Así resulta más fácil hablar.

Se sentó en uno de los sillones, en el borde y con las rodillas apretadas.

—Te llamas Lena —dijo.

—Sí.

—Y yo me llamo Martin Beck. ¿Sabes lo que ha pasado?

—Sí —contestó la chica mirando fijamente el suelo—. Lo he oído... Mi madre me lo ha contado.

—Comprendo que estés asustada, pero tengo que hacerte un par de preguntas.

—Sí.

—Me han dicho que hoy estuviste con Annika.

—Sí, estuvimos jugando. Ulla, Annika y yo.

—¿Dónde?

Hizo un ligero movimiento de cabeza en dirección a la ventana.

—Primero jugamos aquí abajo, en el patio. Luego Ulla tenía que irse a casa a comer; entonces Annika y yo nos vinimos a mi casa. Luego Ulla vino a buscarnos y bajamos a la calle otra vez.

—¿Y adónde fuisteis?

—A Tantolunden. Tenía que llevarme a Bosse y allí hay columpios que le gustan.

—¿Recuerdas qué hora era?

—La una y media o las dos, algo así. A lo mejor mamá lo sabe.

—Vale. Así que os fuisteis a Tantolunden. ¿Viste si Annika se encontró allí con alguien? ¿Si se puso a hablar con algún hombre, o algo así?

—No, no la vi hablar con nadie.

—¿Qué hicisteis en Tantolunden?

La chica miró fijamente por la ventana durante un rato. Parecía hacer memoria.

—Bueno, jugamos. Primero estuvimos un rato en los columpios, como Bosse quería. Luego saltamos a la comba. Después bajamos al quiosco a comprar helados.

—¿Había más niños en el parque?

—Justo donde estábamos nosotros, no. Espera, sí, creo que había unos niños pequeños en el cajón de arena. Bosse se peleó con ellos. Pero después de un rato se fueron con su madre.

—¿Qué hicisteis después de comprar los helados? —preguntó Martin Beck.

Desde una habitación contigua escuchó la voz de la señora Oskarsson y los gritos de enfado del niño.

—Sólo dimos una vuelta. Luego, Annika se enfadó.

—¿Se enfadó? ¿Por qué?

—Se enfadó porque sí. Ulla y yo queríamos jugar a la rayuela, pero ella no. Ella prefería jugar al escondite, pero con Bosse no se puede, porque le dice a todo el mundo dónde estás escondido. Así que se enfadó y se fue.

—¿Adónde se fue? ¿Dijo adónde pensaba ir?

—No, no dijo nada. Se fue y ya está. Ulla y yo estábamos pintando la rayuela, así que no nos dimos cuenta de cuándo se marchó.

—¿No visteis en qué dirección se fue?

—No. No nos dimos cuenta. Jugamos un rato a la rayuela y luego me di cuenta de que Bosse no estaba. Entonces vimos que tampoco estaba Annika.

—¿Te pusiste a buscar a Bosse?

La niña dejó descansar la mirada en sus manos y tardó un rato en contestar.

—No, porque pensé que estaría con Annika. Siempre suele ir tras ella. Ella no tien... no tenía hermanos pequeños y se portaba fenomenal con Bosse, siempre.

—Y luego, ¿qué pasó? ¿Volvió Bosse?

—Sí, volvió después de un rato. Supongo que estaba por allí cerca, aunque no le veíamos.

Martin Beck asintió con la cabeza.

Quería encender un cigarro, pero no vio ningún cenicero en el salón y renunció.

—¿Y dónde pensabais que estaba Annika? ¿Dijo algo Bosse?

La niña negó con la cabeza. El largo flequillo rubio cayó sobre su frente.

—No, sólo pensamos que se había ido a casa. No le preguntamos a Bosse y él no dijo nada. Luego se puso tan pesado que nos vinimos a casa.

—¿Sabes qué hora era cuando Annika desapareció del parque infantil?

—No, no llevaba reloj. Pero cuando llegamos a casa eran las tres. Y sólo jugamos a la rayuela un ratito... Media hora o algo así.

—¿Y no visteis a nadie más en el parque?

Lena se apartó el flequillo con la mano y frunció el ceño.

—No nos dimos cuenta. Por lo menos, yo no. Creo que había una señora con un perro, durante un rato. Un perro salchicha. Bosse quería acariciarlo, así que tuve que ir a llevármelo. —Miró seriamente a Martin Beck—. Es que no le dejamos acariciar a los perros. Puede ser peligroso.

—¿Y no viste a nadie más en el parque? Piensa bien, a lo mejor te acuerdas de alguien.

La niña negó con la cabeza.

—No. Estábamos jugando. Y yo, además, tenía que cuidar de Bosse. Así que no me fijé en quién había en el parque. Supongo que pasaría gente, pero yo no lo sé.

En el salón se hizo el silencio y la señora Oskarsson volvió. Martin Beck se levantó.

—Sólo voy a pedirte que me digas el nombre y la dirección de Ulla —comentó a la niña—. Ahora tengo que irme, pero quizá vuelva a hablar contigo. Si recuerdas algo que pasó o algo que viste en el parque, dile a tu madre que me llame. —Se dirigió a la madre—. Quizá se trate de algún detalle de apariencia insignificante. Pero, si la niña recuerda algo, les agradecería que hicieran el favor de llamarme.

Dejó su tarjeta de visita a la señora Oskarsson y a cambio recibió un papelito con el nombre, la dirección y el número de teléfono de la tercera niña.

Luego regresó a Tantolunden.

Los técnicos forenses seguían trabajando en la hondonada situada bajo el teatro al aire libre. El sol había descendido y proyectaba largas sombras sobre el césped. Martin Beck se quedó allí hasta que se llevaron a la niña muerta. Luego volvió a Kungsholmen.

—Esta vez también se ha llevado las bragas —comentó Gunvald Larsson.

—Sí —dijo Martin Beck—. Blancas. Talla treinta y seis.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Gunvald Larsson—. Se hurgó la oreja con el lápiz y añadió: —¿Y qué les pareció el caso a tus amigos de cuatro patas?

Martin Beck le echó una mirada de desaprobación.

—¿Qué hacemos con Eriksson? —preguntó Rönn.

—Suéltalo —dijo Martin Beck. Pasados unos segundos, añadió—: Pero no lo pierdas de vista.

La reunión de la mañana del martes 13 de junio fue breve y poco esperanzadora. Lo mismo podría decirse del comunicado remitido a la prensa. Las zonas de los crímenes habían sido fotografiadas desde un helicóptero. Se habían recibido unas mil llamadas de la ciudadanía, cuya información estaba siendo contrastada. Todos los exhibicionistas, mirones y demás personas fichadas por la policía por sus tendencias sexuales desviadas eran objeto de investigación. Un individuo había sido arrestado e interrogado acerca de sus actividades en el momento del crimen, para luego ser puesto nuevamente en libertad.

El cansancio y la falta de sueño se reflejaban ya en todos, incluidos periodistas y fotógrafos.

Tras la reunión, Kollberg dijo a Martin Beck

—Hay dos testigos.

Martin Beck asintió. Entraron juntos en el despacho de Gunvald Larsson y Melander.

—Hay dos testigos —dijo Martin Beck

Melander ni siquiera levantó la vista de sus papeles, pero Gunvald Larsson exclamó:

—Anda, ¿y quiénes son?

—Primero, el crío de Tantolunden.

—¿El que tiene tres años?

—Eso es.

—Las chicas de antivicio han intentado charlar con él, como sabes. Pero el crío ni siquiera sabe hablar. Es como cuando me dijiste que interrogara al perro, igual de inteligente.

Martin Beck ignoró el comentario de Gunvald Larsson y también la mirada de asombro que le dirigió Kollberg.

—¿Y segundo? —preguntó Melander, que seguía sin levantar la mirada.

—El atracador.

—El atracador corre de mi cuenta —manifestó Gunvald Larsson.

—Exactamente. Así que a ver si le coges...

Gunvald Larsson se echó atrás con tanto ímpetu que hizo crujir la silla

giratoria.

Clavó la mirada primero en Martin Beck y luego en Kollberg.

—Un momento —replicó—. ¿Qué creéis que llevo haciendo durante tres semanas? Yo y las secciones de protección del quinto y del noveno distrito. ¿Jugar a la oca? ¿Insinúas que no lo hemos intentado?

—Lo habéis intentado. Pero ahora la situación ha cambiado. Ahora tenéis que cogerlo.

—¿Y cómo coño vamos a hacerlo? ¿Ahora mismo?

—El atracador es un profesional —expuso Martin Beck—. Son tus propias palabras. ¿En alguna ocasión ha atracado a alguien que no llevara dinero encima?

—No.

—¿En alguna ocasión se ha metido con alguien capaz de defenderse? —preguntó Kollberg.

—No.

—¿En alguna ocasión han estado los agentes de la sección de protección cerca?

—No.

—¿Y a qué puede deberse? —inquirió Kollberg. Gunvald Larsson no contestó inmediatamente. Pasó un rato hurgándose la oreja con el bolígrafo antes de decir: Es un profesional.

—Tú lo has dicho —concluyó Martin Beck. Gunvald Larsson siguió meditando el tema un rato más. Luego preguntó:

—Cuando estuviste aquí hace diez días empezaste a decir algo, pero luego te echaste atrás. ¿Por qué?

—Porque me interrumpiste.

—¿Qué ibas a decir?

—Que deberíamos estudiar el horario de los atracos —comentó Melander sin levantar todavía la vista de los papeles—. Su *modus operandi*. Ya lo hemos hecho.

—Otra cosa —añadió Martin Beck—. Es lo que Lennart insinuaba hace un momento... El atracador es un profesional, según tu propia conclusión. Y es un profesional tan bueno que hasta reconoce a los agentes de la sección de protección. Quizá también a muchos de los policías de antiviolencia. Puede que incluso los coches.

—¿Y qué? —replicó Gunvald Larsson—. ¿Sugieres que reemplacemos a todo el maldito cuerpo por culpa de ese cabrón?

—Podías haber llamado a gente de fuera —puntualizó Kollberg—. Todo tipo de gente. Mujeres, por ejemplo. Otros coches.

—Bueno. De todas formas, ya es demasiado tarde —se lamentó Gunvald Larsson.

—Así es —intervino Martin Beck—, ya es demasiado tarde. Pero por otra parte, ahora es el doble de importante cogerle.

—Ese tío no volverá a pisar un parque mientras el asesino ande suelto —dijo Gunvald Larsson.

—Exacto. ¿A qué hora se cometió el último atraco?

—Entre las nueve y las nueve y cuarto.

—¿Y el asesinato?

—Entre las siete y las ocho. Oye, ¿por qué preguntas sobre cosas que todos sabemos?

—Perdón. Tal vez quiera convencerme a mí mismo.

—¿De qué? —preguntó Gunvald Larsson.

—De que el atracador vio a la chica —dijo Kollberg—. Y al tipo que la mató. El atracador no es un tío que actúe por casualidad. Probablemente haya tenido que pasar horas en el parque cada vez, antes de que surgiera la oportunidad. De no ser así, es que ha tenido una suerte loca...

—Una suerte así no existe —dijo Melander—. Nueve veces seguidas, no. Cinco, tal vez. O seis.

—¡Cógele! —insistió Martin Beck.

—Tal vez podríamos apelar a su sentido de la justicia... ¿para que se presente voluntariamente?

—También cabe esa posibilidad.

—¡Diga! —Se oyó a Melander, respondiendo al teléfono. Permaneció a la escucha durante un instante y luego repuso:

—Envía una patrulla.

—¿Pasa algo? —preguntó Kollberg.

—No —respondió Melander.

—¡Sentido de la justicia! —dijo Gunvald Larsson moviendo la cabeza con incredulidad—. Vuestra confianza en el mundo del hampa resulta realmente... Bueno, me faltan palabras.

—¡Pues en este momento me importa una mierda lo que a ti te falte! —replicó Martin Beck, empezando a acalorarse—. ¡Coge a ese cabrón!

—Tira de los confidentes —dijo Kollberg.

—Y qué crees que he... —empezó Gunvald Larsson.

Pero, por una vez, fue él el interrumpido.

—Esté donde esté —insistió Martin Beck—. En las islas Canarias o metido en un antro de mala muerte en Söder. Acude a los confidentes. Más que antes. Tira de todos nuestros contactos en el mundo del hampa, usa los periódicos, la radio y la televisión. Amenaza, soborna, persuade, promete, haz lo que sea, pero coge a ese cabrón.

—¿Me creéis tan tonto como para no darme cuenta de todo eso yo mismo?

—Ya sabes lo que pienso de tu inteligencia —dijo Kollberg seriamente.

—Sí, y a lo sé —le replicó Gunvald Larsson en tono cordial—. O sea, ¡guerra sin cuartel!

Se estiró para coger el teléfono. Martin Beck y Kollberg abandonaron el despacho.

—Quizá funcione —dijo Martin Beck.

—Quizás —asintió Kollberg.

—Gunvald es más listo de lo que parece.

—¿Ah, sí?

—Oye, ¿Lennart?

—¿Sí?

—¿Qué te pasa?

—Lo mismo que a ti.

—¿Qué?

—Tengo miedo.

Martin Beck no contestó. En parte, porque Kollberg llevaba razón. En parte porque se conocían tan bien, desde hacía ya tanto tiempo, que podían comunicarse la mayor parte del tiempo sin palabras.

Llevados por la misma idea, bajaron las escaleras y salieron a la calle. El coche era un Saab rojo con matrícula de la provincia de Gävleborg. No obstante, pertenecía a la Dirección General de Policía.

—Ese chavalín que no me acuerdo cómo se llama —dijo Martin Beck pensativo.

—Bo Oskarsson —aclaró Kollberg—. Le llaman Bosse.

—Sí... Yo lo vi sólo un momento. ¿Quién habló con él?

—Sylvia, creo. O tal vez Sonja.

Las calles estaban casi desiertas y hacía un calor sofocante. Cruzaron Västerbron, bajaron hasta el canal de Pálsund y siguieron luego por la ribera de Bergssund. Durante todo el rato, fueron escuchando la charla de las radiopatrullas en la banda de cuarenta metros.

—Todo esto puede interceptarlo cualquier aficionado en un radio de ochenta kilómetros —dijo Kollberg irritado—. ¿Sabes lo que costaría proteger una emisora de radio privada?

Martin Beck asintió con la cabeza. Había oído que el coste rondaba las ciento cincuenta mil coronas. No tenían ese dinero.

Pero en realidad iban pensando en otra cosa. La última vez que buscaron a un asesino con todos los medios disponibles tardaron cuarenta días en cogerlo. Y el último caso parecido al actual les llevó aproximadamente diez días. Este asesino había actuado dos veces en apenas cuatro días. Melander decía que el atracador del parque podía haber tenido suerte cinco o seis veces, lo cual, dicho entre paréntesis, no dejaba de ser razonable. Todo esto, trasladado al presente caso, dejaba de ser pura matemática para convertirse en una perspectiva aterradora.

Pasaron bajo el puente de Liljeholmen, continuaron a lo largo de la ribera de Hornstull, cruzaron por debajo del puente del ferrocarril y entraron en el barrio

de altos bloques de viviendas, donde otrora estuvo la vieja fábrica azucarera. En las zonas verdes situadas entre los bloques había unos cuantos niños jugando, no muchos, a decir verdad.

Aparcaron el coche y cogieron el ascensor hasta la séptima planta. Llamaron a la puerta, pero nadie abrió. Pasado un rato, Martin Beck llamó al timbre de la casa de al lado. Una mujer entreabrió la puerta. Tras ella se veía una niña de cinco o seis años.

—Policía —dijo Kollberg para tranquilizarla, mostrando su placa.

—¡Ah! —exclamó la mujer.

—¿Sabe usted si está la familia Oskarsson? —preguntó Martin Beck.

—No, se fueron esta mañana. A ver a unos parientes, no sé dónde. Quiero decir, la mujer y los niños.

—De acuerdo. Perdona la molestia.

—No todos nos lo podemos permitir —prosiguió la mujer—. Quiero decir, irnos de viaje.

—¿Sabe adónde se han ido? —preguntó Kollberg.

—No. Pero regresan el viernes por la mañana. Aunque supongo que no tardarán mucho en volver a irse. —La mujer los miró y luego, a modo de explicación, añadió—: Es que empiezan sus vacaciones.

—¿Pero el marido está?

—Sí, por la noche. Llámenle.

—De acuerdo —dijo Martin Beck.

La niña estaba inquieta y tiraba de la falda de la madre.

—Los niños se están poniendo pesados. No podemos dejarles salir. ¿O sí?

—Mejor que no.

—Pero algunos tienen que hacerlo. Además, hay niños que no obedecen.

—Sí, por desgracia.

Bajaron en el ascensor, en silencio. Siguieron así, sin decir palabra, mientras cruzaban la ciudad rumbo al norte, conscientes de su impotencia y de la opinión ambivalente que les merecía esa sociedad, cuya protección tenían encomendada.

Al enfilar el camino de Vanadislunden fueron detenidos por un agente uniformado que no les reconoció a ellos ni al coche. En el parque no había nada de interés. Unos pocos niños jugando, a pesar de todo. Y los infatigables curiosos.

Al volver al cruce entre Odengatan y Sveavägen, Kollberg dijo:

—Tengo sed.

Martin Beck asintió con la cabeza. Aparcaron, entraron en el restaurante Metropol y se tomaron cada uno un vaso de zumo.

En la barra estaban sentados otros dos hombres. Tras quitarse las americanas, las habían colocado sobre sendos taburetes, en un gesto poco convencional, indicio inequívoco del calor excesivo. Conversaban mientras se tomaban un

whisky.

—Esto pasa porque ya no hay condenas de verdad —dijo el más joven—. A linchamiento público los sentenciaba yo.

—Sí —asintió el mayor.

—Es triste tener que decirlo, pero sería lo correcto.

Kollberg abrió la boca para decir algo, pero luego se arrepintió y se limitó a apurar su zumo de un trago.

Aquel día, Martin Beck todavía tendría que escuchar más o menos lo mismo una vez más. En un estanco, al que entró para comprar un paquete de Florida, el cliente de delante dijo:

—... ¿y sabéis lo que deberían hacer cuando cojan a ese hijoputa? Ejecutarle en público y ponerlo por la tele. Y no de una vez, sino poco a poco, durante días.

Cuando el hombre se fue, Martin Beck preguntó:

—¿Quién es ése?

—Se llama Skog —dijo el estanquero—. Lleva un taller de radio aquí al lado. Es un tipo muy majo.

De regreso al centro de operaciones, Martin Beck pensó que no mucho tiempo atrás todavía cortaban la mano a los ladrones. Aun así había gente que robaba. Y mucha.

Por la tarde llamó al padre de Bo Oskarsson.

—¿Ingrid y los niños? Les he mandado con mis suegros a Dland. No, no puede localizarlos por teléfono allí.

—¿Y cuándo regresan?

—El viernes por la mañana. Y por la tarde nos meteremos en el coche y nos iremos al extranjero. No hay quien se atreva a quedarse aquí.

—No —asintió Martín Beck con fatiga.

Esto fue lo que ocurrió el martes 13 de junio. El miércoles no ocurrió nada.

Hizo más calor.

El jueves a las once y pico ocurrió algo. Martin Beck se hallaba en su posición habitual, de pie, con el codo derecho apoyado en el archivador, escuchando el ruido del teléfono, que debía de haber sonado ya más de cincuenta veces en lo que llevaban de mañana. Lo cogió Gunvald Larsson.

—Sí, Larsson.

—¿Qué?

—Sí, bajo enseguida.

Se levantó y se dirigió a Martin Beck

—Es el agente de guardia en la entrada. Abajo hay una chica que dice saber algo.

—¿Sobre qué?

Gunvald Larsson estaba ya en la puerta.

—El atracador —dijo.

Pasado un minuto, la chica estaba sentada a la mesa. No tenía más de veinte años, pero aparentaba más edad. Llevaba medias violetas perforadas, zapatos de tacón alto sin punta y lo que esta temporada se había dado en llamar «minifalda». Su escote resultaba llamativo, como también el peinado que había dado a su pelo rubio, las pestañas postizas y la acumulación de sombra en los ojos. Su boca era pequeña y de labios sensuales. Un sostén realzaba su pecho.

—Bueno, ¿qué es lo que sabe usted? —preguntó Gunvald Larsson sin preámbulos.

—Tengo entendido que querían información sobre el tío ese de Vasaparken y Vanadislunden —dijo con altivez—. Por lo menos, eso me han comentado.

—Claro, ¿a qué habría venido usted si no?

—No me provoque —replicó la mujer.

—¿Qué sabe usted? —repitió Gunvald Larsson con impaciencia.

—Es usted antipático —repuso ella—. No me explico por qué todos los maderos tienen que ser tan chulos.

—Si lo hace por la recompensa, que quede claro que no hay —dijo Gunvald Larsson.

—Me importa una mierda la pasta —le espetó la chica.

—¿Por qué ha venido? —preguntó Martin Beck lo más lenta y sosegadamente que pudo.

—A mí no me hace falta la pasta, ¡eh! ¡Que conste!

Por lo visto, uno de sus objetivos al venir era montar una escena, y no parecía dispuesta a aceptar un cambio de planes. Martin Beck vio cómo se hinchaban las venas en la frente de Gunvald Larsson. La chica añadió:

—Por cierto, gano bastante más que usted, ¡no te jode!

—Sí, con el coñ... —empezó a decir Gunvald Larsson, pero se detuvo. Luego continuó: Quizá sería preferible no discutir sobre cómo gana usted su dinero.

—Otro comentario de esos y me largo —dijo ella.

—Usted no se va a ningún sitio —replicó Gunvald Larsson.

—¿No estamos en un país libre? ¿En una democracia, o como se diga?

—¿Por qué ha venido? —repitió Martin Beck, sólo con una pizca menos de tranquilidad que un momento antes.

—Bueno, bueno. ¡Hay que joderse, qué ganas tenéis de enteraros, eh! Se os han puesto las orejas como embudos. Fíjate que hasta me están entrando ganas de irme sin soltar prenda...

Fue Melander quien consiguió desbloquear la situación. Levantó la cabeza y, sacándose la pipa de la boca, observó a la mujer por primera vez desde su entrada en el despacho. Luego dijo tranquilamente:

—Venga, cuéntenoslo, por favor.

—¿Sobre el tipo de Vanadislunden y Vasaparken y eso...?

—Sí, si es que realmente sabe algo —dijo Melander.

—¿Y luego me puedo ir?

—Claro que sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor —repitió Melander.

—Y no le van a contar a él que yo... Encogió los hombros y luego dijo, al parecer, para sus adentros:

—¡Bah!, da lo mismo. Se va a enterar de todas formas...

—¿Cómo se llama? —preguntó Melander.

—Roffe.

—¿Y de apellido?

—Lundgren. Rolf Lundgren.

—¿Dónde vive? —preguntó Gunvald Larsson.

—Luntmakargatan 57.

—¿Y ahora dónde está?

—Allí —contestó ella.

—¿Cómo está tan segura de que es él? —preguntó Martin Beck.

Vio brillar algo en el rabillo del ojo de la chica.

Y constató, no sin cierto asombro, que debía tratarse de una lágrima.

—¡Cómo no voy a saberlo yo! —murmuró.

—O sea, que mantiene usted una relación con ese hombre —dijo Gunvald Larsson.

Ella lo miró fijamente, sin contestar.

—¿Qué nombre pone en la puerta? —le preguntó Melander.

—Simonsson.

—¿De quién es la casa? —dijo Martin Beck.

—De él. De Roffe. Creo.

—No lo entiendo —dijo Gunvald Larsson.

—Pues estará realquilado, yo qué sé. ¿Pensáis que es tan tonto como para poner su nombre en la puerta? —¿Se le busca por algo?

—No lo sé.

—¿No estará huyendo de la justicia?

—Ni idea.

—¡Cómo no lo va a saber usted! —dijo Martin Beck—. ¿Cómo no va a saber si se ha escapado de alguna institución penitenciaria?

—No. Eso no. Nunca le han cogido.

—Pues mira tú por dónde, esta vez va a ser la primera —le dijo Gunvald Larsson.

La mujer le clavó una mirada turbia, llena de odio. Gunvald Larsson disparó una batería de preguntas:

—¿Luntmakargatan 57?

—Sí. Ya se lo he dicho.

—¿Escalera de calle o de patio?

—De patio.

—¿Planta?

—Primera.

—¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

—Una.

—¿Y cocina?

—No, no hay cocina, es un estudio.

—¿Cuántas ventanas?

—Dos.

—¿Dan al patio?

—No, a la playa, ¡no te jode!

Gunvald Larsson se mordió el labio inferior. Las venas de su frente volvieron a hincharse.

—Bueno —dijo Melander—. Así pues, tiene un estudio en la primera planta con dos ventanas que dan al patio. ¿Está segura de que se encuentra allí ahora?

—Sí —dijo—. Lo sé.

—¿Tiene llave? —preguntó Melander amablemente.

—No, sólo hay una.

—Y la puerta se encuentra cerrada con llave —comentó Martin Beck.

—¿Tú qué crees?

—¿La puerta se abre hacia dentro o hacia fuera? —preguntó Gunvald Larsson.

La chica se paró a pensar un instante. Luego dijo:

—Hacia dentro.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Cuántas plantas tiene el edificio del patio? —dijo Martin Beck.

—Unas cuatro.

—¿Y qué hay en la planta baja?

—Un taller.

—¿Se ve el portal del edificio que da a la calle desde las ventanas? —preguntó Gunvald Larsson.

—No, la bahía de Riddärfjorden, ¡no te jode! ¡Y un poco del ayuntamiento! ¡Y hasta el Palacio Real!

—¡Basta ya! —gritó Gunvald Larsson—. ¡Lléváosla!

La chica hizo un movimiento brusco.

—Un momento —dijo Melander.

Se hizo el silencio. Gunvald Larsson observaba a Melander en actitud expectante.

—¿No me puedo ir? ¡Pero si me lo han prometido!

—Sí, sí... —la tranquilizó Melander—. Claro que puede marcharse. Pero primero tenemos que comprobar que lo que nos ha dicho es cierto. Es por su propio bien. Además, hay otra cosa...

—¡Ah, sí! ¿Qué?

—No está solo, ¿a que no?

—No —murmuró la chica en voz muy baja.

—Por cierto, ¿cómo se llama usted? —preguntó Gunvald Larsson.

—¿Y a ti qué te importa?

—Lléváosla —ordenó Gunvald Larsson.

Melander se levantó, abrió la puerta que daba al despacho de al lado y dijo:

—Rönn, tenemos aquí una señora que... ¿puede esperar un rato en tu despacho?

Rönn apareció por el vano de la puerta. Tenía los ojos y la nariz rojos.

Contempló la escena. —Claro que sí— contestó.

—¡Suénate la nariz! —sugirió Gunvald Larsson.

—¿La invito a un café?

—Me parece muy bien —repuso Melander. Abrió la puerta y dijo con cortesía—. Pase usted.

La mujer se levantó y se acercó a la puerta. Una vez allí, se detuvo y echó una mirada gélida y turbia, primero a Gunvald Larsson y luego a Martin Beck. Por lo visto, no habían conseguido despertar su simpatía. «Algo falla en la formación psicológica que reciben los policías», pensó Martin Beck. Por último, la mujer miró a Melander y preguntó vacilante.

—¿Quién va a ir a cogerle?

—Nosotros —dijo Melander amablemente—. Para eso estamos los policías.

Se quedó parada, observando a Melander. Al cabo de un rato añadió:

—Es peligroso.

—¿Hasta qué punto?

—Muy peligroso. Tiene arma y la usa. A mí también me va a coser a tiros, ya verás.

—No en mucho tiempo —comentó Gunvald Larsson. Ella le ignoró.

—Tiene dos ametralladoras en casa. Cargadas. Y una pistola. Ha dicho...

Martin Beck guardó silencio, esperando la respuesta de Melander y confiado en que Gunvald Larsson no abriese la boca.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Melander.

—Que no se va a dejar coger vivo. Sé que lo dice en serio. —Se quedó en la puerta unos segundos más—. Sólo quería decirles eso.

—Gracias —dijo Melander y cerró la puerta tras ella.

—¡Bah! —exclamó Gunvald Larsson.

—¡Consigue la orden judicial! —dijo Martin Beck nada más cerrarse la puerta—. Y saca el plano.

El plano urbano quedó desplegado sobre la mesa en menos tiempo del requerido por Melander para gestionar, en una rápida llamada telefónica, el permiso judicial para llevar a cabo la operación que estaba a punto de iniciarse.

—Puede ser complicado —dijo Martin Beck.

—Sí —asintió Gunvald Larsson.

Abrió el cajón del escritorio, sacó su arma reglamentaria y, durante un momento, la sopesó con la mano. Como la mayoría de los policías suecos vestidos de civil, cuando era necesario ir armado Martin Beck llevaba el arma en una funda colgada del hombro. En cambio Gunvald Larsson se había agenciado un clip especial que le permitía enganchar la funda en la cinturilla del pantalón. En esta ocasión, sujetó la pistola en la cadera derecha y dijo:

—Vale, yo me encargaré de él. ¿Me acompañas?

Martin Beck miró pensativamente a Gunvald Larsson, que le sacaba por lo menos cabeza y media. Erguido, parecía un gigante.

—Es lo mejor —prosiguió Gunvald Larsson—. Si no, ¿cómo vamos a hacerlo? Imaginate un montón de chavales con chalecos antibala y metralletas, entrando a la carrera por el portal y cruzando el patio mientras el tío dispara como un loco desde las ventanas y la escalera... O si no, tú mismo, o el

comisario jefe, o el director de la policía nacional, dando voces por un megáfono y anunciándole al tío que está rodeado, que toda resistencia resultará inútil.

—O gas lacrimógeno por el ojo de la cerradura —sugirió Melander.

—Es una idea —reconoció Gunvald Larsson—. Pero no me gusta. Sin duda, la llave está echada por dentro. No, lo mejor es colocar unos cuantos agentes de paisano en la calle y que entremos dos. ¿Me acompañas?

—Claro —dijo Martin Beck.

Habría preferido a Kollberg, pero no cabía duda de que el atracador era un hombre para Gunvald Larsson.

Luntmakargatan se encuentra en el barrio de Norrmalm. Es una calle larga y estrecha de construcciones antiguas. Se extiende de sur a norte, entre Brunngatan y Odengatan, y está llena de encantadoras tiendas de artesanía a pie de calle, y una gran cantidad de viviendas destartaladas en los patios interiores.

Se plantaron allí en menos de diez minutos.

Es una pena que no hayas traído la computadora —comentó Gunvald Larsson—. Podrías haberla usado para tirar la puerta a golpes.

—Claro —dijo Martin Beck

Aparcaron en Rádmansgatan, y, al volver la esquina, descubrieron a varios colegas por las aceras cercanas al inmueble número 57.

La llegada de la policía no parecía haber llamado la atención de nadie.

—Entramos... —empezó a decir Gunvald Larsson y se detuvo. Quizá recordó que era inferior en rango, pues echó un vistazo a su reloj y continuó—: Propongo que entremos con un intervalo de medio minuto.

Martin Beck asintió con la cabeza, atravesó la calle, se colocó delante del escaparate de la relojería de Gustaf Blomdin y vio cómo las manecillas de un viejo reloj rústico, muy hermoso, daban cuenta de los treinta segundos. Luego dio la vuelta, cruzó la calzada en diagonal sin precaución alguna y entró por el portal del 57, tras los pasos de Gunvald Larsson.

Atravesó el patio sin levantar la mirada a las ventanas, entró en el recibidor y subió la escalera rápida y silenciosamente. Desde el taller situado en la planta baja llegaba un ruido sordo de máquinas.

Efectivamente, en la puerta desconchada podía leerse «Simonsson». No se oía sonido alguno procedente del interior del apartamento, ni tampoco de Gunvald Larsson, que estaba situado a la derecha de la puerta, completamente quieto, todo lo largo que era, y pasaba los dedos suavemente por el desconchado panel de madera.

Miró inquisitivamente a Martin Beck

Martin Beck observó la puerta unos segundos, luego asintió con la cabeza y se colocó a la izquierda, en plena alerta, apoyando la espalda contra la pared.

Para su peso y estatura, Gunvald Larsson avanzaba con rapidez y sigilo con sus sandalias de suela de goma. Apoyó el hombro derecho contra la pared situada frente a la puerta y permaneció unos segundos en esta posición. Al parecer, ya había comprobado que la llave estaba metida por dentro. Obviamente, el mundo privado de Rolf Lundgren estaba a punto de dejar de serlo. Martin Beck apenas tuvo tiempo de hacer esta reflexión, pues Gunvald

Larsson dejó caer inmediatamente sus noventa y ocho kilos contra la puerta, ligeramente agazapado y con el hombro izquierdo por delante.

La puerta salió disparada con gran estrépito, arrancada a la vez de la cerradura y de la bisagra superior y provocó un diluvio de astillas. Gunvald Larsson siguió a la puerta en su irrupción en la habitación. Martin Beck iba tras él, a menos de medio metro, exhibiendo una estupenda agilidad de paso, con el arma reglamentaria en alto.

El atracador yacía en la cama de espaldas, con el brazo derecho inmovilizado bajo el cuello de una mujer. Aun así, tuvo tiempo de soltarlo, voltear, echarse al suelo y meter la mano por debajo de la cama. Cuando Gunvald Larsson lo golpeó, el individuo se había puesto ya de rodillas, con la metralleta todavía en el suelo pero con la mano cerrada en torno al arco de metal desplegado.

Gunvald Larsson le asestó un solo golpe, con la mano abierta y no muy fuerte. Pero bastó para hacerle soltar el arma y precipitarlo contra la pared, donde se quedó sentado, cubriéndose la cara con el brazo izquierdo.

—¡No me pegues! —exclamó.

El atracador estaba desnudo. La mujer, que saltó de la cama un segundo más tarde, llevaba un reloj de pulsera con una correa a cuadros escoceses. Permaneció completamente inmóvil, de espaldas a la pared, al otro lado de la cama, con la mirada clavada en la metralleta tirada en el suelo y en el rubio gigantesco del traje de *tweed*. No hizo el menor intento de cubrirse. Era una chica bastante guapa, de pelo corto y piernas largas y esbeltas. De pechos firmes, con grandes pezones de un tono marrón claro, mostraba una línea marcada desde el ombligo hasta la mata de pelo castaño, húmedo, que se encrespaba en torno al sexo. El vello oscuro era también abundante en sus axilas, y en muslos, brazos y pechos. Se le había puesto carne de gallina.

Un hombre del taller de la planta baja asomó la cabeza, asombrado, por el hueco de la puerta destrozada.

Martin Beck advirtió lo absurdo de la situación y por primera vez en mucho tiempo sintió un leve estremecimiento en las comisuras de los labios. Allí estaba él, en mitad de una habitación llena de luz, apuntando con una Walther de 7,65 milímetros a dos personas desnudas, observado fijamente por un individuo que lucía un mandil azul de carpintero y blandía un metro plegable en su mano derecha.

Enfundó la pistola. Un policía apareció en la puerta y retiró al espectador.

—¿Qué es esto? —exclamó la chica.

Gunvald Larsson le dirigió una mirada llena de desprecio:

—Vístase —le ordenó. Al cabo de un momento, añadió—: Si es que tiene ropa que ponerse. —Seguía con el pie derecho encima de la metralleta. Observaba al atracador y dijo—: Usted también. Vístase.

El atracador era un hombre joven, alto y musculoso, que lucía un vistoso

bronceado, a excepción de la franja blanca del bajo vientre, y vello largo y rubio en brazos y piernas. Se incorporó despacio, cubriéndose los genitales con la mano derecha y dijo:

—¡Me cago en esa jodida puta de mierda!

Entró en la habitación otro policía, que se quedó mirando la escena fijamente. La chica permanecía inmóvil, con los dedos separados y las palmas de las manos contra la pared. Pero sus ojos marrones revelaban que empezaba a sobreponerse.

Martin Beck recorrió la habitación con la mirada y descubrió un vestido de algodón azul tirado encima del respaldo de una silla. Sobre ésta había también unas bragas, un sujetador y un bolso de redecilla. Abajo, en el suelo, un par de sandalias. Le pasó el vestido y preguntó:

—¿Quién es usted?

La chica alargó la mano derecha y recogió el vestido, pero no se lo puso. Se quedó mirando a Martin Beck con sus ojos de color marrón claro y respondió:

—Me llamo Lisbeth Hedvig María Karlström. ¿Y usted quién es?

—Policía.

—Soy estudiante de lenguas modernas de la Universidad de Estocolmo, tengo aprobado segundo de inglés.

—¿Y esto es lo que os enseñan en la universidad? —comentó Gunvald Larsson sin volver la cabeza.

—Soy mayor de edad desde hace un año y llevo diafragma.

—¿Desde cuándo conoce a este hombre? —le preguntó Martin Beck.

La chica seguía sin hacer ademán de vestirse. Miró su reloj pulsera y dijo:

—Hace exactamente dos horas y veinticinco minutos. Le conocí en las piscinas Vanadis.

Al otro lado de la habitación, el atracador se puso con torpeza los calzoncillos y los pantalones caqui.

—Pues no es gran cosa lo que tienes por ahí para enseñar a las señoritas.

—Es usted un maleducado —dijo la chica.

—¿Usted cree?

Gunvald Larsson hablaba sin desviar la mirada del atracador. Sólo había mirado a la chica una vez. Adoptando un tono paternal, de reprimenda, le dijo al hombre:

—Y ahora la camisa. Y los calcetines. Y los zapatos. Muy bien. Lléváoslo, chicos.

Dos policías uniformados entraron en la habitación; admiraron la escena un instante y acto seguido se llevaron al atracador.

—Vístase —dijo Martin Beck a la chica.

Ésta se pasó por fin el vestido por la cabeza, dejándolo caer sobre su cuerpo. Luego se acercó a la silla, se puso las bragas y metió los pies en las sandalias.

Enrolló el sujetador y lo guardó en la bolsa.

—¿Qué ha hecho? —preguntó.

—Es un psicópata sexual —replicó Gunvald Larsson.

Martin Beck vio cómo la chica palidecía y tragaba saliva. Ella le miró inquisitivamente. Martin Beck movió negativamente la cabeza. Ella volvió a tragar saliva y dijo insegura:

—¿Tengo que...?

—No hace falta. Dé su nombre y su dirección al agente aquí fuera. Adiós.

La chica se fue.

—¡Has dejado que se fuera! —exclamó Gunvald Larsson asombrado.

—Sí —repuso Martin Beck. Luego se encogió de hombros y añadió—: Venga, a registrar todos los trastos de este cuchitril, ¿vale?

Cinco horas después, a las cinco y media de la tarde, lo único que Rolf Evert Lundgren había confesado era que, efectivamente, se llamaba Rolf Evert Lundgren.

Allí estaban, de pie alrededor del tipo y sentados frente a él, mientras el magnetófono daba vueltas y vueltas y el individuo fumaba sus cigarrillos e insistía en que se llamaba Rolf Evert Lundgren, lo cual, dicho sea de paso, figuraba también en el carné de conducir.

Preguntaron, preguntaron y preguntaron. Martin Beck y Melander y Gunvald Larsson y Kollberg y Rönn. Preguntó incluso Hammar, comisario jefe, que pasó a verle y pronunció unas cuantas palabras.

Pero él seguía llamándose Rolf Evert Lundgren, como bien decía su carné de conducir. El único momento en que pareció irritarse fue cuando Rönn estornudó sin taparse la boca con el pañuelo.

Lo absurdo del caso era que si la cosa hubiese tenido que ver solamente con el propio Lundgren, les habría dado igual que hubiera insistido en negarlo todo durante los interrogatorios, la vista oral y todo el tiempo de su condena, porque en el armario de su apartamento, en la primera planta del edificio interior, habían aparecido dos ametralladoras y una Smith & Wesson 38 Special, además de otros objetos que lo relacionaban de forma concluyente con cuatro de los robos, junto con el pañuelo, las zapatillas, el jersey de Dralon con monograma en el bolsillo del pecho, dos mil pastillas de preludina, el puño americano y varias cámaras robadas.

A las seis, Rolf Evert Lundgren compartía café con el comisario Martin Beck, de la Brigada Nacional de Homicidios, y el subinspector primero Fredrik Melander, del grupo antiviolencia de la policía de Estocolmo. Los tres lo tomaban con dos terrones de azúcar, y los tres bebían a sorbos, con gesto igualmente sombrío y exhausto.

—Lo paradójico es que si esto sólo tuviera que ver con usted podríamos haberlo dejado por hoy y habernos ido a casa —dijo Martin Beck.

—Emplea usted palabras que no entiendo.

—Disculpe, quiero decir que lo más estúpido es que...

—No me maree.

En lugar de contestar, Martin Beck se quedó completamente inmóvil, con la mirada clavada en el detenido. Melander tampoco dijo nada.

Hacia las seis y cuarto, Martin Beckapuró el último trago de su café, ya frío, estrujó el vaso y lo dejó caer en la papelera.

Habían probado todas las vías: persuasión, amabilidad, severidad, lógica, sorpresa. Procuraron convencerle de que se buscara un abogado y le preguntaron diez veces si quería comer.

Lo habían intentado todo menos golpearle. Martin Beck advirtió que, en varias ocasiones, Gunvald Larsson había estado a punto de recurrir también a ese método, absolutamente ilegal, por cierto, pero se había dado cuenta de lo inapropiado que resulta golpear a un sospechoso, en especial cuando hay comisarios y comisarios jefe entrando y saliendo continuamente del despacho.

Al final, Gunvald Larsson llegó a tal grado de crispación que tuvo que largarse a casa.

A las seis y media se marchó también Melander. Rönn apareció y tomó asiento. Entonces, Rolf Evert Lundgren comentó:

—Quite ese pañuelo asqueroso. Me va a contagiar.

Rönn, que era un policía mediocre con una imaginación mediocre y un sentido del humor mediocre, sopesó por unos instantes la posibilidad de convertirse en el primer interrogador de la historia criminal capaz de forzar una confesión mediante estornudos, sin embargo rechazó la idea.

Lo normal, pensó Martin Beck, sería dejar que el detenido lo consultase todo con la almohada. ¿Pero tenían realmente tiempo para dejarle dormir?

El hombre de la camisa verde y los pantalones caqui no parecía tener mucho sueño. Tampoco había pedido que le dejaran descansar. En cualquier caso, antes o después tendrían que hacerlo.

—La señora que estuvo aquí esta mañana... —dijo Rönn, y estornudó.

—¡Esa jodida puta de mierda! —gritó el detenido, para luego caer en un silencio, abatido. Al cabo de un rato añadió—: ¡Dice que me quiere! ¡Dice que yo la necesito!

Martin Beck asintió con la cabeza. Pasó otro minuto más antes de que el detenido siguiera.

—Yo no la quiero. ¡Y la necesito una mierda!

«No vayas a meter la pata ahora, Rönn —pensaba Martin Beck—. No digas nada».

—Me gustan las chicas con buena presencia —continuó el detenido—. Nada me gusta tanto como una chica con buena presencia. Y mira tú por dónde, ¡la he cagado por esa zorra celosa!

Silencio.

—¡Hijaputa! —murmuró Lundgren calladamente, para sí.

Silencio.

—Sólo sirve para lo que yo me sé.

Sí claro, pensó Martin Beck, pero en esta ocasión se equivocó, porque treinta segundos más tarde el hombre de la camisa verde dijo:

—De acuerdo.

—¿Qué?, ¿hablamos? —preguntó Martin Beck

—Vale. Pero antes de empezar quiero que quede clara una cosa. La zorra ésa me puede proporcionar una coartada para lo que pasó el lunes en Tantolunden. Entonces estaba con ella.

—Ya lo sabemos —dijo Rönn.

—¡Joder! O sea, que eso sí lo dijo...

—Pues sí —repuso muy pausadamente Rönn, que era del norte de Suecia.

¿Pues sí? Martin Beck miraba fijamente a Rönn, que no se había molestado en informar de este simple hecho a ninguno de los que dirigían la investigación. Incapaz de contenerse, dijo:

—Pues me alegro de enterarme. De hecho, eso libera a Lundgren de cualquier sospecha.

—Pues sí, lo libera —asintió Rönn, con toda tranquilidad.

—Hablemos —dijo Martin Beck

Lundgren lo miró de pies a cabeza.

—Nosotros no.

—¿Cómo dice usted? —preguntó Martin Beck

—Que con usted no, que no quiero hablar con usted —aclaró el detenido.

—¿Y con quién quiere hablar? —Inquirió Martin Beck amablemente.

—Con el que me cogió. El alto.

—¿Dónde está Gunvald? —preguntó Martin Beck

—Se ha marchado a casa —dijo Rönn, suspirando profundamente.

—Llámale.

Rönn volvió a suspirar. Martin Beck sabía por qué. Gunvald Larsson vivía en Bollmora.

—Necesita descansar —comentó Rönn—. Ha tenido un día muy duro. Imaginate el esfuerzo que supone coger a un gánster de la talla de éste.

—¡Cállate la boca! —le espetó Lundgren.

Rönn estornudó y se acercó el teléfono.

Martin Beck entró al despacho contiguo y llamó a Hammar, que dijo enseguida:

—¿Este Lundgren puede considerarse libre de sospecha de asesinato?

—Rönn tomó declaración a su amante hoy. Ella parece ofrecerle una coartada para el asesinato de Tantolunden. Por lo que respecta a lo del viernes, en Vanadislunden, no tiene ninguna, obviamente.

—Sí, ya entiendo —dijo Hammar—. Pero quiero saber qué piensas tú de todo

eso.

Martin Beck dudó por un breve instante. A continuación, dijo:

—No creo que sea él.

—¿No lo consideras autor del crimen?

—No, no sería lógico. Nada encaja. Aparte de la coartada del lunes, no da el perfil. Sexualmente da la impresión de ser muy normal.

—¿Ah, sí?

Hasta Hammar parecía algo crispado. Martin Beck volvió con los otros dos.

Allí seguían Rönn y Lundgren, callados e inmóviles, cada cual en su silla.

—¿De verdad que no quiere comer nada? —preguntó Martin Beck.

—No, gracias —le contestó el atracador—, ¿cuándo viene ese tipo?

Rönn suspiró y se sonó la nariz.

Gunvald Larsson entró en la sala. Desde que le llamaron por teléfono habían transcurrido exactamente treinta y siete minutos y venía con la factura del taxi todavía en la mano. Desde que lo vieron por última vez, había tenido tiempo de afeitarse y cambiarse de camisa. Se sentó frente al atracador, dobló la factura y la introdujo en el cajón superior del lado derecho del escritorio. Tras ello, se dispuso a hacer alguna de las aproximadamente dos millones cuatrocientas mil horas extra que la policía sueca realiza anualmente. No obstante, teniendo en cuenta su rango, era dudoso que el trabajo de las próximas horas fuese a reportarle algún beneficio económico.

Gunvald Larsson pasó un rato sin pronunciar palabra, ocupado con el magnetófono, el cuaderno y los bolígrafos. «Será algún truco psicológico», pensó Martin Beck mientras observaba a sus colegas. Gunvald Larsson no le caía bien; no sentía gran estima por Rönn. Por lo demás, tampoco tenía un concepto especialmente alto de sí mismo, Kollberg le había confesado que tenía miedo y Hammar parecía irritado. Estaban todos muy cansados y Rönn, además, constipado. Muchos de los hombres de uniforme, los que patrullaban a pie y en coches, también hacían horas extra y parecían agotados. Algunos de ellos tenían miedo. Y, obviamente, Rönn no era el único resfriado.

A estas alturas, en Estocolmo y su extrarradio seguramente habría ya un millón de personas asustadas.

La persecución estaba a punto de entrar en su séptimo día sin resultados.

Y se suponía que ellos eran el baluarte de la sociedad.

¡Menudo baluarte! Rönn se sonó la nariz.

—¡Bueno! —dijo Gunvald Larsson, poniendo una de sus enormes manos peludas encima del magnetófono.

—Fue usted quien me cogió —comentó Rolf Evert Lundgren, con una especie de admiración reticente.

—Sí —admitió Gunvald Larsson—, así es. Pero no me siento especialmente orgulloso de ello. Es mi trabajo. Todos los días me toca coger basura. La semana que viene, sin duda, ya me habré olvidado de usted.

Naturalmente, todo esto era verdad sólo a medias, pero por lo visto, este inicio

rimbombante causó cierto efecto. El individuo denominado Rolf Evert Lundgren pareció derrumbarse un poco.

Gunvald Larsson puso en marcha el magnetófono.

—¿Cómo se llama usted?

—Rolf Evert Lundgren.

—¿Nacido?

—Sí.

—¡No sea usted insolente!

—El día cinco de enero de mil novecientos cuarenta y cuatro.

—¿Dónde?

—En Gotemburgo.

—¿Qué congregación?

—Lundby.

—¿Cómo se llaman sus padres?

«Venga, Gunvald, no te pases —pensaba Martin Beck—. Luego tendrás semanas para hacer preguntas como ésa. Ahora sólo nos interesa una cosa».

—¿Tiene antecedentes penales? —dijo Gunvald Larsson.

—No.

—¿Ha estado bajo custodia en régimen de educación forzosa?

—No.

—Hay ciertos detalles que nos interesan especialmente —metió baza Martin Beck

—Pero ¡joder! ¿No he dicho ya que sólo voy a hablar con ése? —le espetó Rolf Evert Lundgren.

—Gunvald Larsson echó una mirada inexpresiva a Martin Beck y continuó:

—¿Profesión?

—¿Profesión?

—Sí, tendrá una profesión, ¿verdad?

—Bueno...

—Pues ¿cómo se calificaría usted mismo?

—Hombre de negocios.

—¿Y a qué tipo de negocios se dedica?

Martin Beck y Rönn intercambiaron una mirada resignada. Esto iba a llevar su tiempo.

Efectivamente, llevó tiempo.

Una hora y cuarenta y cinco minutos más tarde, Gunvald Larsson dijo:

—Hay unos detalles que nos interesan especialmente.

—Ya, ya lo sé.

—¿Ha reconocido usted que se hallaba en Vanadislunden la tarde del nueve de junio, o sea, el viernes de la semana pasada?

—Sí.

—¿Y que cometió un atraco allí a las veintiuna horas y quince minutos?

—Sí.

—¿Asaltó a la propietaria de una tienda, Hildur Magnusson?

—¿A qué hora llegó al parque? —preguntó Rönn.

—¡Cállate! —le espetó Lundgren.

—¡Déjese de insolencias! —dijo Gunvald Larsson—. ¿A qué hora llegó?

—Sobre las siete. Tal vez pasados unos minutos. Salí de casa cuando la lluvia perdió fuerza.

—¿Y estuvo en Vanadislundén desde las siete hasta el momento en que agredió y atracó a la señora ésa, Hildur Magnusson?

—Digamos que me movía por la zona. Controlando.

—¿Vio a más gente por el parque durante este tiempo?

—Sí, a unos cuantos.

—¿Cuántos?

—Diez. Tal vez doce. Más bien diez.

—Supongo que observó a aquellas personas detenidamente.

—Sí, bastante.

—¿Para ver si se atrevería a asaltarlos?

—Más bien para ver si valía la pena.

—¿Recuerda a algunas de estas personas?

—A algunos sí.

—¿A quién?

—Vi a dos maderos.

—¿Agentes de la policía?

—Sí.

—¿De uniforme?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabía que eran policías?

—Pues porque los había visto ya como veinte o treinta veces. Son de la comi de Surbrunnsgatan y conducen un Volvo Amazon rojo y un Saab verde, los alternan.

No preguntes: «¿Quiere decir la comisaría?» , pensaba Martin Beck

—¿Quiere decir la comisaría del noveno distrito? —preguntó Gunvald Larsson.

—Sí, si es ésa, la que está en Surbrunnsgatan...

—¿A qué hora vio a esos agentes?

—Sobre las ocho y media más o menos. O sea, entonces fue cuando aparecieron.

—¿Y cuánto tiempo se quedaron?

—Diez minutos, tal vez un cuarto de hora. Luego se fueron al bosque de Lill-Jan.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue lo que dijeron.

—¿Dijeron? ¿Es decir que habló con ellos?

—¡Qué va! Estaba junto a ellos y oí lo que decían.

Gunvald Larsson hizo una pausa cargada de significado. No resultaba muy difícil imaginar lo que pensaba. Al final continuó.

—Bueno, ¿a quién más vio?

—Unos jóvenes, chico y chica. De unos veinte años.

—¿Qué hacían?

—Se magreaban.

—¿Cómo?

—Se metían mano. El tío le tocaba el chocho.

—Haga el favor de no decir groserías.

—No digo groserías. Sólo contesto a las preguntas.

Gunvald Larsson volvió a permanecer callado un rato. Luego dijo rígidamente:

—¿Sabe que se cometió un asesinato en el parque mientras usted merodeaba por allí?

Lundgren se llevó la mano a la frente. Por primera vez en muchas horas parecía nervioso e incapaz de responder.

—Lo he visto en el periódico —dijo al final.

—¿Y?

—No fui yo. Lo juro. Yo no soy así.

—Así que ha leído lo de la niña. Tenía nueve años y se llamaba Eva Carlsson. Llevaba una falda roja, jersey a rayas... —Gunvald Larsson consultó sus apuntes—. Y zuecos negros. ¿La vio?

Lundgren no contestaba. Al cabo de medio minuto, Gunvald Larsson repitió la pregunta.

—¿Vio a esa chica?

Después de dudar un buen rato, el detenido dijo:

—Sí, creo que sí.

—¿Dónde la vio?

—En el parque infantil al lado de Sveavägen. Por lo menos, allí había una niña.

—¿Qué hacía?

—Se columpiaba.

—¿Con quién estaba?

—Con nadie. Estaba sola.

—¿A qué hora?

—Justo después de... nada más llegar yo.

—¿O sea?

—Tal vez las siete y diez. O un poco más tarde.

—¿Y está seguro de que se hallaba sola?

—Sí.

—¿Y llevaba una falda roja y un jersey a rayas, está seguro de eso?

—No. Quiero decir, no lo sé. Pero...

—¿Pero qué?

—Creo que sí.

—¿Y no vio a nadie más? ¿Nadie que hablara con ella?

—Espera —dijo Lundgren—. Espera, espera. Estuve leyendo sobre aquello en el periódico. Le he dado mil vueltas a eso.

—¿A qué?

—Bueno, que yo...

—¿Habló con ella?

—Que no, joder, que no...

—Estaba allí sola en los columpios. ¿Se acercó a ella?

—No, no...

—Déjale que lo cuente él mismo, Gunvald —intervino Martin Beck—. Debe de haber pensado mucho sobre esto.

El detenido echó una mirada resignada a Martin Beck. Cansado y un poco asustado. Pero sin agresividad.

«No digas nada, Gunvald», pensaba Martin Beck.

Gunvald Larsson no dijo nada.

El atracador permaneció callado durante un minuto, con la cabeza apoyada en las manos. Luego dijo:

—He pensado mucho en esto. Todos los días desde entonces. —Silencio—. He intentado reflexionar. Sé que vi a esa niña en el parque infantil y que estaba sola y que debe de haber sido poco después de llegar yo allí. Las siete y diez o y cuarto, más o menos. Lo que pasa es que no me fijé mucho. Era sólo una cría y, de todas maneras, no pensaba trabajar por allí abajo, cerca del parque infantil. Demasiado cerca de la calle, de Sveavägen. Así que no me fijé mucho. Entonces. Otra cosa hubiera sido de haber estado en el parque infantil de arriba, junto al depósito de agua.

—¿La vio allí también? —dijo Gunvald Larsson.

—No, no...

—¿La siguió?

—No, claro que no. Compréndalo. No me interesaba lo más mínimo. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero... En el parque, aquella tarde, había poca gente. Hacía un tiempo horrible. Estaba a punto de caer una buena tromba. Ya iba a abandonar y volverme a casa cuando apareció aquella bru..., aquella señora. Pero...

—¿Pero qué?

—Sí, lo que quiero decir es que vi a esa niña. Y debe de haber sido a las siete y cuarto o algo así.

—Ya lo ha dicho. ¿Con quién la vio?

—Con nadie. Estaba sola... Pero a lo que voy es que, en todo este tiempo, pasaron por allí en total unas diez personas. Yo... soy muy metodoso. Cuando trabajo, no quiero que me cojan. Así que tomo precauciones. Y lo que quiero decir es que, quizás, entre esas personas que yo vi...

—Bueno, ¿a quién vio?

—Vi a esos dos maderos.

—Policías.

—Sí, joder. Uno era pelirrojo y llevaba gabardina; el otro llevaba gorro con visera, americana y pantalones que no hacían juego con la americana, una cara como delgada.

—Axelsson y Lind —se dijo Rönn.

—Es usted un buen observador —dijo Martin Beck.

—Sí, lo es —dijo Gunvald Larsson—. Venga, desembucha.

—Esos dos maderos... no, no me interrumpa, maldita sea... entraron en el parque desde diferentes direcciones y se quedaron allí dentro unos quince minutos. Pero eso fue mucho después de ver a la niña. Sin duda, una hora y media después.

—¿Y?

—Y luego están los otros dos. El tío que metía mano a la piba. Eso fue aún antes. Los estuve siguiendo. Por un momento, casi pensé intervenir...

—¿Intervenir?

—Sí, o sea... ¡no, joder, nada sexual! La tía llevaba uno de esos vestidos cortos de la hostia, blanco y negro. Y el tío, un *blazer*. Tenían pinta de pijos, pero ella iba sin bolso.

Se calló. Gunvald Larsson, Martin Beck y Rönn esperaban.

—Llevaba bragas de malla blancas.

—¿Cómo pudo ver todo eso sin que ella le descubriera?

—Ella no veía nada, ni el tío tampoco. No hubieran visto ni un puto hipopótamo. Ni siquiera se veían el uno al otro. Y debían haber llegado sobre las... —De repente se calló. Luego dijo—: ¿A qué hora llegaron los maderos?

—A las ocho y media —replicó Martin Beck rápido.

El atracador puso cara de triunfo al decir:

—Eso es. Por entonces, hacía por lo menos un cuarto de hora que se había ido la parejita. Y estuvieron como mínimo media hora. O sea, desde las ocho menos cuarto hasta las ocho y cuarto. Al principio les seguí, luego me fui. Yo paso de quedarme allí como un gilipollas, mirando cómo se meten mano. Pero cuando llegaron, la niña ya había desaparecido. No estaba en el parque infantil, ni cuando llegaron ni cuando se fueron. Si no, la habría visto, me hubiera dado

cuenta...

Ahora sí que realmente estaba intentando ayudar.

—Así que ella estaba en el parque infantil a las siete y cuarto, pero no a las ocho menos cuarto, más o menos —dijo Gunvald Larsson.

—Exacto.

—¿Y qué hizo usted durante este tiempo?

—Controlar, digámoslo así. Rondaba la esquina entre Sveavägen y Frejgatan. Así podía ver a la gente que entraba desde esas direcciones.

—Un momento, dice que vio a unas diez personas en total...

—¿En el parque? Sí, más o menos.

—Dos policías, la pareja, la señora que atrcó y la niña. Son seis.

—Y seguí a un viejo con un perro. Todo el rato. Pero no se movió de la zona en torno a la iglesia de Stefan, cerca de la calle. Debía de estar esperando a que cagara el perro, o algo así.

—¿Desde qué dirección apareció aquel hombre? —preguntó Martin Beck

—De Sveavägen, por donde el quiosco.

—¿A qué hora? —dijo Rønn.

—Poco después de llegar yo. Fue el único en que me fijé antes de que aparecieran el tío y la chica. Él... ¡espera!, entró desde donde el quiosco y paseaba a un perro de esos canijos, flacos. Entonces la niña estaba en el parque infantil.

—¿Seguro? —preguntó Gunvald Larsson.

—Sí. Espera... Lo seguí todo el rato. Estuvo allí cosa de diez minutos o cuarto de hora. Cuando se largó, la chica debía de haberse ido ya.

—¿Ya quién más vio?

—Nada. Sólo unos cuantos arrastrados...

—¿Arrastrados?

—Sí. Gente que a mí no me interesa. Dos o tres. Atravesaban el parque.

—Venga, intente hacer memoria, maldita sea —dijo Gunvald Larsson.

—Pero si lo estoy intentando. Vi a dos que iban juntos. Entraron desde Sveavägen y subieron hacia el depósito de agua. Vagabundos. Bastante viejos.

—¿Está seguro de que iban juntos?

—Casi. Ya los había visto otras veces. Ahora que me acuerdo, pensé que debían de llevar una botella de aguardiente, o unas cuantas *birras*, para soplar allí arriba, en el parque. Pero esto fue mientras todavía seguían allí los otros dos, la tía de las medias de malla y su novio, los que se magreaban. Y...

—¿Sí?

—Vi a uno más. Uno que entró desde el otro lado.

—¿Otro arrastrado, como dice usted?

—Desde luego, nadie que mereciera la pena. Para mí. Bajó desde el depósito de agua. Ahora lo recuerdo perfectamente... Recuerdo que pensé que debía de

haber subido las escaleras desde Ingemarsgatan. ¡Qué paliza!, pensé, ¡subir todo ese camino para luego volver a bajar!

—¿Volver a bajar?

—Sí, salió por Sveavägen.

—¿Cuándo lo vio?

—Al rato de irse el viejo del perro.

Se hizo un silencio en la sala. Uno tras otro, fueron dándose cuenta de la importancia de lo que el hombre acababa de decir.

El propio Rolf Evert Lundgren fue el último en darse cuenta. Alzó los ojos y miró a Gunvald Larsson cara a cara.

—¡Joder! —exclamó.

Martin Beck sintió vibrar un nervio en algún lugar de su organismo.

Y Gunvald Larsson dijo:

—En resumen. Digamos que un hombre mayor, bien vestido, que paseaba a su perro, entró en el parque de Vanadislunden entre las siete y cuarto y las siete y media, desde Sveavägen. Pasó de largo el quiosco y el parque infantil, donde todavía estaba la niña. Durante unos diez minutos, o todo lo más un cuarto de hora, el hombre del perro permaneció en la parte del parque que se encuentra entre la iglesia de Stefan y Frejgatan. Usted le siguió durante todo ese tiempo. Cuando salió del parque, por el mismo sitio, pasando nuevamente junto al quiosco y el parque infantil, la niña ya no estaba allí. Unos minutos más tarde vio a un hombre que venía desde el depósito de agua y que salió por Sveavägen. Usted supuso que ese individuo había entrado por Ingemarsgatan, subiendo las escaleras que hay detrás del depósito, para luego bajar cruzando el parque en dirección a Sveavägen. Pero nada impide pensar que este hombre hubiera entrado desde Sveavägen un cuarto de hora antes, mientras usted seguía al señor del perro.

—Sí —reconoció el detenido con la boca abierta.

—Y pudo haberse introducido en el parque infantil, donde engatusó a la niña para que lo acompañara al depósito del agua. Tal vez la mató allí, y cuando usted lo vio estaba de vuelta.

—Sí —repitió Rolf Evert Lundgren con la boca abierta.

—¿Se fijó en qué dirección se marchaba? —preguntó Martin Beck.

—No, sólo pensé que salía del parque y no volví a acordarme de él.

—¿Lo vio de cerca?

—Sí, pasó muy cerca. Yo estaba detrás del quiosco.

—Bien, denos su descripción —dijo Gunvald Larsson—. ¿Qué aspecto tenía?

—No era un tío grande, aunque tampoco pequeño. Más bien con mala pinta. Tenía una buena tocha.

—¿Cómo iba vestido?

—Desarreglado. Camisa clara, creo que blanca. No llevaba corbata. Pantalones oscuros, grises o marrones, creo.

—¿Y su pelo?

—Pelo bastante ralo, me parece. Peinado hacia atrás.

—¿No llevaba americana? —Insertó Rönn.

—No. Ni americana ni abrigo.

—¿Color de ojos? —dijo Gunvald Larsson.

—¿Qué?

—¿Se fijó en el color de sus ojos?

—No. Azul, supongo. O gris. Era de ese tipo. Rubio.

—¿Y de qué edad, más o menos?

—Pues, entre cuarenta y cincuenta, algo así. Más cerca de cuarenta, supongo.

—¿Y los zapatos? —dijo Rönn.

—No sé. Aunque probablemente llevaba ese tipo de zapatos negros, corrientes, que suelen llevar los quinkis por el estilo. Pero es sólo una conjetura.

Gunvald Larsson dijo a modo de resumen:

—Un hombre de unos cuarenta años, de constitución normal y de estatura mediana con pelo ralo, peinado hacia atrás, y nariz prominente. Ojos azules o grises. Camisa blanca o clara, sin corbata. Pantalones de color marrón o gris oscuro, probablemente zapatos negros.

Martin Beck sintió que algo le rondaba por la cabeza, pero el barrunto desapareció tan pronto como vino. Gunvald Larsson continuaba:

—Bueno, probablemente zapatos negros, rostro ovalado... Bien. Ahora sólo queda una cosa. Va a echar usted un vistazo a unas fotografías. Que traigan los álbumes de la brigada antivioco.

Rolf Evert Lundgren repasó las carpetas con fotografías de individuos conocidos por delitos contra las buenas costumbres. Estudiaba cada una de las fotografías meticulosamente, para terminar siempre moviendo la cabeza en señal de negación.

No encontró a nadie parecido al hombre que había visto en Vanadislunden.

Además, estaba completamente seguro de que el hombre al que había visto no estaba fichado.

Ya era medianoche cuando Gunvald Larsson dijo:

—Ahora le vamos a dar a usted algo de comer y luego se podrá ir a dormir. Nos veremos mañana. Gracias por todo.

Parecía casi eufórico.

Lo último que dijo el atracador antes de que se lo llevaran fue:

—¡Fíjate, vi al cabronazo ése! También parecía casi eufórico.

No obstante, él mismo había estado a punto de matar a varias personas. Doce horas antes, sin ir más lejos, no hubiera vacilado en matar a tiros tanto a Martin Beck como a Gunvald Larsson, de haber tenido oportunidad.

Martin Beck reflexionaba sobre eso.

Pensaba también en que la descripción que poseían era mala, pues valía para miles de personas, pero por lo menos tenían algo.

Y la persecución entraba en su séptimo día.

En la mente de Martin Beck había todavía algo más, pero ni él mismo sabía exactamente qué.

Antes de marcharse cada uno para su casa, tomó café con Rönn y Gunvald Larsson.

Intercambiaron unas últimas frases.

—¿Os parece que me he tirado mucho tiempo? —preguntó Gunvald Larsson.

—Sí —dijo Martin Beck.

—Pues sí, creo que sí —dijo Rönn.

—Bueno, mira —dijo Gunvald Larsson en tono pedagógico—, se trata de ir desplegando los acontecimientos desde el principio. De crear una especie de confianza.

—Pues sí —dijo Rönn.

—Aun así, sinceramente, a mí me pareció interminable —opinó Martin Beck. Luego se fue a casa. Se tomó otro café y se acostó.

Permaneció despierto en la oscuridad, pensando.

En algo.

Al despertar, el viernes por la mañana, Martin Beck no se sentía descansado, ni mucho menos. En realidad, se sentía incluso más cansado que en el momento de dormirse la noche anterior, a altas horas y tras demasiadas tazas de café. Había dormido mal, con continuas pesadillas, y se despertó con un dolor insistente en el estómago.

Durante el desayuno tuvo una agria discusión con su mujer, por un motivo completamente insignificante que había olvidado cinco minutos después, al cerrar la puerta tras de sí. Por lo demás, su papel en la riña había sido más bien pasivo. Fue la mujer quien llevó la voz cantante.

Cansado, descontento consigo mismo, y con escozor en los párpados, tomó el metro a Slussen, cambió de línea y continuó hasta Midsommarkransen, para hacer una breve visita a su despacho en Västberga allá. No le gustaba ir en metro, pero se negaba a convertirse en automovilista, a pesar de que el camino desde Bagarmossen hasta la jefatura sur se hacía considerablemente más rápido en coche. Esta cuestión era uno de los motivos de disputa con su mujer, Inga. Además, desde el momento en que ella se enteró de que el Estado pagaba 46 céntimos por kilómetro a cada policía que usaba el coche propio, sacaba el tema con más frecuencia.

Cogió el ascensor hasta la tercera planta, pulsó los botones del código en el disco circular, junto a las puertas de cristal, saludó al conserje con un movimiento de cabeza y entró en su despacho. Del montón de papeles de encima de su mesa, seleccionó los que pensaba llevarse a Kungsholmsgatan.

Sobre la mesa había también una tarjeta postal a todo color, en la que aparecían un burro con sombrero de paja, una niña regordeta de ojos negros que llevaba una cesta de naranjas, y una palmera. Procedía de Mallorca, donde disfrutaba de sus vacaciones el benjamín del departamento, Åke Stenström, e iba dirigida a « Martin Beck y compañía ».

Martin Beck tardó un buen rato en descifrar el texto de Stenström, escrito con un boli barato y lleno de manchas borrosas.

« Os estaréis preguntando adónde se han ido las tías buenas de Estocolmo... ¡Pues resulta que se han enterado de que yo estoy aquí! ¿Cómo os las arregláis

sin mí? Supongo que mal... pero ¡aguantad! ¡Igual vuelvo! Áke».

Martin Beck sonrió y se metió la postal en el bolsillo de la chaqueta. Luego se sentó, buscó el número de la familia Oskarsson y se acercó al teléfono.

Contestó el marido. Dijo que el resto de la familia acababa de regresar. Si Martin Beck quería verlos, lo mejor sería que pasara cuanto antes, pues tenían mucho que hacer antes de partir.

Pidió un taxi, y diez minutos más tarde estaba llamando al timbre del piso en que residía la familia Oskarsson. Abrió el marido, que lo acompañó hasta el sofá del salón, lleno de luz. Los niños no se dejaban ver, pero sus voces llegaban desde una de las habitaciones. La madre estaba ante la ventana, planchando, y al entrar Martin Beck, dijo:

—Discúlpeme, acabo enseguida.

—Siento tener que molestarles —se disculpó él—. Pero me gustaría hablar con ustedes una vez más antes de que se vayan de vacaciones.

El hombre asintió con la cabeza y se sentó en un sillón de cuero, al otro lado de la mesita.

—Naturalmente, queremos ayudar —dijo—. Mi esposa y yo no sabemos nada pero hemos hablado con Lena. Por desgracia, no parece recordar nada más, aparte de lo dicho. Lo siento.

La mujer dejó la plancha y le miró.

—Gracias a Dios, diría yo más bien.

Sacó la clavija de la plancha y se sentó en el reposabrazos del sillón del marido.

Él pasó el brazo por las caderas de su mujer.

—En realidad he venido para saber si su hijo ha dicho algo que pueda guardar alguna relación con lo que le sucedió a Annika.

—¿Bosse?

—Sí, según Lena desapareció durante un tiempo, y todo hace pensar que se fue tras Annika. Cabe incluso la posibilidad de que viera a la persona que acabó con su vida.

Él mismo advirtió lo ridículo que sonaba todo esto. «Hablo como un libro —se dijo—. O como un informe policial. ¿Cómo coño puedo imaginarme que voy a sacar algún dato concreto de un niño de tres años?».

Su modo alambicado de hablar no provocó reacción alguna en la pareja del sillón. «Pensarán que todos los policías nos expresamos así».

—¡Pero si ya ha venido una agente a hablar con él! —exclamó la señora Oskarsson—. ¡Es tan pequeño todavía!

—Ya lo sé —dijo Martin Beck—. Pero aun así quería pedirles que me dejaran intentarlo una vez más. Puede que haya visto algo. ¡Si consiguiéramos hacerle recordar ese día!

—¡Pero si sólo tiene tres años! —interrumpió ella—. Ni siquiera sabe hablar

bien. No creo que nadie sea capaz de entender lo que dice, aparte de nosotros. Y la verdad es que ni siquiera nosotros lo entendemos todo.

—Podríamos intentarlo —intervino el marido—. Quiero decir, si con ello ayudamos en la medida de nuestras posibilidades... Tal vez Lena consiga hacerle recordar qué hizo.

—Gracias —dijo Martin Beck—. Eso estaría bien.

La señora Oskarsson se levantó y entró en el cuarto de los niños. Al cabo de un rato volvió con ambos.

Bosse se acercó corriendo a su padre, se puso a su lado y señaló con el dedo a Martin Beck

—¿Ete qué's?

Inclinó la cabeza y miró a Martin Beck. Tenía sucias las comisuras de los labios y mostraba un rasguño en la mejilla. En la frente, bajo el rubio flequillo, asomaba un enorme moratón. Sus ojos eran de un verde intenso.

—Papi, ¿ete qué's? —repitió impaciente.

—Es un señor —le contestó su padre sonriendo a Martin Beck

—¡Hola! —dijo Martin Beck

Bosse ignoró el saludo.

—¿Cómo llama? —preguntó a su padre.

—Cómo se llama —le corrigió Lena—. Se dice « cómo se llama ».

—Me llamo Martin —dijo Martin Beck—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Bosse. ¿Cómo llama?

—Martin.

—Mattin. Llama Mattin —repitió Bosse, con un tono de voz que denotaba perplejidad ante el hecho de que alguien pudiese llamarse así.

—Sí —dijo Martin Beck—. Y tú te llamas Bosse.

—Papi llama Kurt, mami llama... ¿Cómo llama?

Señaló a su madre, que dijo:

—Ingrid, ¡pero si ya lo sabes!

—Inyi.

Se acercó al sofá y puso una mano rolliza y pringosa encima de la rodilla de Martin Beck

—¿Has estado hoy en el parque jugando? —le preguntó Martin Beck

Bosse negó con la cabeza y exclamó con voz estridente:

—No fugá pague. ¡Coche!

—Sí —le tranquilizó su madre—. Luego. Luego vamos a ir en coche.

—¿Tú tamén coche güego? —dijo Bosse, mirando a Martin Beck de manera perentoria.

—Sí. A lo mejor.

—Bosse sabe il coche —explicó el niño, contento.

Luego subió trepando hasta el sofá.

—¿Qué sueles hacer cuando juegas en el parque? —preguntó Martin Beck en un tono que a él mismo le resultó importado y empalagoso.

—Bosse no fuga pague. Bosse il coche —dijo el niño enfadado.

—¡Claro que sí! —replicó Martin Beck—. ¡Claro que vas a ir en coche!

—Hoy Bosse no va a jugar en el parque —dijo su hermana—. El señor sólo preguntaba qué hacías antes, cuando jugabas en el parque.

—¡Señol malo! —dijo Bosse con énfasis.

Bajó del sofá. Martin Beck pensó que debería haber comprado caramelos o algo para el crío. No tenía por costumbre sobornar a testigos para ganarse su simpatía, pero por otra parte, nunca había tomado declaración a un testigo de tres años. Sin duda, una tableta de chocolate, llegados a este punto, hubiera obrado maravillas.

—Se lo dice a todo el mundo —intervino la hermana de Bosse—. ¡Es un tonto!

Bosse golpeó con la mano en dirección a la hermana y dijo indignado:

—¡Bosse no toto! ¡Bosse güeno!

Martin Beck buscó en sus bolsillos algo que pudiera interesar al crío, pero solamente encontró la tarjeta postal de Stenström.

—Ven, te voy a enseñar algo —dijo.

Bosse se acercó corriendo y miró con curiosidad la postal.

—¿Ete qué? —preguntó.

—Una tarjeta postal —dijo Martin Beck—. ¿Ves lo que hay en la foto?

—Caballo. Flol. Madrina.

—¿Qué quiere decir exactamente «madrina»? —le preguntó Martin Beck.

—Mandarina —explicó la madre.

—Madrina —repitió Bosse, señalando con el dedo—. Y flol. Y caballo. Y nena. ¿Cómo llama nena?

—No lo sé —dijo Martin Beck—. ¿Tú qué crees?

—Ulla —dijo Bosse—. Nena Ulla.

La señora Oskarsson dio un empujón a su hija.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos en los columpios con Ulla y Annika? —preguntó Lena rápidamente.

—Sí —dijo Bosse encantado—. Ulla, Annika, Bosse, Lena columpos pague compá helado. ¿Acodal?

—Sí —dijo Lena—. Conocimos un perrito en el parque, ¿te acuerdas?

—¡Sí! Bosse conoce guagau. No toca guagau. Toca guagau, ¡pupa! ¿Acodó?

Los padres intercambiaron una mirada y la madre asintió con la cabeza. Martin Beck comprendió que el niño estaba rememorando precisamente el día en el parque que él pretendía hacerle recordar. Permaneció inmóvil, completamente quieto, confiando en que nada hiciera al crío perder el hilo.

—¿Te acuerdas —siguió la hermana—, Ulla, Lena, Bosse jugar a la rayuela?

—Sí —dijo Bosse—. Ulla Lena yela. Bosse también fuga. Bosse sabe yela.

¿Acoda es fuga yela?

El crío respondía encantado a las preguntas de su hermana, y la conversación seguía una pauta que llevó a Martin Beck a sospechar que se trataba de una especie de juego de preguntas y respuestas, que los hermanos practicaban a menudo, algo así como un juego mnemotécnico.

—Sí —dijo Lena—, me acuerdo. Bosse, Ulla, Lena jugar a la rayuela. Annika no jugar.

—Annika no quelé fuga. Annika fadada Lena Ulla —dijo Bosse triste.

—Así que recuerdas que Annika se enfadó, ¿eh? Annika se enfadó y se fue.

—Lena Ulla malas Annika.

—¿Dijo Annika que Lena y Ulla eran malas? ¿Lo recuerdas?

—Annika dijo Lena Ulla malas —y luego con gran énfasis—: ¡Bosse no malo!

—¿Qué hicieron Bosse y Annika cuando Lena y Ulla eran malas?

—Bosse Annika condite.

Martin Beck contuvo la respiración, confiado en que la chica comprendiera qué debería preguntar a continuación.

—Bosse, ¿te acuerdas de cuando jugaste al escondite con Annika?

—Sí. Ulla Lena no poté fuga condite. Ulla Lena malas. Annika güena. Bosse güeno. —Ahora parecían ir por el buen camino—. ¡Seniol güeno!

—¿Qué señor?

—Seniol pague güeno. Seniol da Bosse lete.

—¿El señor dio a Bosse una *leta* en el parque?

—Seniol da Bosse lete pague. ¡No leta, *lete*!

—¿Una tableta?

—¡No! ¡Lete!

—¿Qué decía el señor? ¿Habló contigo y con Annika?

—Seniol habla Annika. Seniol da Bosse lete.

—¿El señor dio a Bosse y a Annika tabletas?

—Bosse lete. Annika no lete. Bosse lete. ¡No leta!

De repente se dio la vuelta y se acercó corriendo a Martin Beck.

—Bosse queré leta. ¿Tenes leta?

Martin Beck dijo que no con la cabeza.

—Bosse queré leta. Da leta o Bosse tiste.

—No —dijo Martin Beck—. A lo mejor, más tarde. ¿Te dio tabletas de chocolate el señor en el parque? ¿Estaban ricas?

Bosse golpeó impacientemente la mano en el sofá.

—No. ¡Bosse da lete!

—¿Sólo te dio una tableta? ¿El señor sólo te dio una tableta? ¿Estaba rica?

Bosse golpeó a Martin Beck en la rodilla.

—No rico —dijo—. Lete no come. Martin Beck miró a la madre de Bosse. —¿Qué es «lete»? —preguntó.

—No lo sé —dijo—. Suele llamar «leta» a las tabletas, o sea, al chocolate, pero por lo visto se trata de otra cosa.

Se inclinó hacia el crío y preguntó:

—¿Qué hicieron Bosse y Annika y el señor? ¿Jugasteis con el señor?

Bosse parecía haber perdido el interés en el juego de preguntas y dijo malhumorado:

—Bosse no encontró Annika. Annika mala, ¡fuga sólo senio!

Martin Beck abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar, viendo cómo el testigo desaparecía de la habitación a la velocidad del rayo.

—¡No pillas! ¡No pillas! —gritó el niño con gran alegría.

La hermana le siguió, irritada, con la mirada.

—Está tan tonto que me vuelve loca.

—¿Qué habrá querido decir con «lete»? —preguntó el padre.

—No sé. Pero está claro que tableta no. No tengo ni idea —repuso la niña.

—Por lo visto, mientras estaba con Annika, conoció a alguien —dijo el marido.

«La cuestión es cuándo —pensó Martin Beck—. ¿El viernes pasado o hace quince días?».

—¡Qué horror! —exclamó la madre—. ¡Debe de haber sido el individuo ese, el que lo hizo!

Se estremeció y el marido la tranquilizó, pasando la mano por su espalda. Luego miró con aire preocupado a Martin Beck y dijo:

—¡Es tan pequeño! Tiene un vocabulario muy reducido. No creo que sea capaz de dar una descripción de aquel hombre.

La mujer negaba con la cabeza.

—No —dijo—. A no ser que hubiese algo muy peculiar en su aspecto, como que llevase uniforme. En tal caso, Bosse se hubiese referido a él como «poli». Los niños no se sorprenden de nada... Si Bosse viera un individuo con pelo verde, ojos color rosa y tres piernas no creo que le llamase especialmente la atención.

Martin Beck movía la cabeza en señal de asentimiento.

—Tal vez llevaba uniforme. O alguna otra cosa que Bosse recuerde. Quizá sea mejor si habla con él a solas.

La señora Oskarsson se levantó y al poco se encogió de hombros.

—Claro —dijo—. Voy a intentarlo.

Dejó la puerta entreabierta, de manera que Martin Beck pudiera escuchar su conversación con el niño. Volvió pasados veinte minutos. No había conseguido sacarle al crío nada que pudiera completar lo ya dicho.

—¿Podemos irnos de viaje? —preguntó en tono angustiado—. Quiero decir,

tenemos que... —Se interrumpió y añadió—: ¿Y Lena?

—Claro que pueden irse —replicó Martin Beck levantándose.

Les estrechó la mano, agradeciendo su cooperación, pero cuando estaba ya a punto de marcharse, Bosse volvió a hacer acto de presencia. Vino corriendo y se agarró a las piernas de Martin Beck.

—Tú no il. Tú sentó allí. Tú habla papa. Bosse tamén habla.

Martin Beck intentó soltarse, pero el crío le tenía bien agarrado. No quería disgustarle. Rebuscó en su bolsillo, sacó una moneda de cincuenta céntimos y miró interrogativamente a la madre. Ésta asintió con la cabeza.

—Mira, Bosse —dijo, mostrándole la moneda.

Bosse le soltó de inmediato, tomó la moneda y luego exclamó:

—Bosse compá helado. Bosse mucho dinado compá helado.

Se fue corriendo hasta el recibidor y cogió una cazadora que pendía de un ganchito colocado a su altura, junto a la puerta. Rebuscó en sus bolsillos.

—Bosse tené mucho dinado —prosiguió, mostrando una moneda pringosa de cinco céntimos.

Martin Beck abrió la puerta a la escalera, se dio la vuelta y tendió la mano a Bosse.

El niño tenía la cazadora entre los brazos. Al sacar la mano del bolsillo, un papelito cayó al suelo, revoloteando.

Cuando Martin Beck se inclinó para recogerlo, el chico gritó:

—¡Bosse lete! ¡Bosse tené lete seniol!

Martin Beck observó el objeto en sus manos. Se trataba de un billete de tranvía normal y corriente.

La mañana del viernes 16 de junio de 1967 fue pródiga en sucesos.

La policía había distribuido una descripción que tenía el defecto de poder aplicarse a decenas de miles de ciudadanos, más o menos irreprochables. O quizás a un número todavía mayor.

Rolf Evert Lundgren había consultado con la almohada y deseaba llegar a un acuerdo. Si la policía aceptaba hacer borrón y cuenta nueva, él se ofrecía a participar en la investigación y a proporcionar «información complementaria», aunque no estaba muy claro a qué podía referirse. Recibió una respuesta muy poco entusiasta, de carácter negativo, lo que le llevó a abismarse en profundas cavilaciones. Finalmente, pidió un abogado.

Desde la dirección de operaciones, alguien insistía una y otra vez en que Lundgren seguía sin coartada para el asesinato de Vanadislunden, y eso cuestionaba su credibilidad como testigo.

Esto, a su vez, condujo a Gunvald Larsson a poner a una mujer en una situación extremadamente incómoda, al tiempo que otra mujer ponía a Kollberg en una situación, si cabe, todavía más incómoda.

Gunvald Larsson marcó un número de teléfono del barrio de Vasastaden. Tuvo lugar la siguiente conversación:

—¡Sí, diga! Director Jonsson al habla.

—Buenos días. Llamo de parte de la policía criminal, soy el subinspector primero Larsson.

—Encantado.

—¿Me podría poner con su hija, Majken Jonsson?

—Claro. Un momento. Estamos todos sentados a la mesa, desayunando.

¡Majken!

—Sí, dígame. Soy Majken Jonsson.

La voz sonaba clara y cultivada.

—Policía. Subinspector primero Larsson.

—¿Sí?

—Usted ha declarado que estuvo en Vanadislunden el nueve de junio por la tarde, tomando un rato el fresco.

- Así es.
- ¿Y qué se puso para tomar el fresco?
- ¿Qué me puse...? A ver, sí, llevaba un vestido de cóctel blanco y negro.
- ¿Y qué más?
- Un par de sandalias.
- Muy bien. ¿Y qué más?
- Nada. Calla, papá, sólo me está preguntando qué llevaba.
- ¿Nada? ¿No llevaba nada más?
- N-no.
- Quiero decir, ¿no llevaba por casualidad nada debajo del vestido?
- Pues sí, claro. Llevaba ropa interior, por supuesto.
- Vale. ¿Y qué tipo de ropa interior?
- ¿Qué tipo de ropa interior?
- Sí, eso.
- Bueno, llevaba naturalmente lo que... pues, lo que se suele llevar. ¡Papá, por favor, es la policía!
- ¿Y qué se suele llevar?
- Bueno, en principio sujetador naturalmente y... ¡en fin!, ¿usted qué cree?
- Yo no creo nada. No tengo ideas preconcebidas. Sólo le estoy preguntando.
- Pues lencería, obviamente.
- Muy bien. ¿Y qué tipo de lencería?
- ¿Qué tipo? No entiendo qué quiere decir. Naturalmente, llevaba ropa íntima.
- ¿Bragas?
- Sí. Perdona, pero...
- ¿Y qué aspecto tenían esas bragas? ¿Rojas? ¿Negras? ¿Azules? ¿Quizá de camuflaje...?
- Unas...
- ¿Sí?
- Unas bragas blancas de malla. ¡Sí, papá, ahora se lo pregunto! Oiga... ¿por qué me pregunta estas cosas?
- Estoy comprobando la declaración de un testigo.
- ¿La declaración de un testigo?
- Sí, así es. Adiós.

• • • • •

Kollberg fue en coche hasta una dirección de Gamla Stan, aparcó en Storkyrkobrinken, subió con mucha dificultad y esfuerzo la serpenteante escalera de piedra desgastada, buscó un timbre inexistente y, fiel a su costumbre, llamó a la puerta con golpes atronadores.

—¡Pase! —contestó una mujer a voces.

Kollberg entró.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Usted quién es?

—Policía —replicó Kollberg de manera lúgubre.

—¡Hay que joderse! ¡La policía siempre se las arregla para...!

—¿Es usted Lisbeth Hedvig Maria Karlström? —preguntó Kollberg mirando ostensiblemente su papel.

—Claro. ¿Viene por lo de ayer?

Kollberg asintió y echó una mirada a su alrededor. La habitación estaba desordenada, pero resultaba acogedora. Lisbeth Hedvig Maria Karlström vestía una chaqueta de pijama azul a rayas, lo suficientemente corta como para mostrar que debajo no llevaba siquiera bragas de malla. Acababa de levantarse, por lo visto, y estaba preparando café. Para que el líquido se filtrara más deprisa, removía el embudo con un tenedor.

—Acabo de levantarme y me iba a preparar café —dijo.

—¡Ah...!

—Pensé que sería la chica de al lado. Sólo ella llama a la puerta de esa manera. Y a estas horas. ¿Quiere?

—¿Qué?

—Café.

—Bueno —dijo Kollberg—. Siéntese, por favor.

—¿Encima de qué?

Señaló con el tenedor un puf forrado de cuero junto a la cama, que estaba hecha un revoltijo. Kollberg se sentó de manera vacilante. La mujer puso la cafetera y dos tazas en una bandeja, empujó con la rodilla izquierda una mesa de servicio, colocó en ella la bandeja y se sentó en la cama. Cruzó las piernas, pero el gesto no pudo impedir que quedase al descubierto buena parte de su anatomía, que por lo demás no carecía enteramente de interés.

—Sírvase —dijo.

—Gracias —murmuró Kollberg, mirando los pies de la mujer.

Kollberg era un individuo fácilmente impresionable, y en este momento se sentía muy raro.

De alguna manera, la chica le recordaba enormemente a alguien, quizás a su mujer.

Ella le miraba con aire preocupado.

—¿Quiere que me ponga algo más? —le preguntó.

—Tal vez sería buena idea —dijo Kollberg con voz turbia.

Se levantó enseguida, se acercó al guardarropa, sacó unos pantalones marrones de pana y se los puso. Luego desabotonó la chaqueta del pijama y se la quitó. Permaneció un momento con el cuerpo desnudo de cintura para arriba. Bien es cierto que daba la espalda a Kollberg, pero esto, lejos de tranquilizarle, casi resultó peor. Tras un instante de duda, la chica se pasó un jersey de punto por

la cabeza.

—¡Hace tanto calor aquí dentro! —lamentó. Kollberg tomó un trago de café —. ¿Qué quiere saber? —preguntó.

Kollberg tomó otro trago. —Muy bueno— dijo.

—El caso es que no sé nada. Nada de nada. ¡Menuda historia! Quiero decir, lo de Simonsson.

—Se llamaba Rolf Evert Lundgren —dijo Kollberg.

—¿Ah, sí? O sea, que ni eso. Me imagino que le debo de estar dando a usted una imagen... no muy favorable, que digamos. Pero no puedo hacer nada. De momento. —Miró a su alrededor con cara de infelicidad—. A lo mejor quiere usted fumar. Pero me temo que no tengo tabaco. Yo no fumo.

—Yo tampoco —dijo Kollberg.

—¿No? Bueno, por muy desfavorable que sea la impresión que doy, sólo puedo contarle lo que pasó. Lo conocí en las piscinas Vanadis a las nueve y luego me fui con él a su casa. No sé nada más.

—Sin duda, sabrá algo que nos interese.

—Pues usted dirá.

—¿Cómo era? Quiero decir, sexualmente hablando.

Ella se encogió de hombros, visiblemente incómoda. Cogió un panecillo y le dio un bocado. Finalmente, dijo:

—*No comments*. No suelo...

—¿Qué es lo que no suele hacer?

—No tengo por costumbre hablar de los hombres con los que he estado. Por ejemplo, si usted y yo nos acostásemos ahora, luego no iría por ahí contando detalles sobre usted.

Kollberg se removió, incómodo. Sentía calor y tenía los nervios a flor de piel. Quería quitarse la americana, aunque tampoco cabía descartar por completo la posibilidad de que lo que realmente quisiera fuera desnudarse del todo y acostarse con la mujer. La verdad es que, en horas de servicio, algo semejante sólo le había sucedido en contadas ocasiones. Y nunca después de casarse. Pero alguna que otra vez sí había pasado.

—Le rogaría que me contestara a la pregunta —insistió—. ¿Era un hombre normal, desde el punto de vista sexual? —Ella no contestó—. Es importante —añadió.

Ella captó su mirada y le preguntó muy seria:

—¿Por qué?

Kollberg miró a la mujer con gesto pensativo. Le costaba trabajo decidirse, y sabía que, para muchos colegas, lo que estaba a punto de decir era bastante más censurable que desnudarse y acostarse con la chica.

—Lundgren es un delincuente profesional —dijo finalmente—. Ha confesado una decena de crímenes violentos, graves. Hace una semana, el viernes por la

tarde, asesinaron a una niña en Vanadislunden. Él también rondaba por allí.

Ella le echó una rápida mirada y tragó saliva varias veces.

—¡Oh! —replicó en voz baja—. No lo sabía. ¡Cómo iba yo a imaginar...! —
Pasado un momento, volvió a buscarlo con la mirada, con sus ojos de color marrón claro, y añadió—: Eso contesta a mi pregunta. Ahora entiendo por qué debo responder a la suya.

—¿Y?

—A mi juicio, era completamente normal. Casi demasiado normal.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que yo también soy del todo normal, sexualmente hablando, pero que... bueno, como lo hago tan pocas veces, tal vez quisiera algo más que... digámoslo así, la simple rutina.

—Entiendo —le dijo Kollberg incómodo, rascándose la oreja. Reflexionó durante un par de segundos. La chica lo miraba con semblante serio. Finalmente, Kollberg preguntó—: ¿Fue él quien tomó la iniciativa en las piscinas Vanadis?

—No, más bien al revés.

—La chica se levantó de repente y se acercó a la ventana, que daba a la catedral, Storkyrkan. Sin volver la cabeza, prosiguió: —Eso es. Más bien fue al revés. Ayer salí con la intención de conocer a un hombre. Lo esperaba. Iba preparada, por así decir... — Se encogió de hombros. —Así es mi vida. Llevo años viviendo así. Si quiere le digo por qué.

—No es necesario —replicó Kollberg.

—Lo hago con mucho gusto —dijo toqueteando la cortina—. O sea, hablar de eso...

—No es necesario —repitió Kollberg.

—De todas maneras, le puedo garantizar que se portó de un modo completamente normal. Al principio no parecía... demasiado interesado. Pero... ¡en fin!... y yo me encargué de motivarle.

Kollberg apuró su café.

—Bueno, eso era todo —dijo inseguro.

Todavía sin volver la cabeza, ella añadió:

—Ya antes me habían pasado cosas que dan qué pensar. Pero nunca nada como esto. Ha sido muy desagradable. —Kollberg permaneció callado—. Espeluznante —murmuró para sí, toqueteando las cortinas. Luego se dio la vuelta y dijo—: Le aseguro que fui yo quien tomó la iniciativa. De modo bastante flagrante. Si quiere puedo...

—No, no va a ser necesario.

—Y le puedo asegurar que era perfectamente normal, cuando... bueno, cuando nos acostamos.

Kollberg se levantó.

—Me cae usted bien —le espetó ella inesperadamente.

—Usted a mí también —replicó él. Se acercó a la puerta y la entreabrió. Luego añadió para su propia sorpresa—: Estoy casado desde hace año y medio. Mi mujer está de nueve meses.

Ella asintió con la cabeza.

—En cuanto a mi forma de vida...

Se interrumpió.

—No está muy bien —comentó él—. Puede ser muy peligroso.

—Ya lo sé —admitió ella.

—Hasta luego —dijo Kollberg.

—Hasta luego, Kollberg —le contestó Lisbeth Hedvig Maria Karlström.

A Kollberg le habían puesto una multa en el coche. Dobló el impreso distraidamente y se lo metió en el bolsillo.

«Una chica simpática —pensó—. La verdad es que se parece a Gunn. Me pregunto por qué...».

Luego se puso al volante, diciéndose que todo el asunto rayaba en una perfecta parodia de una novela de la peor especie.

.....

En el centro de operaciones, Gunvald Larsson dijo enérgicamente:

—Ya está. Es sexualmente normal y su credibilidad como testigo puede considerarse demostrada. ¡Tiempo perdido!

Kollberg meditó un momento sobre eso del tiempo perdido. Luego preguntó:

—¿Dónde está Martin?

—Ha salido a interrogar a bebés —le contestó Gunvald Larsson.

—¿Y por lo demás?

—Nada.

—Aquí hay algo —comentó Melander, y levantó la vista de sus papeles.

—¿Qué?

—Un informe de los psicólogos. Sus puntos de vista.

—¡Bah! —soltó Gunvald Larsson—. Amor no correspondido por una carretilla y gilipollices por el estilo...

—Bueno —replicó Melander—. Yo no estoy tan seguro.

—Sácate la pipa de la boca para que se pueda entender lo que dices —rezongó Kollberg.

—Aquí proponen una explicación que parece bastante plausible... ¡y que resulta de lo más inquietante!

—¿Cómo? —exclamó Gunvald Larsson—. ¿Es que todo esto puede llegar a ser todavía más inquietante?

—Se refiere a la posibilidad de que nuestro hombre no esté fichado —continuó Melander sin inmutarse—. Dicen que es muy probable que carezca de antecedentes penales. Que incluso puede haber vivido mucho tiempo sin

manifestar en modo alguno sus inclinaciones, porque la satisfacción de una sexualidad pervertida recuerda en muchos sentidos a la drogadicción. Lo han demostrado en otros países. Un perverso sexual puede pasarse muchos años de exhibicionista o de mirón, y obtener así satisfacción para sus instintos sexuales. Pero si esa misma persona, por un impulso momentáneo, comete un día una violación o un asesinato de tipo sexual, a partir de ese momento sólo podrá obtener satisfacción mediante nuevas violaciones y nuevos asesinatos.

—Como en la vieja historia del oso —comentó Gunvald Larsson—. Un oso que una vez ha matado una vaca, etcétera.

—Igual que un drogadicto busca venenos cada vez más fuertes —prosiguió Melander, hojeando el informe—. Y un toxicómano que empieza con el hachís, para luego pasar a la heroína, ya nunca vuelve a contentarse con hachís. La situación de un perverso sexual puede ser parecida.

—Suena razonable —dijo Kollberg—. Pero bastante elemental.

—A mí me parece jodidamente desagradable —terció Gunvald Larsson.

—Es aún mucho peor —continuó Melander—. Aquí pone que una persona puede llevar una vida normal durante un montón de años, sin manifestar de ninguna manera sus instintos pervertidos, quizás incluso sin masturbarse ni mirar imágenes, y menos aún actuando como exhibicionista o como mirón. Puede que simplemente haya estado fantaseando con diversas formas de perversión, sin plena conciencia, hasta que un impulso momentáneo desencadena un acto de violencia. Luego ya es incapaz de dejar de repetirlo una y otra vez con brutalidad creciente y, posiblemente, con un grado de envejecimiento cada vez mayor.

—Más o menos como Jack el Destripador —comentó Gunvald Larsson.

—¿Y el impulso? —preguntó Kollberg.

—Puede desencadenarse por las causas más variadas: una situación concreta, un estado de debilidad psicológica, enfermedad, alcohol, drogas. Si se acepta un perfil semejante, el pasado del criminal no nos proporciona pistas. Los archivos y registros de la policía no sirven de nada, como tampoco las historias clínicas de consultas y hospitales. La persona en cuestión, simplemente, no figura en ellos. Y una vez que ha empezado a violar o a matar, ya no puede dejarlo. Además, es incapaz de entregarse o de controlar su propia conducta. —Melander permaneció callado un momento. Luego golpeó con los nudillos en el informe fotocopiado y añadió—: Por desgracia, en nuestro caso hay algo que encaja bien con todo esto. Tan bien, que aterra.

—Yo puedo imaginarme un montón de explicaciones distintas —dijo Gunvald Larsson irritado—. Que sea alguien de fuera. Por ejemplo, un extranjero de paso. O a lo mejor se trata de dos asesinos distintos, con lo que el asesinato de Tantolunden sería un crimen por imitación, provocado por la publicidad que se ha dado al primer caso.

—Hay muchas razones en contra de ese planteamiento —objetó Melander—.

El conocimiento que el asesino tenía del lugar, la seguridad sonámbula con la que perpetró el crimen, la elección de la hora y el sitio, lo absurdo que resulta no tener todavía un sospechoso, si prescindimos del tal Eriksson, después de dos asesinatos y siete días de investigación. Además, el detalle de las bragas de las niñas se opone a la hipótesis del crimen por imitación: ese dato no se ha revelado a los medios de comunicación.

—Vale, pero yo, de todos modos, sigo viendo otras posibles explicaciones —repitió Gunvald Larsson con obstinación.

—Me temo que te haces ilusiones —dijo Melander, que se puso a encender su pipa.

—Sí —intervino Kollberg, sacudiéndose—. Quizá sean vanas ilusiones, Gunvald, pero yo espero sinceramente que tengas razón. Porque de lo contrario...

—De lo contrario —dijo Melander—, no tenemos nada de nada. Y lo único que nos podría conducir hasta el asesino es pillarle in fraganti, la próxima vez. O que...

Kollberg y Gunvald Larsson completaron el razonamiento cada uno por su lado, llegando pronto a la misma conclusión desagradable. Fue Melander quien la enunció:

—O que lo vuelva a hacer una y otra vez con la misma seguridad sonámbula, hasta que la suerte quiera que lo arrestemos.

—¡Joder! —exclamó Gunvald Larsson.

—¿Qué más dicen esos papeles? —preguntó Kollberg.

—Lo de siempre —dijo Melander—. Una serie de especulaciones contradictorias, como que puede tener un instinto sexual muy extremo o muy rudimentario. Esto último se considera lo más probable. Pero también hay ejemplos de lo contrario. —Puso el informe sobre la mesa y prosiguió—: ¿Se os ha ocurrido que, aunque estuviera aquí delante, no disponemos de nada que permita relacionarlo con los crímenes? Sólo tenemos unas huellas de zapato en Tantolunden, bastante controvertidas, por cierto. Lo único que de verdad prueba que la persona buscada es un hombre son unos pocos espermatozoides hallados en el suelo, junto al cuerpo de la niña, también en Tantolunden.

—Y si no está fichado, nos daría lo mismo tener un juego completo de huellas digitales —comentó Kollberg.

—¡Exacto! —replicó Melander.

—Pero hay un testigo —dijo Gunvald Larsson—. El atracador lo vio.

—¡Ojalá pudiéramos fiarnos de eso! —dijo Melander.

—¿Es que no puedes decir nunca nada positivo? —preguntó Kollberg.

Melander no contestó y todos se sumieron en silencio. Oyeron el sonido de los teléfonos en el despacho contiguo. Rönn y alguien más contestaron.

—¿Qué te ha parecido esa chica? —le preguntó Gunvald Larsson de repente.

—Me ha caído bien —respondió Kollberg.

Pero en ese mismo instante se le vino a la cabeza otro asunto del mal agüero. Ya tenía claro a quién le había recordado Lisbeth Hedvig Maria Karlström. No se trataba de su mujer, ni mucho menos. Por su mente cruzó el recuerdo funesto de una persona a quien no había conocido viva, pero que había ocupado sus pensamientos y dominado su vida mucho después de muerta. Sólo la había visto una vez, en el depósito de cadáveres de Motala, un día de verano, tres años atrás.

Se encogió de hombros como para quitarse de encima el malestar. Un cuarto de hora más tarde llegó Martin Beck con el billete del tranvía.

—¿Qué es eso? —preguntó Kollberg.

—Un lete —respondió Martin Beck.

Kollberg contempló el arrugado billete que descansaba encima de la mesa frente a él.

—Un billete de tranvía —le dijo Kollberg—. ¿Y qué? Si quieres que te lo paguen, tienes que llevarlo a la caja.

—Bosse, nuestro testigo de tres años, lo recibió de un señor que Annika y él conocieron en Tantolunden, poco antes de que ella muriera —aclaró Martin Beck.

Melander cerró la puerta del archivador y se acercó a ellos. Kollberg volvió la cabeza y miró fijamente a Martin Beck.

—Poco antes de que ese señor la estrangulara, querrás decir —replicó.

—Puede —dijo Martin Beck—. La cuestión es: ¿qué podemos sacar de este billete?

—Tal vez huellas —sugirió Kollberg—. Tenemos el famoso método de la ninhidrina.

Melander se inclinó hacia delante y examinó el billete, murmurando.

—Quizá, pero hay pocas posibilidades —dijo Martin Beck—. Primero lo tocó el que lo arrancó del bloc. Luego, es verdad que debe de haberlo tocado el individuo que se lo dio al niño, pero el crío lo lleva en el bolsillo desde el lunes, junto con caracoles y vete a saber qué más. Lamentablemente, debo reconocer que yo también lo he tocado. Además, está bastante arrugado y deslavazado. Lo vamos a intentar, desde luego... pero ¡fijaos antes en los agujeros perforados!

—Sí, y a lo he visto —dijo Kollberg—. Está picado a las trece treinta y cuatro, el día doce, el mes no queda claro. Por lo tanto, eso puede significar...

Se calló. Los tres se pararon a pensar qué podría significar. Fue Melander quien rompió el silencio.

—Esta clase de billetes de una corona, del tipo cien, sólo se usan en el centro —dijo—. A lo mejor se puede averiguar cuándo y dónde se vendió. Lleva dos cifras de más.

—Llama a SS —dijo Kollberg.

—Han cambiado el nombre, ahora la empresa municipal de transportes se

llama SL —dijo Melander.

—Ya lo sé. Pero en los botones del uniforme todavía pone SS. Debe de ser que no tienen dinero para hacer otros nuevos, cosa que no me explico, pues cobran una corona por ir de Gamla Stan a Slussen. ¿Cuánto cuesta un botón?

Melander ya estaba entrando en la otra habitación. El billete seguía en la mesa. Sin duda, lo había fotografiado en su memoria, con número de serie y todo. Le oyeron levantar el auricular y marcar un número.

—¿Dijo algo más el crío? —preguntó Kollberg.

Martin Beck negó con la cabeza.

—Nada más. Que estaba con la chica y que conocieron a un señor. Lo de encontrar el billete fue por casualidad.

Kollberg mecía la silla y se mordía la uña del pulgar.

—O sea, tenemos un testigo que, probablemente, no sólo vio al asesino sino que también habló con él. Sólo hay un problema: que es un niño de tres años. De haber sido un poco mayor...

—En tal caso, no hubiera sucedido —le interrumpió Martin Beck—. Por lo menos no allí ni en ese momento. Melander volvió.

—Nos llamarán dentro de un rato —dijo.

La llamada llegó al cabo de un cuarto de hora. Melander escuchaba, tornando apuntes. Luego dio las gracias y colgó.

El billete, efectivamente, había sido adquirido el 12 de junio. Lo vendió un cobrador en el vestíbulo norte de la estación de metro de Rádmansgatan. Para llegar a esa entrada hay que bajar por alguna de las dos bocas situadas en Sveavägen, a la altura de la Escuela Superior de Economía.

Martin Beck conocía muy bien la red del metro de Estocolmo pero, aun así, se acercó al plano de la pared para mirar.

Si la persona que compró el billete en Rádmansgatan estaba de camino a Tantolunden tuvo que hacer trasbordo en T-Centralen, Gamla Stan o Slussen. En ese caso llegaría a la estación de Zinkensdamm. Desde allí al lugar en que apareció la niña muerta hay un paseo de unos cinco minutos. Inició el viaje entre la una y media y las dos menos cuarto, y debió de tardar unos veinte minutos, trasbordo incluido. Por consiguiente, el individuo en cuestión pudo llegar a Tantolunden entre las dos menos cinco y las dos y diez. Según el médico, la niña murió probablemente entre las dos y media y las tres, quizás antes.

—Por lo que respecta al horario, encaja —comentó Martin Beck.

A la vez, Kollberg dijo:

—Las horas encajan, si viajó directo.

—La estación no se encuentra muy lejos de Vanadislundén —comentó Melander despacio, como si hablara consigo mismo.

No —dijo Kollberg—. ¿Pero esto qué significa? Nada. ¿Que hay una persona que viaja en metro a los parques de la ciudad para matar niñas pequeñas? ¿Y por

qué no cogió el autobús 55? Le habría dejado justo en el parque, sin necesidad de andar.

—Y con toda probabilidad le habríamos atrapado —dijo Melander.

—Sí —admitió Kollberg—, en el 55 no viaja mucha gente. Reconocen a los pasajeros.

A veces, Martin Beck deseaba que Kollberg no fuese tan hablador. Por ejemplo, en este preciso instante, mientras cerraba a lametazos el sobre en que había metido el billete. Intentaba atrapar una idea que había cruzado por su mente a toda velocidad. Si Kollberg hubiera estado callado, tal vez incluso lo habría conseguido. Pero ahora el momento había pasado.

Tras enviar el sobre, llamó al laboratorio y pidió que le comunicasen el resultado urgentemente. El hombre que se puso al teléfono se llamaba Hjelm. Martin Beck lo conocía desde hacía muchos años. Parecía estresado y de mal humor, y se preguntó si los señoritos de Kungsholmsgatan y de Västberga allá se hacían una idea de la cantidad de tareas que tenía encima. Martin Beck respondió que comprendía que tal sobrecarga de trabajo resultara inhumana, y que de buena gana se habría acercado a echar una mano, de haber tenido la cualificación necesaria para una labor tan exigente. Hjelm murmuró algo entre dientes, y prometió que enseguida empezarían con el billete.

Kollberg se marchó a comer y Melander cerró la puerta tras de sí y sus montones de papeles. Antes de irse, dijo:

—Tenemos el nombre de la cobradora que vendió el billete en Rådmansgatan. ¿Me encargo de que alguien vaya a hablar con ella?

—Sí, claro —contestó Martin Beck.

Se sentó a la mesa, hojeó sus papeles e intentó reflexionar. Se sentía irritado y nervioso, y lo atribuyó al cansancio. En un momento dado, se asomó Rönn, que lo miró y luego desapareció sin pronunciar palabra. El resto del tiempo le dejaron en paz. Incluso el teléfono, durante un buen rato. Pero justo cuando empezó a temer quedarse dormido sobre el escritorio, cosa que nunca había sucedido, sonó el receptor. Antes de levantar el auricular, miró el reloj: las dos y veinte. Viernes todavía. ¡Bravo, Hjelm!

No era Hjelm. Era Ingrid Oskarsson.

—Perdone que le moleste —se la oyó—. Debe de estar usted muy ocupado.

Martin Beck masculló una respuesta. Él mismo advirtió que no transmitía precisamente sensación de entusiasmo.

—Como me dijo usted que le llamara... Quizá no tenga importancia, pero pensé que sería mejor contárselo.

—Sí, claro, discúlpeme, no la había reconocido —respondió Martin Beck—. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, es que de repente Lena recordó algo que dijo Bosse en el parque, el lunes.

« Cuando ocurrió aquello... » .

—¿Sí? ¿Y...?

—Según ella, Bosse dijo que había visto a su tato.

—¿Tato? —le preguntó sorprendido.

Y pensó: « ¿Hay tatos? » .

—Sí, a principios de año Bosse pasaba casi todo el día en casa de una niñera. Casi no hay guarderías, y yo no sabía qué hacer con él mientras estaba en el trabajo. Así que puse un anuncio y encontré a una señora de Timmermansgatan, que lo cuidaba.

—Pero usted ha dicho « tato » , ¿o he entendido mal?

—No, no. Me refiero al marido de la señora que lo cuidaba. Bueno, por el día él no estaba en casa, pero a menudo volvía pronto, así que Bosse lo veía casi todos los días. Y empezó a llamarle su tato.

—¿Y Bosse le dijo a Lena que lo vio en Tantolunden el lunes?

Martin Beck sintió como el cansancio se esfumaba, se arrimó el cuaderno y buscó un bolígrafo en su bolsillo.

—Sí, eso es —confirmó la señora Oskarsson.

—¿Quedó claro si fue antes o después del rato en que estuvo desaparecido?

—Lena está segura de que no lo dijo hasta después. Por eso pensé que sería mejor contárselo. Sin duda no tendrá relación... ¡aquel hombre parecía tan bueno, tan simpático! Pero si Bosse lo vio... a lo mejor él oyó o vio algo.

Martin Beck acercó el bolígrafo al bloc de notas.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Eskil Engström. Es camionero, creo. Viven en Timmermansgatan. Se me ha olvidado el número, espere un momento y lo buscaré.

Volvió al cabo de un par de minutos, con la dirección y el número de teléfono.

—¡Parecía un hombre tan simpático! Yo lo veía a menudo, cuando pasaba a recoger a Bosse.

—¿Ha vuelto a hablar sobre ese encuentro con su tato? —preguntó Martin Beck.

—No. Y mira que lo hemos intentado... Pero parece que ya se le ha olvidado.

—¿Qué aspecto tiene este hombre?

—Pues es difícil de decir. Agradable. Un poco desaliñado, quizá. Pero esto seguramente se debe al tipo de trabajo que realiza. Tendrá unos cuarenta y cinco o cincuenta años, poco pelo, aspecto normal.

Se hizo el silencio durante un rato, mientras Martin Beck apuntaba. Luego dijo:

—Señora Oskarsson, si la he entendido bien, usted ya no lleva a Bosse con esa niñera.

—No. Ellos no tienen hijos, así que Bosse se aburría. Nos prometieron una plaza en una guardería, pero al final le tocó al hijo de una enfermera. En esta zona tienen preferencia.

—¿Y dónde pasa el día ahora?

—En casa. Tuve que dejar mi trabajo.

—¿Hasta cuándo fue Bosse a casa de los Engström?

Ella meditó la respuesta durante un rato. Luego dijo:

—Hasta la primera semana de abril. Aquella semana libré. Luego, cuando iba a volver al trabajo, me encontré sin plaza en la guardería. Y la señora Engström había cogido ya a otro niño...

—¿Y a Bosse le gustaba estar con ella?

—Bueno... así, así. Creo que le gustaba más estar con el tato, o sea, con el señor Engström. Dígame, señor comisario, ¿cree usted que fue él quien le dio el billete a Bosse?

—No lo sé —dijo Martin Beck—. Pero intentaré averiguarlo.

—Quiero ayudar en lo que pueda. Pero esta noche nos vamos. ¿Usted ya lo sabía, señor comisario?

—Sí, ya lo sé. Buen viaje. Saludos a Bosse.

Martin Beck colgó, reflexionó un instante, levantó de nuevo el auricular y marcó el número de la brigada antivicio.

Mientras esperaba la información solicitada, se acercó una de las carpetas colocadas sobre la mesa y buscó la transcripción del interrogatorio nocturno de Rolf Evert Lundgren. Luego leyó despacio el pasaje que contenía la parca descripción dada por éste del individuo al que había visto en Vanadislunden. La descripción que la señora Oskarsson había ofrecido del tal Engström era todavía menos detallada, pero aun así dejaba abierta la posibilidad de que se tratara de la misma persona.

No había ningún Eskil Engström en el registro de la brigada antivicio.

Martin Beck cerró la carpeta y entró en el despacho contiguo.

Gunvald Larsson estaba sentado en su mesa, mirando fijamente a través de la ventana con gesto concentrado mientras se hurgaba los dientes con el abrecartas.

—¿Dónde está Lennart? —preguntó Martin Beck.

Gunvald Larsson interrumpió de mala gana sus pesquisas dentales y secó el abrecartas con la manga de la americana.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —preguntó.

—¿Y Melander?

Gunvald Larsson dejó el abrecartas en el portaplumas y se encogió de hombros.

—Probablemente en el váter. ¿Qué querías?

—Nada. ¿Qué estás haciendo?

Gunvald Larsson no respondió de manera inmediata. Sólo cuando Martin

Beck se encaminaba ya hacia la puerta dijo:

—¡Hay que joderse! ¡La gente está pirada!

—¿Por qué?

—Acabo de hablar con Hjelm. Por cierto, quería comentar algo contigo. Resulta que uno de los compis del distrito de María se encontró unas bragas en un arbusto de la ribera de Hornstull. Sin avisarnos, las dejó en el laboratorio diciendo que podía tratarse de la ropa interior del cadáver de Tantolunden. Y entonces los técnicos del laboratorio alucinan, porque les pasan unas bragas rosas, ¡figúrate: de la talla 44!, que le vendrían grandes hasta a Kollberg, y se preguntan que de qué coño va esto... La pregunta, desde luego, es tan legítima como cualquier otra. ¿Se puede alcanzar mayor grado de gilipollez dentro de la policía?

—Yo también me he hecho esa pregunta alguna que otra vez —replicó Martin Beck—. ¿Qué más dijo?

—¿Quién?

—Hjelm.

—Que le llamas en cuanto terminaras con el teléfono.

Martin Beck volvió a su escritorio provisional y llamó al Laboratorio Nacional de Investigación Forense.

—¡Ah, sí, tu billete! —dijo Hjelm—. No se pueden sacar huellas útiles, el papel está demasiado manoseado.

—Vale —dijo Martin Beck—. Ya me lo temía.

—Aún no hemos terminado. Luego te mando un informe, como siempre. Oye, otra cosa: hemos encontrado un poco de fibra de algodón azul, probablemente de un forro de bolsillo.

Martin Beck recordó la pequeña cazadora azul que Bosse sostenía en sus manos. Dio las gracias y colgó. Luego pidió un coche y se puso la americana. Era viernes y había comenzado ya la gran operación salida, aunque todavía era pronto. El flujo del tráfico cruzaba los puentes despacio, y pese a que el taxista conducía con habilidad y astucia, tardaron casi media hora en llegar a Timmermansgatan.

El edificio, viejo y mal conservado, estaba situado en las inmediaciones de la Estación Sur. La entrada era oscura y fría. En la planta baja sólo había dos puertas. Una de ellas, abierta, daba a un patio empedrado, donde se veían unos cubos de basura y un sacudidor de alfombras. En la otra puerta, Martin Beck leyó con dificultad el nombre *Engström*, escrito en un sucio letrero de latón amarillo. Faltaba el botón del timbre, así que llamó golpeando con fuerza el cristal de la puerta.

Abrió una mujer de unos cincuenta años, baja y delgada, que llevaba un vestido marrón de lana y zapatillas de pana floreadas. Miró a Martin Beck con aire inquisitivo, los ojos entornados a través de unas gafas de cristales llamativamente gruesos.

—¿La señora Engström?

—Sí —contestó con una voz que le pareció demasiado áspera para proceder de una mujer tan frágil.

—¿Se encuentra en casa el señor Engström?

—No —dijo tras vacilar un momento—. ¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar con usted. Conozco a uno de los niños que cuida.

—¿Cuál? —preguntó con desconfianza.

—Bo Oskarsson. La madre me dio su dirección. ¿Puedo entrar?

La mujer le abrió la puerta y, tras atravesar el pequeño recibidor y pasar junto a la puerta de la cocina, entró en la única estancia del domicilio. Al otro lado de la ventana se veían los cubos de basura y el sacudidor de alfombras. Un sofá cama repleto de cojines de colores dominaba la habitación, pobremente amueblada. Martín Beck no descubrió nada que indicase la presencia habitual de niños.

—Perdone —dijo la mujer—, pero ¿de qué se trata? ¿Qué pasa con Bosse?

—Soy policía. Sólo es un asunto de rutina. No tiene por qué preocuparse. Y Bosse está perfectamente.

En un primer momento, la mujer parecía algo asustada. Luego fue cobrando valor.

—¿Por qué me iba a preocupar? No tengo miedo de la policía. ¿Se trata de Eskil?

Martin Beck sonrió.

—Sí, señora Engström, en realidad he venido para hablar con su marido. Por cierto, tengo entendido que vio a Bosse el otro día.

—¿Eskil?

Miró consternada a Martin Beck.

—Sí. ¿Sabe cuándo llega a casa?

Ella contempló a Martin Beck con sus ojos azules, redondos, que a través de los gruesos cristales adquirirían un tamaño anormal.

—Pero... ¡pero si Eskil está muerto! —dijo.

Martin Beck le devolvió una mirada de pasmo. Pasaron unos segundos hasta que pudo recuperar el control y logró decir:

—Lo siento, no lo sabía. Lo lamento, de verdad. ¿Cuándo ocurrió?

—El 13 de abril de este año. Un accidente de coche. El médico dijo que no tuvo tiempo de darse cuenta de nada.

La mujer se acercó a la ventana y se puso a mirar el patio sombrío. Martin Beck contemplaba su espalda flaca bajo el vestido, excesivamente grande.

—Lo siento de veras, señora Engström.

—Iba en el camión, camino de Södertälje. Era lunes. —Luego se volvió y añadió con voz más firme—: Eskil fue camionero durante treinta y dos años y jamás cometió una sola infracción. Lo que pasó no fue culpa suya.

—Lo entiendo —dijo Martin Beck—. Siento mucho haberla molestado. Debe de haberse producido una confusión.

—Y los golfos que lo atropellaron se fueron casi de vacío —lamentó—. ¡Y eso que conducían un coche robado!

Movía la cabeza en señal de asentimiento, con mirada ausente. Fue hasta el sofá y movió los cojines al azar.

—Ahora mismo me voy —dijo Martin Beck.

De repente fue presa de una fuerte sensación de claustrofobia. Deseó sobre todo abandonar aquella habitación sombría, con la pequeña mujer triste. Pero pudo controlarse y dijo:

—Señora Engström, si no tiene nada en contra, antes de irme quisiera ver un retrato de su marido.

—No guardo ninguna foto de Eskil.

—Pero sin duda tendrá un pasaporte. ¿O el carné de conducir?

—Nunca fuimos a ningún sitio, así que no tenía pasaporte. Y el carné es antiguo.

—¿Podría verlo? —le rogó Martin Beck.

Ella abrió un cajón y sacó un carné.

Estaba expedido a nombre de Eskil Johan Albert Engström, en el año 1935. La foto representaba a un hombre joven con pelo ondulado claro, nariz prominente y una boca pequeña, de labios finos.

—Éste no es el aspecto que tenía —dijo la mujer.

—Entonces, ¿cómo era? ¿Le podría describir?

La pregunta no pareció sorprenderla en absoluto.

—No era tan alto como usted —se apresuró a contestar—, pero bastante más que yo. Uno setenta y dos, creo. Y bastante delgado. Tenía poco pelo, un poco canoso. Por lo demás no sé qué decir. Su aspecto era agradable, por lo menos para mí. Quizá no fuera muy guapo, con su nariz grande y su boca pequeña. Pero resultaba entrañable.

—Gracias, señora Engström —dijo Martin Beck—. Ya no la molestaré más.

Lo acompañó a la puerta y no echó el cerrojo hasta que el portal no se cerró tras Martin Beck, ya en la calle.

Éste inspiró profundamente y avanzó en dirección norte, con pasos largos y apresurados. Echaba de menos su despacho.

• • • • •

Sobre él halló dos parcos mensajes.

El primero era de Melander: « La cobradora que vendió el billete se llama Gunda Persson. No se acuerda de nada. No tiene tiempo para mirar las caras de los viajeros, dice» .

El otro era de Hammar: « Ven enseguida. Importante» .

Gunvald Larsson permanecía junto a la ventana observando a seis operarios en la calle, que a su vez observaban a un séptimo, apoyado en una pala.

—Esto me recuerda una historia —dijo—. Durante la mili, estábamos fondeados en Kalmar con un dragaminas. Yo estoy en la cabina de mando junto al segundo de a bordo, y el vigía viene y me dice: « Mi teniente, hay un hombre muerto en el muelle ». « Chorradas », dije. « No, mi teniente —insiste—, en el muelle hay un muerto, de pie ». « ¡No hay muertos de pie en los muelles! », digo. « ¡A ver si te espabilas un poco, Johansson! ». « Pero, mi teniente —repite—, ¡tiene que estar muerto! Le he estado vigilando todo el tiempo y lleva horas sin moverse... ». Entonces el segundo de a bordo va, se levanta, se asoma por la portilla y dice: « ¡Bah, es sólo un operario municipal! ».

El obrero de la calle dejó caer la pala y se fue, con los demás. Eran las cinco y seguía siendo viernes.

—¡Vaya organización! —dijo Gunvald Larsson—. Todo el tiempo de pie, mirando.

—¿Y tú qué haces? —preguntó Melander.

—Pues aquí de pie, mirando. Y si el jefe local de la policía tuviera su despacho enfrente, sin duda se pondría delante de su ventana a mirarme a mí. Y si el jefe nacional de la policía estuviera aquí, en la planta de arriba, miraría al jefe local. Y si el ministro del interior...

—Anda, calla y coge el teléfono —interrumpió Melander.

Martin Beck acababa de entrar en el despacho. Se quedó junto a la puerta, observando pensativo a Gunvald Larsson, que en ese momento decía:

—¿Y qué quieres que haga? ¿Enviar el furgón de los perros? —Colgó de un golpe, miró fijamente a Martin Beck y dijo—: ¿Qué te pasa?

—Acabas de decir algo que me ha hecho pensar en...

—¿El furgón de los perros?

—No, algo que dijiste justo antes.

—¿Y en qué te hizo pensar?

—No lo sé. Hay una idea que me ronda la cabeza, pero no logro atraparla...

—Pues no eres el único —dijo Gunvald Larsson.

Martin Beck se encogió de hombros.

—Esta noche va a haber redada —comentó—. Acabo de hablar con Hammar.

—¿Redada? Pero si todo el mundo está hecho polvo —protestó Gunvald Larsson—. ¿Cómo estaremos mañana?

—No creo que vaya a servir de mucho —dijo Melander—. ¿De quién es la idea?

—No lo sé. A Hammar tampoco se le veía muy entusiasmado.

—¿Y quién está entusiasmado últimamente? —le replicó Gunvald Larsson.

Martin Beck no tenía nada que ver con esta decisión. De haber podido, probablemente se habría opuesto. Sospechaba que el motivo era la falta de rumbo en las investigaciones y una cierta sensación general de que había que hacer algo. La situación era, sin duda, muy grave. La prensa y la televisión calentaban los ánimos de la gente con sus vagas informaciones sobre la investigación, e ideas como que «la policía no hacía nada» o «se mostraba impotente» comenzaban a extenderse cada vez más. Por lo pronto, los efectivos dedicados directamente al caso ascendían a setenta y cinco personas, sometidas a una enorme presión externa. La afluencia de llamadas con información ciudadana aumentaba de hora en hora, y todas debían contrastarse, si bien la mayor parte de las informaciones podían descartarse en un primer escrutinio como completamente inútiles. Y a todo esto se añadía la presión interna, la conciencia de que no solamente había que detener al asesino, sino además hacerlo cuanto antes. La investigación se había convertido en una macabra contrarreloj con la muerte, y los puntos de apoyo seguros eran muy pocos: una vaga descripción, basada en los testimonios de un niño de tres años y de un brutal atracador. Un billete de metro. Una idea general sobre la psicología del individuo que buscaban. Todo muy volátil. Y muy inquietante.

—Esto no es una investigación, es un concurso de adivinanzas —había dicho Hammar con referencia al billete de metro.

Bien es cierto que se trataba de una de sus frases favoritas. Martin Beck la había oído ya muchas veces. Pero tenía que reconocer que, por el momento, constituía una descripción bastante adecuada de la situación.

Naturalmente, podía ocurrir que una redada gigantesca arrojase alguna pista, pero esa posibilidad parecía lejana. La última redada, en fecha tan reciente como la noche del miércoles, había fracasado en su propósito principal: detener al atracador del parque. Por el contrario, se saldó con el arresto de una treintena de delincuentes de diferentes categorías, en su mayoría camellos y ladrones, lo cual vino a aumentar más aún la carga de trabajo policial y, por lo demás, hizo cundir el pánico entre el mundo del hampa.

La redada de esta noche supondría que muchos, mañana, estarían agotados. Y mañana, quizás...

En cualquier caso, tenía que haber redada. Y la hubo. Comenzó hacia las once, y la noticia se difundió a la velocidad del rayo por casas abandonadas y antros de drogadictos. El resultado no fue lo que se dice espectacular. Ladrones, peristas, proxenetas y prostitutas, todos lograron ponerse a buen recaudo, así como la mayoría de los drogadictos. Pasaron las horas y la operación siguió con la misma intensidad. Un ladrón fue detenido in fraganti, como también un perista, que no tuvo instinto de supervivencia suficiente para ponerse a salvo. En realidad, lo único que se consiguió fue remover un poco el fango más profundo, entre los sin techo, los alcohólicos, los drogadictos, los absolutamente desesperados, todos aquellos que carecían incluso de fuerza para alejarse a rastras cuando la sociedad del bienestar se decidía a remover la losa. Apareció una colegiala de catorce años desnuda en un desván. Había ingerido cincuenta pastillas de preludina y la habían violado unas veinte veces. Pero cuando se presentó la policía estaba sola. Con manchas de sangre, sucia y molida a golpes. Conservaba el habla, contó más o menos lo sucedido y dijo que todo le daba igual. Ni siquiera pudieron encontrar su ropa, así que tuvieron que envolverla en un viejo edredón. Dio una dirección, la condujeron hasta allí y una persona que afirmó ser su madre declaró que llevaba tres días desaparecida y se negó a dejarla entrar. Sólo cuando la chica acabó por desplomarse sobre la escalera se les ocurrió llamar a una ambulancia. Hubo más casos por el estilo.

A las cuatro y media de la madrugada, Martin Beck y Kollberg estaban sentados en un coche en Skeppsbron.

—Hay algo en Gunvald... —dijo Martin Beck.

—Sí, que es idiota —replicó Kollberg.

—No, es algo distinto. Pero no logro descubrir qué.

—¿No? —dijo Kollberg bostezando.

En ese instante llegó una alarma por radio.

—Soy Hansson, del quinto. Estarnos en Västmannagatan. Hemos encontrado un cadáver aquí. Y...

—¿Sí?

—Se ajusta a la descripción.

Fueron hasta allí. Había un par de coches patrulla aparcados junto a un edificio pendiente de derribo. El muerto yacía de espaldas, en una habitación de la tercera planta. Parecía raro que hubiese sido capaz de subir hasta allí por su propio pie, pues el edificio estaba a medio derribar y faltaba la mayor parte de la escalera. Subieron por una escalerilla de metal ligero colocada por la policía. El hombre, de unos treinta y cinco años, tenía un perfil muy pronunciado. Llevaba una camisa azul celeste, pantalones de color marrón oscuro y zapatos negros, gastados. Iba sin calcetines. Tenía el pelo ralo, peinado hacia atrás. Lo observaron. Alguien reprimió un bostezo.

—Lo único que podemos hacer es acordonar y esperar a que vengan los

técnicos forenses —dijo Kollberg.

—Bueno, no creo que merezca la pena esperar —comentó Hansson, un agente muy curtido en estas lides—. Asfixiado por los vómitos. Está más claro que el agua.

—Sí —dijo Martin Beck—. Eso parece. ¿Cuánto tiempo creéis que lleva muerto?

—No mucho —dijo Kollberg.

—No —asintió Hansson—. Con este calor...

Una hora más tarde, Martin Beck se marchó a casa y Kollberg a Kungsholmsgatan.

Intercambiaron unas palabras antes de despedirse.

—La verdad es que la descripción coincide.

—Coincide con demasiada gente —le comentó Martin Beck.

—Pero además es el barrio correcto. Porque lo sitúas en Vasastaden o en la parte superior de Norrmalm, ¿no?

—Primero hay que averiguar quién es.

.....

Eran las seis y media cuando Martin Beck llegó a su casa en Bagarmossen. Al parecer, su mujer acababa de despertarse. De todos modos, estaba despierta pero permanecía en la cama. Lo observó con mirada crítica.

—¡Vaya pinta que tienes! —exclamó.

—¿Por qué no llevas camisión?

—Hace tanto calor... ¿Te molesta?

—No, qué va.

Sentía que tenía la cara sin afeitar y estaba desaliñado, pero se encontraba demasiado cansado como para intentar remediarlo. Se quitó la ropa y se puso el pijama. Se acostó.

Pensó: «¡Maldita idea, lo de la cama de matrimonio! En cuanto cobre, compro un diván y lo pongo en la otra habitación».

—¿Te estoy excitando? —preguntó ella con tono sarcástico. Pero, para entonces, él ya dormía.

.....

A las once de la mañana estaba ya de vuelta en Kungsholmsgatan, con ojeras, pero recién duchado y casi como nuevo. Kollberg seguía todavía al pie del cañón. En cuanto al cadáver de Västmannagatan, aún no había sido identificado.

—Ni un papel en los bolsillos, ¡ni siquiera un billete de tranvía!

—¿Qué dice el forense?

—Asfixiado por los vómitos. Eso ha quedado perfectamente claro. Cree que se trata de alcohol de motor. Anticongelante. Había un bidón vacío por allí.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Todo lo más, veinticuatro horas.

Permanecieron callados durante un rato.

—No creo que sea él —dijo Kollberg finalmente.

—Yo tampoco.

—Pero nunca se sabe...

—No.

Dos horas más tarde, llevaron al atracador a que viera al muerto.

—¡Joder, qué asco! —exclamó. Y poco después añadió—: No, éste no es el que yo vi. A éste no lo he visto en mi vida.

Luego empezó a sentirse indispuerto.

« ¡Un tipo duro de verdad! », pensó Rönn, que estaba esposado a él y no tuvo más remedio que acompañarle al baño. Pero sin decir nada, se limitó a coger una toallita de papel y secarle la boca y la frente al atracador.

En el centro de operaciones, Kollberg dijo:

—Aun así, no podemos estar seguros del todo.

—No —asintió Martin Beck.

Eran las ocho menos cuarto de la tarde del sábado cuando llamó la mujer de Kollberg.

—Sí, Kollberg —contestó éste.

—¿Qué coño pasa, Lennart? Llevas sin venir por casa desde ayer por la mañana.

—Ya lo sé.

—No quiero dar la lata, pero la verdad es que lo paso muy mal aquí sola.

—Sí, ya.

—¡Compréndelo! No es que esté enfadada... Tampoco quiero ponerme pesada, pero... me siento tan sola. Además, tengo un poco de miedo.

—Entiendo. Vale, ahora voy.

—No, no quiero que vengas por mí, si tienes cosas que hacer. Sólo quería hablar contigo un rato.

—Que sí. Que ahora voy. Enseguida.

Hubo una breve pausa. Luego ella dijo de manera inesperadamente suave:

—¿Lennart?

—¿Sí?

—Te acabo de ver en la tele. Parecías cansado.

—Estoy cansado. Ahora voy a casa. Hasta pronto.

—Hasta ahora, cariño.

Kollberg dijo unas palabras a Martin Beck y bajó directamente al coche.

Vivía hacia el sur, al igual que Martin Beck y Gunvald Larsson, pero en una zona algo más céntrica. En Palandergatan, cerca de la estación de metro de Skármárbrink. Cruzó la ciudad en línea recta, pero al llegar al Slussen giró a la derecha y enfiló Hornsgatan en vez de seguir derecho hacia el sur. No le resultó especialmente difícil analizar su propia conducta.

Ya no había vida privada, ni tiempo libre, ni lugar para la reflexión sobre otra cosa que no fuera el trabajo y las responsabilidades. Mientras el asesino continuara suelto, mientras hubiera luz, mientras quedara un solo parque con un solo niño jugando en él, no habría espacio para nada ajeno a la investigación.

O mejor dicho, la caza. Porque una investigación policial presupone la

existencia de algún material con el que trabajar. Y, a estas alturas, los pocos datos disponibles habían sido ya exprimidos hasta la saciedad por la maquinaria policial.

Pensó en las conclusiones del análisis psicológico, en el asesino como un hombre carente de atributos o rasgos característicos, en el hecho de que el único objetivo era atraparle antes de que volviese a matar. « Para lograrlo hace falta suerte », había dicho uno de los reporteros al final de la rueda de prensa, la noche pasada. Kollberg sabía que aquel razonamiento era erróneo. También sabía que, cuando cogieran al asesino —y tarde o temprano lo harían, no le cabía duda— parecería como si se tratara de un golpe de suerte, y muchos lo verían como una casualidad. Pero a la suerte había que ayudarla, tejiendo una red de casualidades que, finalmente, acabara por atrapar al criminal en una malla lo más tupida posible. Y ése era un cometido que le correspondía a él. Y a cualquier otro policía. Pero no, desde luego, a nadie de fuera.

Ésa era la razón por la que Kollberg no se fue directamente a casa, como había sido su intención durante todo el tiempo. En lugar de ello, condujo despacio a lo largo de Hornsgatan, en dirección oeste.

Kollberg era un individuo sistemático y consideraba que asumir riesgos no convenía al trabajo policial. Pensaba, por ejemplo, que Gunvald Larsson había cometido un grave error al forzar a golpes la entrada en la vivienda del atracador, por más que la puerta estuviera vieja y destartada. ¿Y si no hubiese cedido al primer intento? Derribar una puerta significa asumir un riesgo y, por tanto, algo que él desaprobaba por principio. En este punto, podía suceder incluso que él y Martin Beck llegaran a tener opiniones divergentes.

Dio una vuelta por Mariatorget estudiando con detenimiento los grupos de jóvenes concentrados entre los arriates y el quiosco. Sabía que éste era el lugar en que los colegiales y otros jóvenes se encontraban con los pequeños traficantes del negocio de la droga. Por aquí pasaban a diario cantidades considerables de hachís, marihuana, preludina y LSD, todo a escondidas, de la mano del proveedor a la del comprador. Y los clientes eran cada vez más jóvenes. Pronto se convertirían en consumidores habituales. El día anterior, sin ir más lejos, había oído que ofrecían jeringuillas a colegiales de diez u once años. Y la policía no podía hacer mucho para remediarlo. Simplemente, carecían de recursos suficientes. Por si esto fuera poco, los medios de comunicación del país proclamaban una y otra vez esta circunstancia, alimentando la prepotencia y la sensación de impunidad de los que intervenían en el trapicheo. Por lo demás, él se permitía dudar de que este problema fuera competencia de la policía. El consumo de drogas entre los jóvenes tenía su origen en una filosofía devastadora, provocada por el estado de cosas imperante. Por ello, correspondía también a la sociedad ofrecer algún tipo de respuesta adecuada, que no podía basarse en la autocomplacencia ni en el incremento de los efectivos policiales.

De la misma manera, dudaba que fuese correcto machacar con sables y porras a los manifestantes congregados en Hötorget o ante el US Trade Center, aunque entendía perfectamente a los colegas que se veían más o menos obligados a hacerlo.

En todas estas cosas iba pensando el subinspector primero de la policía criminal Lennart Kollberg, mientras descendía Rosenlundsgatan y Sköldgatan, pasando junto al minigolf de Tantogården. Aparcó el coche y se fue andando por una de las sendas que conducían hasta las plantaciones.

Empezaba a oscurecer y en el parque apenas había gente. Pero naturalmente todavía quedaban algunos niños. A fin de cuentas, no se podía contar con que la gente fuera a encerrar en casa a todos los niños en una ciudad de más de un millón de habitantes porque anduviera suelto un asesino. Kollberg se plantó junto a uno de los escasos matorrales y apoyó el pie derecho sobre un tocón. Desde aquel lugar podía divisar toda la zona, incluido el sitio donde apareció la niña muerta, cinco días atrás.

No era consciente de que una razón especial le hubiera traído hasta este lugar. Quizá se debía a que se trataba del mayor parque de la ciudad, y que le pillaba camino de casa. En la distancia observó a unos niños, ya bastante crecidos, tal vez en los primeros años de la adolescencia. Permaneció quieto, esperando. Esperando no sabía muy bien qué, a lo mejor a que los niños se marchasen a casa. Estaba muy cansado. De vez en cuando se le nublaba la vista.

Kollberg no iba armado. Pese al incremento de la mentalidad criminal y a la creciente brutalidad de los crímenes, seguía siendo partidario de desarmar a la policía. En los últimos tiempos, sólo llevaba pistola en casos de extrema urgencia, e incluso entonces, únicamente si recibía una orden expresa.

Un convoy de recogida de basuras pasó por encima del alto terraplén, despario y con gran estrépito, y sólo cuando el traqueteo de las vías se debilitó y el ruido comenzó a desvanecerse, Kollberg pudo advertir que no estaba solo en aquel matorral. Acto seguido se halló tumbado boca abajo en la hierba empapada de rocío. Sentía sabor a sangre en la boca y sabía que alguien le había golpeado en la nuca, muy fuerte, probablemente con algún tipo de arma.

La persona que golpeó a Kollberg había cometido un gran error. No era la primera vez que se cometían errores semejantes. Y unas cuantas personas habían pagado por ellos. Esta vez, por lo demás, el individuo en cuestión volcó todo su cuerpo en el golpe, perdiendo el equilibrio. Kollberg tardó menos de dos segundos en volverse y abatir a su agresor. Era un hombre corpulento, que se vino al suelo pesadamente. Pero Kollberg no tuvo tiempo de fijarse en él mucho más, pues descubrió a otro que, con cara de asombro, se llevaba la mano al bolsillo. Aún conservaba su gesto de sorpresa cuando Kollberg, todavía con la rodilla hincada en el suelo, le tomó del brazo y se lo retorció.

El agarrón hubiera podido dislocarle el brazo, quizás incluso romperselo, pero

Kollberg se detuvo en mitad del movimiento, contentándose con arrojar al hombre de espaldas contra el matorral.

El que le había golpeado yacía en el suelo, frunciendo el ceño en una mueca de dolor, mientras se masajeaba el hombro derecho con la mano izquierda. La porra de goma se le había caído de la mano. Como queda dicho, se trataba de un hombre corpulento, sin duda varios años más joven que el propio Kollberg. Llevaba un chándal azul. El otro salió gateando del matorral. Era mayor, de menor estatura y vestía una americana de pana y pantalones de *sport*. Los dos calzaban zapatillas blancas con suelas de goma. Parecían dos navegantes domingueros.

—¡Qué coño es esto! —exclamó Kollberg.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre del chándal.

—Policía —replicó Kollberg.

—¡Ah! —dijo el bajito.

De nuevo en pie, limpiaba atribulado sus pantalones claros.

—Entonces, supongo que le debemos una disculpa —dijo el primero—. Buena llave ésa, ¿dónde la ha aprendido?

Kollberg no contestó. Acababa de descubrir un objeto plano en el suelo y lo cogió. Vio enseguida de qué se trataba. Una pequeña pistola negra, marca Astra, de fabricación española. Kollberg la sopesó con la mano mientras observaba, desconfiado, a los dos hombres.

—¿De qué coño va esto? —dijo.

El alto se levantó y se sacudió.

—Le pedimos disculpas —reiteró—. Como usted se hallaba aquí escondido observando a los niños... ya sabe, el asesino...

—¿Y...? Siga.

—Vivimos por aquí —dijo el más pequeño, señalando los bloques de apartamentos al otro lado del ferrocarril.

—¿Y?

—Tenemos hijos y conocemos a los padres de la niña asesinada el otro día.

—Y queríamos ayudar...

—¿Ah, sí?

—Hemos formado un cuerpo de protección voluntario para vigilar el parque.

—¿Han hecho qué?

—Hemos formado una patrulla de voluntarios... Kollberg fue presa de un furor repentino.

—¡Pero qué coño está diciendo! —rugió.

—No nos grite —dijo el hombre de más edad, acalorado—. No somos unos borrachos, ¡eh!, para que usted nos pisotee y maltrate en un arresto. Somos gente honrada que sentimos que tenemos una responsabilidad. Debemos protegernos, y proteger a nuestros hijos...

Kollberg volvió la cabeza y se le quedó mirando fijamente. Luego abrió la boca para gritar, pero se controló con mucho esfuerzo y preguntó de manera bastante sosegada:

—¿Esta pistola es suya?

—Sí.

—¿Tiene licencia?

—No. La compré en Barcelona hace muchos años. Normalmente, la tengo encerrada bajo llave.

—¿Normalmente?

El furgón blanquinegro de la policía del distrito de María entró en el parque con los faros encendidos. Ya casi había anochecido. Bajaron dos agentes uniformados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó uno de ellos. Pero acto seguido reconoció a Kollberg y repitió, variando levemente el tono de voz: ¿Qué pasa aquí?

—Llévate a estos dos —ordenó Kollberg en un tono inexpressivo.

—¡No he pisado una comisaría en mi vida! —protestó el de más edad.

—¡Yo tampoco! —dijo el del chándal.

—Pues ya va siendo hora —replicó Kollberg. Miró a los dos agentes y añadió —: Ahora voy.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

• • • • •

En la comisaría de María, en Rosenlundsgatan, los borrachos formaban cola.

—¿Qué hago con estos dos ingenieros? —preguntó el policía de guardia.

—Regístrelos bien y méталos en una celda —dijo Kollberg—. Dentro de un rato me los llevaré a la policía criminal.

—¡Se va a arrepentir de esto! —exclamó el hombre del chándal—. ¿Sabe quién soy?

—No —dijo Kollberg.

Entró en la sala de guardia para hacer una llamada. Mientras marcaba el número de su casa, contempló melancólicamente la anticuada decoración. Durante un tiempo había trabajado allí, como agente de patrulla. Le pareció algo muy lejano, pero ya entonces se trataba de uno de los distritos más castigados por el alcoholismo. Ahora, en la zona vivía más gente de clase alta —en los denominados «bunkeres para capitalistas», edificios muy malos, con alquileres de escándalo—, pero el distrito ocupaba todavía un firme tercer puesto en la estadística de detenciones por embriaguez, tras los barrios de Klara y Katarina.

—Kollberg —contestó su mujer.

—Voy a llegar un poco tarde —dijo él.

—Pareces raro. ¿Pasa algo?

—Sí —replicó—. Pasa de todo.

Colgó y se quedó sentado un rato, sin moverse. Luego llamó a Martin Beck.

—Me han derribado de un golpe por la espalda en Tantolunden, hace un rato. Dos ingenieros armados. Resulta que por aquí han formado una patrulla vecinal.

—No sólo allí —dijo Martin Beck—. Hace una hora molieron a golpes a un jubilado en Hagaparken. Estaba meando. Me acabo de enterar.

—¡Esto se va a la mierda!

—Sí —dijo Martin Beck —¿Dónde estás ahora?

—Sigo en el segundo distrito. Estoy en una de las salas.

—¿Qué has hecho con esos dos?

—Están arrestados, aquí abajo.

—Tráelos.

—Vale.

Kollberg bajó al pasillo de las celdas. Muchos de los calabozos estaban ya ocupados. El hombre del chándal, puesto en pie, miraba entre las rejas de acero. En la celda de al lado había un hombre alto y delgado de unos treinta y cinco años, sentado con las rodillas abrazadas mientras cantaba melancólica y sonoramente:

—*My pocketbook is empty, my heart is full of pain...* —El cantarín echó una mirada a Kollberg y dijo: *Hi, marshal, where is your six-shooter?*

—*Haven't got one* —respondió Kollberg.

—Joder, esto es como una maldita película del oeste —le dijo el guardia.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Kollberg.

—Nada —contestó el hombre.

—Es verdad —reconoció el guardia—. Ahora mismo vamos a soltarlo. Nos lo trajeron unos policías de la marina. Cinco de ellos, nada menos. Había irritado a algún maldito contraamaestre de la guardia de Skeppsholmen. ¡Y van y nos lo traen aquí! ¡Los muy gilipollas! Dijeron que no encontraron ninguna comisaría más cerca. Para quitármelos de encima, tuve que meterlo en un calabozo. Como si uno no tuviera suficiente...

Kollberg continuó hasta la siguiente celda.

—Ahora ya ha estado usted en una comisaría —dijo al hombre del chándal —. Y dentro de un rato se va a enterar también de cómo nos lo montamos en la policía criminal.

—Le voy a denunciar por falta en el ejercicio de sus funciones.

—No creo —dijo Kollberg.

Sacó su cuaderno.

—Pero antes de irnos quiero el nombre y la dirección de todos los que forman parte de vuestra organización.

—No somos una organización. Sólo somos unos padres de familia que...

—... que patrullan armados en lugares públicos e intentan golpear a policías —dijo Kollberg—. Rápido, denme los nombres.

Diez minutos más tarde, metió a los dos padres de familia en el asiento de atrás y se los llevó a Kungsholmsgatan, subió en el ascensor y los empujó hasta el despacho de Martin Beck.

—¡Se va a arrepentir de esto toda su vida! —dijo el más viejo.

—Lo único de lo que me arrepiento es de no haberle roto el brazo —replicó Kollberg.

Martin Beck le echó una rápida mirada escrutadora y dijo:

—Está bien, Lennart. Ahora vete a casa. Kollberg se marchó.

El hombre del chándal abrió la boca para decir algo, pero Martin Beck le detuvo. Les hizo un gesto para que se sentaran, se quedó callado unos segundos con los codos apoyados en la mesa y las palmas de las manos apretadas. Luego dijo:

—Lo que han hecho no admite disculpa. La idea de una patrulla vecinal constituye un peligro social mucho peor que cualquier criminal particular o banda de delincuentes. Esto abre el camino a una mentalidad de linchamiento, de tomarse la justicia por cuenta propia. Anula los mecanismos de protección social. ¿Entienden lo que quiero decir?

—Se expresa usted como un libro abierto —dijo sarcásticamente el hombre del chándal.

—Eso es —dijo Martin Beck—. Se trata de cosas fundamentales. Catecismo puro. ¿Entienden lo que quiero decir?

Entender lo que quería decir les llevó más de una hora.

• • • • •

Cuando Kollberg entró en el piso de Palandergatan, su mujer estaba sentada en la cama haciendo punto. Sin pronunciar palabra, él se desnudó, fue al cuarto de baño y se duchó. Luego se acostó. La mujer dejó a un lado el punto.

—Menudo chichón tienes en la nuca —comentó—. ¿Te han dado un golpe?

—Abrázame —le pidió él.

—Se interpone la barriga, pero... ahora sí. Bueno, ¿quién te ha golpeado?

—Unos condenados aficionados —dijo Kollberg, y se durmió.

El domingo por la mañana, mientras desayunaban, la mujer de Martin Beck dijo:

—¿Cómo va? ¿Es que no podéis coger a ese tipo? Lo de Lennart ayer fue horrible. Comprendo que la gente tenga miedo, ¡pero que comiencen a atacar a los policías...!

Martin Beck estaba sentado a la mesa, algo encorvado, vestido con bata y pijama. Intentaba recordar un sueño que había tenido justo antes de despertarse. Un sueño desagradable, algo sobre Gunvald Larsson. Apagó el primer cigarrillo del día y miró a su esposa.

—No sabían que era policía.

—Pero aun así —insistió ella—. ¡Es terrible!

—Sí —asintió él—. Es terrible.

Ella hincó los dientes en una rebanada de pan tostado y contempló con el ceño fruncido la colilla que había en el cenicero.

—No deberías fumar tan temprano. No es bueno para la garganta.

—No —dijo Martin Beck, y sacó la mano del bolsillo de la bata.

A punto estuvo de encender otro pitillo, pero dejó el paquete pensando: «Inga tiene razón. No es bueno, claro que no. Fumo demasiado. Además, es caro».

—Fumas demasiado —dijo ella—. Además, es caro.

—Ya lo sé.

Se preguntó cuántas veces lo habría dicho en el curso de los dieciséis años de su matrimonio. Imposible hacer un cálculo, ni siquiera aproximado.

—¿Están durmiendo los niños? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí, ya sabes que están de vacaciones. Anoche, nuestra hija llegó muy tarde a casa. No me gusta que ande por ahí de noche. Sobre todo ahora, con ese loco suelto. Es sólo una niña.

—¡Pero si está a punto de cumplir dieciséis años! —replicó él—. Y tengo entendido que estaba en casa de una amiga, aquí al lado.

Nilsson, el vecino de abajo, dijo ayer que si hay padres que dejan que sus hijos anden por ahí, pues que luego no se quejen de lo que ocurra. Y que hay minorías en la sociedad, exhibicionistas y gente así, que tienen que dar rienda suelta a sus agresiones. Y que si los niños caen en sus manos, la culpa es de los

padres.

—¿Quién es ese Nilsson?

—El gerente. El que vive debajo de nosotros.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Bueno, entonces...

—Eso le dije yo. Que no sabe lo que es tener crios. La constante preocupación...

—¿Por qué hablaste con él?

—Hay que ser amable con los vecinos. Tampoco vendría mal que tú fueras un poco agradable de vez en cuando. Además, son gente muy simpática.

—Pues no lo parecen —contestó Martin Beck.

Advirtió que se avecinaba una discusión, así que se apresuró a apurar su café.

—Tengo que vestirme —dijo, y se levantó.

Entró en el dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Inga estaba lavando los platos. Cuando dejó de oír el agua corriente, se dirigió rápidamente al cuarto de baño y cerró la puerta. Luego abrió los grifos de la bañera, se desnudó y se acomodó en el baño caliente.

Se quedó tumbado, por completo quieto y relajado.

Con los ojos cerrados, intentó recordar el sueño. Pensó en Gunvald Larsson. Ni a él ni a Kollberg les gustaba Gunvald Larsson, con quien trabajaban sólo esporádicamente, desde hacía poco tiempo. Sospechó que incluso a Melander le resultaba dificultoso tener en estima a su colega, si bien no lo dejaba traslucir. Gunvald Larsson poseía una extraña capacidad para irritar a Martin Beck. También ahora, mientras pensaba en él, se sentía molesto.

Pero le daba la sensación de que, esta vez, la irritación no se refería a Gunvald Larsson como persona, sino a algo que había hecho o dicho. Martin Beck tenía la sensación de que Gunvald Larsson había hecho o dicho algo importante, algo de trascendencia en relación con los asesinatos de los parques. Pero no lograba recordar qué, y posiblemente esto era lo que le irritaba.

Borró la idea de su mente y salió de la bañera. « Sin duda, todo tiene que ver con el sueño », pensó mientras se afeitaba.

Un cuarto de hora más tarde estaba ya en el metro, camino de la ciudad. Abrió el periódico. En la primera página había un dibujo del asesino de niñas que había realizado por el dibujante de la policía guiado por los pocos testimonios disponibles, especialmente por las indicaciones de Rolf Evert Lundgren. El dibujo no gustaba a nadie. A los que menos, al propio dibujante y a Lundgren.

Al tiempo que sostenía el periódico a distancia, Martin Beck miró el dibujo con los ojos entornados. Se preguntó hasta qué punto se parecería realmente al individuo que buscaban. Se lo habían enseñado también a la señora Engström, que en un primer momento dijo que no se parecía a su difunto marido, para

luego admitir que quizá tuviera alguna semejanza.

Al pie del dibujo figuraba la descripción incompleta. Martin Beck echó una ojeada al breve texto.

De repente se quedó petrificado. Sintió un golpe de calor y se vio obligado a contener el aliento. Súbitamente, descubrió qué era lo que le venía preocupando desde la detención del atracador, el origen de su irritación en relación con Gunvald Larsson.

La descripción.

El resumen de la descripción, hecho por Gunvald Larsson a partir del testimonio de Rolf Evert Lundgren venía a ser una repetición, casi palabra por palabra, de algo que Martin Beck le había oído decir por teléfono más de dos semanas antes.

Martin Beck recordó que había estado al lado del archivador, escuchando, mientras Gunvald Larsson hablaba. Melander también se encontraba en el despacho en ese momento.

No pudo rememorar toda la conversación, pero creyó recordar que se trataba de una mujer que llamaba para denunciar a un individuo asomado al balcón en el edificio de enfrente. Gunvald Larsson le había pedido la descripción del hombre, y luego la repitió, empleando casi exactamente las mismas palabras que al resumir el interrogatorio de Lundgren. Además, la mujer que llamó había dicho algo así como que el individuo en cuestión observaba a los niños que jugaban en la calle.

Martin Beck dobló el periódico y miró fijamente por la ventanilla. Intentó hacer memoria y evocar lo que se había dicho y hecho aquella mañana. Sabía qué día tuvo lugar la llamada, porque un momento después había salido hacia la estación para coger el tren a Motala. Era el viernes 2 de junio, exactamente una semana antes del asesinato de Vanadislunden.

Intentó recordar algún indicio de que la mujer hubiera mencionado su dirección. Probablemente lo habría hecho. En tal caso, Gunvald Larsson la tendría apuntada en algún sitio.

Mientras el convoy del metro entraba en la ciudad, Martin Beck empezó a contemplar esta idea con entusiasmo decreciente. La descripción era tan deficiente que podía encajar con miles de personas. Que Gunvald Larsson haya empleado las mismas expresiones en dos ocasiones completamente distintas no tiene por qué significar que se refieran a la misma persona. Que alguien pase todo el tiempo asomado a su balcón no implica necesariamente que sea un presunto asesino. Que Martin Beck, en anteriores ocasiones, haya tenido ocurrencias repentinas que han permitido la resolución de casos complicados no obliga a pensar que también esta vez vaya a suceder lo mismo.

Pero aun así, merecía la pena investigarlo.

Normalmente solía bajar en T-Centralen, para luego cruzar a pie el viaducto

en dirección a Klaraberg y Kungsholmsgatan. Pero en esta ocasión paró un taxi.

Gunvald Larsson estaba en su mesa tomando café. Kollberg, medio sentado, con un muslo apoyado en el borde del escritorio, mordisqueaba un pastel de hojaldre. Martin Beck se sentó en el sitio de Melander y miró fijamente a Gunvald Larsson.

—¿Te acuerdas de aquella señora que llamó el día de mi viaje a Motala? —le preguntó—. ¿La que quería informar sobre un hombre asomado al balcón al otro lado de la calle?

Kollberg se metió en la boca lo que quedaba del pastel y contempló asombrado a Martin Beck.

—¡Sí, coño! —dijo Gunvald Larsson—. La loca aquélla. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de lo que dijo sobre el aspecto de aquel sujeto?

—Pues no, claro que no. ¿Cómo me voy a acordar de lo que cuentan todos los locos que llaman?

Kollberg tragó con cierto esfuerzo y preguntó:

—¿De qué estáis hablando?

Martin Beck le hizo ademanes para que esperara y prosiguió:

—Intenta pensar en ello, Gunvald. Puede ser muy importante.

Gunvald Larsson le miró desconfiado.

—¿Por qué? Bueno, déjame que piense en ello. ¡Voy a pensar en ello, no faltaría más! —Y al cabo de un rato—: Ya he pensado en ello. No, no me acuerdo. No creo que hubiera nada especial. Me parece recordar que su aspecto era de lo más normal.

Metió el nudillo del dedo índice en la nariz y frunció el ceño.

—¿Tenía la bragueta abierta? No, espera... No, era la camisa. Llevaba una camisa blanca sin abotonar. Sí, eso es, ahora me acuerdo. La bruja ésa dijo que tenía ojos de color azul grisáceo y entonces le pregunté si la calle era realmente tan estrecha. ¿Y sabes lo que me contestó? Que la calle no era estrecha para nada pero que ella lo miraba con prismáticos. ¡Qué locura! ¡La mirona debía de ser ella! ¡A ella sí que tendría que haberla metido en el calabozo! ¡Ponerse a mirar tios con prismáticos!

—¿De qué estáis hablando? —insistió Kollberg.

—¡Eso mismo me estaba preguntando yo! —dijo Gunvald Larsson—. ¿Por qué es todo esto tan importante, así, de repente?

Martin Beck guardó silencio durante un buen rato. Luego dijo:

—Me vino a la cabeza el hombre del balcón porque Gunvald empleó las mismas palabras al repetir la descripción de la señora y al resumir la que Lundgren hizo del tipo de Vanadislunden: pelo ralo peinado hacia atrás, nariz prominente, estatura media, camisa blanca desabotonada, pantalones marrones, ojos azul grisáceo. ¿Es correcto?

—Tal vez —dijo Gunvald Larsson—. La verdad, no me acuerdo. Por lo

menos, en lo que se refiere al hombre de Lundgren sí es correcto.

—O sea, ¿quieres decir que podría tratarse de la misma persona? —preguntó Kollberg incrédulo—. Porque a mí no me parece una descripción especialmente rara...

Martin Beck se encogió de hombros.

—No —reconoció—. Está claro que no dice gran cosa. Pero desde el momento en que escuchamos a Lundgren he tenido el presentimiento de que podría haber una relación entre los asesinatos y ese hombre del balcón. Sólo que no he sido consciente hasta hoy. —Se pasó la mano por la barbilla, mirando a Kollberg avergonzado—. Desde luego, se trata de una hipótesis muy imprecisa —admitió—. Carece de base sólida, ya lo sé. Pero quizá mereciera la pena encontrar a ese hombre.

Kollberg se levantó y se acercó a la ventana. Se puso de espaldas a ella y cruzó los brazos.

—Bueno, vagas conjeturas...

Martin Beck seguía observando a Gunvald Larsson.

—Intenta recordar esa llamada. ¿Qué dijo la persona que llamó?

Gunvald Larsson hizo un gesto resignado con sus grandes manos.

—Nada más. Que quería informar sobre un hombre que estaba en el balcón de enfrente. Le parecía raro.

—¿Por qué le parecía raro?

—Porque estaba allí casi siempre. Por la noche también. Dijo que le observaba con los prismáticos. Que el tipo miraba la calle, los coches y a los niños que jugaban. Luego se cabreó porque parecía que a mí no me interesaba mucho el asunto. Pero... ¿por qué debería haberme interesado? La gente tiene derecho a estar en su balcón sin que los vecinos avisen a la policía, ¿no? ¿Qué diablos quería esa mujer que hiciera yo?

—¿Dónde vivía? —preguntó Martin Beck.

—No lo sé —dijo Gunvald Larsson—. Ni siquiera estoy seguro de que me lo dijera.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Kollberg.

—No lo sé. ¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Es que no se lo preguntaste? —dijo Martin Beck.

—Sí, supongo que sí. Lo hacemos siempre.

—No te acuerdas —dijo Kollberg—. Haz memoria.

Martin Beck y Kollberg observaban con atención los signos visibles de la forzada actividad mental realizada por Gunvald Larsson. Sus cejas claras se contrajeron hasta formar una especie de bucle por encima de sus ojos azules. Además, tenía la cara roja y parecía como si estuviera en el baño, haciendo fuerza.

Pasado un rato, dijo:

—No, no me acuerdo. La señora... bueno... la señora nosequé.

—¿No lo apuntaste en algún sitio? —le sugirió Martin Beck—. Siempre sueles apuntarlo todo.

Gunvald Larsson lo miró fijamente.

—Sí —dijo—. Pero no guardo todo lo que apunto. Quiero decir que eso no era importante. Una tía loca llamando por teléfono. ¿Por qué me iba a acordar de eso?

Kollberg suspiró.

—Bueno. ¿Ahora qué hacemos?

—¿Cuándo viene Melander? —preguntó Martin Beck.

—A las tres, creo. Trabajó anoche.

—Llámale y pídele que venga ahora —comentó Martin Beck—. Ya descansará en otro momento.

Cuando Kollberg llamó, Melander estaba efectivamente durmiendo en su casa, en la esquina de Norr Mälarstrand y Polhelmsgatan.

Se vistió rápidamente, hizo en su propio coche el corto trayecto hasta Kungholmsgatan y, apenas transcurrido un cuarto de hora, se presentó en el despacho donde le esperaban los otros tres.

Recordaba la llamada telefónica y, tras escuchar la última parte de la cinta del interrogatorio de Rolf Evert Lundgren, confirmó que la teoría de Martin Beck era correcta. Luego pidió un café y se puso a cargar su pipa con meticulosidad. La encendió, se reclinó en la silla y dijo:

—¿Así que crees que puede haber una relación?

—Es sólo una conjetura —dijo Martin Beck—. Una contribución más al concurso de adivinanzas.

—Por supuesto, puede haber algo en todo esto —reflexionó Melander—. ¿Qué quieres que haga yo?

—Pues que uses esa computadora que tienes en el cerebro —dijo Kollberg.

Melander asintió con la cabeza y continuó chupando tranquilamente su pipa. Kollberg solía llamarle «archivo viviente de tarjetas perforadas», denominación que resultaba bastante atinada. La memoria de Melander era legendaria dentro del cuerpo.

—Intenta recordar lo que Gunvald dijo e hizo cuando recibió aquella llamada —le pidió Martin Beck.

—¿No fue el día antes de venir Lennart? —le preguntó Melander—. A ver, debió de ser el 2 de junio. Hasta que llegó Lennart yo ocupaba el despacho de al lado, luego me trasladé aquí.

—Exacto —dijo Martin Beck—. Ese día yo me fui a Motala. Iba de camino a la estación y subí un momento a preguntar por el perista aquel...

—¡Es verdad: el tal Larsson! El que había muerto...

Kollberg estaba reclinado en el antepecho de la ventana, escuchando. Había visto a Melander reconstruir una sucesión de hechos muchas veces, a menudo más lejanos en el tiempo, y por momentos casi tenía la sensación de estar asistiendo a una sesión de espiritismo.

Melander había adoptado lo que Kollberg solía llamar «postura meditativa»: reclinado en la silla, con los hombros apoyados en el respaldo, las piernas estiradas y cruzadas, y los ojos semicerrados, chupando tranquilamente su pipa. Martin Beck, como siempre, estaba de pie, con un brazo apoyado en el archivador.

—Al entrar yo, tú estabas precisamente donde estás ahora y Gunvald también. Hablábamos del perista. Entonces sonó el teléfono. Gunvald lo cogió. Dijo su nombre y preguntó por el de la mujer, de eso me acuerdo.

—¿Te acuerdas si tomó nota del nombre? —preguntó Martin Beck.

—Creo que sí. Recuerdo que llevaba un bolígrafo en la mano. Sí, seguro que tomó nota.

—¿Recuerdas si le preguntó la dirección?

—No, creo que no lo hizo. Pero tal vez ella dio a la vez nombre y dirección.

Martin Beck miró inquisitivamente a Gunvald Larsson, que se encogió de hombros.

—Bueno, y o no recuerdo ninguna dirección.

—Luego dijo algo sobre un lirón —siguió Melander.

—Sí, eso es —dijo Gunvald Larsson—. Me pareció que decía «lirón». Que había un lirón en su balcón. Luego dijo que no, que era un mirón. Y yo pensé que el hombre estaba en el balcón de la mujer, ¡claro! Si no, ¿por qué iba a llamar a la policía?

—Entonces le pediste que describiera al hombre, y recuerdo perfectamente que ibas repitiendo lo que decía y, a la vez, tomabas apuntes.

—Vale. Si tomé apuntes, como probablemente hice, tuve que usar este cuaderno. Pero como luego resultó que no hacía falta intervenir, debí de tirar la hoja...

Martin Beck encendió un cigarrillo, se acercó a echar la cerilla en el cenicero de Melander y volvió a su sitio junto al archivador.

—Sí, es probable que sea así, por desgracia —comento-Sigue, Fredrik.

—Después de tener la descripción te diste cuenta de que el tipo estaba en su propio balcón. ¿A que sí?

—Sí —dijo Gunvald Larsson—. Pensé: esta tía está loca.

—Luego preguntaste cómo podía ver que tenía ojos azul grisáceos, si se encontraba al otro lado de la calle.

—Entonces fue cuando la tía me soltó que lo miraba con unos prismáticos, sí. Melander levantó la vista, asombrado.

—¡Prismáticos! —exclamó—. ¡Cielo santo!

—Sí, y le pregunté si la había molestado de alguna manera. Respondió que no, que lo único que hacía era estar allí asomado, pero que a ella le resultaba desagradable.

—Al parecer, por la noche también —dijo Melander.

—Sí, por lo menos eso decía.

—Y tú preguntaste qué estaba mirando, y ella contestó que la calle. Los coches y a los niños que jugaban allí. Y luego preguntaste si quería que enviaras a los perros.

Gunvald Larsson miró a Martin Beck y comentó muy irritado:

—Sí, Martin había estado aquí dando la lata con los perros y me pareció una buena ocasión para mandar a sus jodidos perros a hacer algo.

Martin Beck cruzó una mirada con Kollberg pero permaneció callado.

—Sí —continuó Melander—, y luego la llamada terminó, creo. La señora pensó que eras un maleducado y colgó. Y yo volví a mi despacho.

Martin Beck suspiró.

—Bueno, no es gran cosa. Lo único, la coincidencia en la descripción.

—Resulta raro que un tío se pase día y noche en el balcón —dijo Kollberg—. Quizás esté jubilado y no sepa qué hacer.

—No —corrigió Gunvald Larsson—. No, no era el caso. Recuerdo que dijo: «Y es joven. No tendrá más de cuarenta. Y parece como si no tuviera nada mejor que hacer que pasarse todo el día asomado». Ésas fueron sus palabras exactas. Se me había olvidado por completo.

Martin Beck bajó el brazo del archivador.

—En tal caso, coincide con la descripción que hizo Lundgren —dijo—. Alrededor de los cuarenta. Si lo miraba a través de unos prismáticos, debe de haberlo visto bastante bien.

—¿No dijo nada sobre el tiempo que llevaba observándolo antes de llamar? —preguntó Kollberg.

Gunvald Larsson meditó un rato, luego respondió:

—Sí, eso es. Dijo que llevaba observándolo desde hacía dos meses, pero que el tío podía llevar más tiempo sin que ella se hubiese dado cuenta. Al principio creyó que el tipo estaba pensando en suicidarse. Saltar al vacío, dijo.

—¿Seguro que no has guardado los apuntes en algún sitio? —le preguntó Martin Beck.

Gunvald Larsson abrió uno de los cajones y sacó una pila de papeles de diferente formato. Los colocó delante de sí y comenzó a hojearlos.

—Aquí voy metiendo todos los papeles sobre asuntos que requieren algún tipo de seguimiento, por si hay que hacer un informe. Luego, cuando está redactado, tiro el papel —dijo, revolviendo entre las hojas.

Melander se inclinó hacia delante y vació su pipa a golpecitos.

—Sí, es verdad. Llevabas el bolígrafo en la mano, cogiste el cuaderno y apartaste la guía telefónica...

Gunvald Larsson repasó la pila y volvió a meter los papeles en el cajón.

—¡Que no, sé que no he guardado apuntes de esa llamada! —dijo—. Lo siento, pero no.

Melander levantó la pipa y señaló a Gunvald Larsson con ella.

—La guía telefónica —dijo.

—¿Cómo que la guía telefónica...? —preguntó Gunvald Larsson.

—Había una guía telefónica abierta en tu mesa. ¿No lo apuntarías en ella?

—Puede. —Gunvald Larsson se estiró, cogió sus guías telefónicas y exclamó

—: Revisarlas todas va a ser un trabajo de chinos.

Melander dejó la pipa y señaló:

—No va a ser necesario. Si apuntaste algo, y yo creo que sí, el listín en el que lo hiciste no era tuyo.

De repente, Martin Beck contempló la escena ante sus ojos. Melander había entrado desde el despacho contiguo con una guía entre las manos, y se la pasó para enseñarle el nombre del perista, Arvid Larsson. Luego, Martin Beck dejó la guía encima de la mesa.

—Lennart —dijo—. Busca la primera parte de la guía en tu despacho.

Martin Beck comenzó abriendo el listín por la página correspondiente: Larsson, Arvid. Antigüedades. Pero allí no había apuntes. Luego empezó por el principio, recorriendo una a una las páginas del listín. Aparecieron apuntes en varios sitios, en su mayoría ilegibles, escritos con la peculiar letra de Melander.

Había también otros con letra de Kollberg, ordenada y de fácil lectura. Los demás permanecían callados a su alrededor, expectantes. Gunvald Larsson contemplaba la guía por encima del hombro de Martin Beck. Alcanzada ya la página mil ochocientos dos, Gunvald Larsson exclamó por fin:

—¡Ahí!

Los cuatro miraron fijamente la anotación al margen.

Una sola palabra.

Andersson.

Andersson.

Gunvald Larsson ladeó la cabeza mirando el apellido.

—Sí, parece que pone Andersson, O quizás Andersen. O Andresen. ¡Quién coño sabe! Aunque lo más seguro es que sea Andersson.

Andersson.

En Suecia hay trescientas noventa mil personas que se llaman Andersson. Sólo la sección de Estocolmo de la guía telefónica recoge diez mil doscientos abonados con este apellido, a los que hay que añadir otros dos mil en la periferia inmediata.

Martin Beck meditó sobre esto. En caso de recurrir a la prensa, la radio y la televisión, podría resultar fácil dar con la mujer que hizo la famosa llamada. Pero también podría ser muy difícil. Y hasta ahora, nada había sido sencillo en esta investigación.

Recurrieron a la prensa, la radio y la televisión.

Sin resultado.

Hasta cierto punto, era lógico que no sucediese nada durante el domingo.

Cuando dieron las once de la mañana del lunes, y seguía sin ocurrir nada, Martin Beck empezó a dudar.

Organizar un operativo de llamadas telefónicas y visitas puerta a puerta suponía destinar una parte considerable de los efectivos al seguimiento de una pista que podría revelarse inútil. Ahora bien, ¿no era posible acotar de alguna manera el campo de operaciones? Se trataba de una calle bastante ancha. Debía ser, pues, algún lugar del centro.

—¿Y por qué tiene que ser en el centro? —preguntó Kollberg en tono escéptico.

—Bueno, puede tratarse de alguna otra zona, desde luego, pero...

—¿Pero qué? ¿Tu intuición te dice algo?

Martin Beck lo miró apesadumbrado. Pero luego recobró el ánimo.

—El billete de metro estaba comprado en Rádmansgatan —apuntó.

—Un billete que no se ha podido vincular, de manera alguna, con los asesinatos ni con el asesino —dijo Kollberg.

—Se compró en Rádmansgatan y sólo se usó en una dirección —insistió Martin Beck—. El asesino lo conservaba para usarlo en el viaje de vuelta. Viajó desde Rádmansgatan hasta Mariatorget o Zinkensdamm, y luego hizo a pie el último trecho, hasta Tantolunden.

—¡Pura especulación! —dijo Kollberg.

—Para quitarse de en medio al crío que iba con la niña tuvo que echar mano de algo. Y lo único que tenía cerca era el billete...

—¡Pura especulación!

—Pero se sostiene, lógicamente hablando.

—Por los pelos.

—Además, el primer asesinato se cometió en Vanadislunden. Todo parece apuntar a ese barrio. Vanadislunden, Rádmansgatan, Vasastaden, la parte alta de Norrmalm o «Siberia».

—Ya te he oído decir eso antes —dijo Kollberg secamente—. Es pura conjetura.

—Principio de probabilidad.

—Bueno, otra forma de referirse a lo mismo.

—Quiero contactar con la tal Andersson —dijo Martin Beck— y no podemos estarnos de brazos cruzados esperando que ella se presente espontáneamente. A lo mejor no tiene televisión ni lee los periódicos. De todos modos, debe de tener teléfono.

—¿Seguro?

—Por supuesto que sí. Una llamada así no se hace desde una cabina o desde un estanco. Además, era como si estuviera viendo al hombre mientras hablaba.

—Vale. En ese punto, me rindo.

—Y si vamos a organizar un dispositivo de llamadas telefónicas y visitas puerta a puerta, hay que empezar por algún sitio, por algún barrio concreto. Porque no tenemos gente suficiente para contactar con todas las personas que se apellidan Andersson...

Kollberg se quedó callado un momento, luego dijo:

—¿Y si nos olvidamos un rato de la señora Andersson y nos concentramos en lo que sabemos del asesino?

—Tenemos una especie de descripción.

—Una especie, tú lo has dicho. Y tampoco podemos estar seguros de que el asesino fuera el tipo al que vio Lundgren, si es que vio a alguien.

—Sabemos que es un hombre.

—Vale. ¿Qué más?

—Sabemos que no está fichado en el registro de la brigada antivicio.

—Sí. Siempre y cuando nadie haya omitido algún detalle o se haya olvidado de algo. No sería la primera vez.

—Conocemos la hora aproximada de los asesinatos, a las siete y pico de la

tarde en Vanadislunden, y entre las dos y tres de la tarde en Tantolunden. Por lo tanto, el asesino no trabajaba a esas horas.

—¿Y esto qué significa? —Martin Beck no dijo nada. Kollberg se respondió a sí mismo—: Que está en el paro, o tiene vacaciones, está de baja, reside aquí temporalmente, tiene un horario irregular, está jubilado, es un vagabundo, o... En resumidas cuentas, no significa absolutamente nada.

—Correcto —dijo Martin Beck—. Pero tenemos una idea acerca de su comportamiento.

—¿Te refieres a las necesidades de los psicólogos?

—Sí.

—Pura conjetura también, pero... —Kollberg permaneció callado un momento, antes de continuar—: Pero tengo que admitir que Melander hizo un resumen muy convincente de aquel indigesto informe.

—Sí.

—Bueno, por lo que se refiere a esa mujer del teléfono, busquémosla. Tú mismo has dicho, muy atinadamente, que por algún sitio hay que empezar. Por lo demás, como todo son especulaciones, supongamos que tienes razón. Total... ¿Qué quieres que hagamos?

—Empecemos por los distritos cinco y nueve —dijo Martin Beck—. Podemos dedicar un par de hombres a llamar a todos los que se apelliden Andersson. Y mandar a otros dos casa por casa. Hay que pedir a todo el personal de estos distritos que preste atención a este punto. En especial, en calles anchas con balcones: Odengatan, Karlbergsvägen, Tegnërgatan, Sveavägen, etcétera.

—De acuerdo —asintió Kollberg.

Y se pusieron manos a la obra.

Fue un lunes terrible. Ese gran detective llamado «opinión pública», tras haber disminuido su actividad durante el domingo, en parte porque mucha gente había salido de la ciudad, en parte por los llamamientos a la calma realizados desde la prensa y la televisión, volvió a emplearse a fondo. La centralita telefónica quedó colapsada con llamadas de personas que pretendían saber algo, de locos dispuestos a confesar los crímenes y de gamberros cuyo único objetivo era incordiar. Los parques y zonas verdes fueron invadidos por policías vestidos de paisano —sí cabe calificar de invasión a la presencia de un centenar de individuos— y a esto vino a añadirse, finalmente, la búsqueda de una mujer apellidada Andersson.

El terror acechaba en todo momento. Muchos padres llamaban a la policía cuando sus hijos se ausentaban de casa más de quince o veinte minutos. Todo debía quedar registrado y comprobado. El material crecía y crecía. Y en todos los casos se revelaba igual de inútil.

En éstas estaban cuando llamó Hansson, del quinto distrito.

—¿Has encontrado algún otro cadáver? —le preguntó Martin Beck.

—No, pero me preocupa el tal Eriksson, ese que querías que vigilásemos. El exhibicionista al que detuvisteis.

—¿Por qué?

—No ha salido desde el miércoles. Se llevó a casa un montón de alcohol, sobre todo glögg y vino dulce. Anduvo por varias tiendas distintas.

—¿Y luego qué?

—En alguna ocasión se ha asomado a la ventana. Los chicos dicen que parecía un fantasma. Pero desde ayer por la mañana no se le ve el pelo.

—¿Habéis llamado a la puerta?

—Sí. No contesta.

Martin Beck ya casi se había olvidado de aquel hombre. Recordó ahora su mirada, infeliz y extraviada, sus manos temblorosas, escuálidas. Sintió cómo se le helaba la sangre.

—Entra en la casa.

—¿Cómo?

—Como sea.

Colgó y se quedó sentado, con la cabeza apoyada entre las manos. «Lo que faltaba —pensó—, con todo lo que tenemos encima».

Al cabo de media hora, Hansson volvió a llamar.

—Había abierto el gas.

—¿Y?

—Está de camino al hospital. Vivo.

Martin Beck suspiró. Esto se llama alivio.

—¡Por los pelos! —prosiguió Hansson—. Lo organizó todo de forma meticulosa: tapó las rendijas de las puertas y el ojo de la cerradura, tanto en la puerta que da a la escalera como en la de la cocina.

—¿Pero sobrevivirá?

—Sí, gracias a lo de siempre: se le acabaron las fichas. Pero si se llega a quedar allí tirado un poco más...

Hansson dejó inacabada la frase.

—¿Dejó algo escrito?

—Sí. «No lo soporto». Estaba escrito con letras de imprenta en el margen de una vieja revista porno. He advertido a los servicios sociales.

—Alguien debería haberlo hecho antes.

—Bueno, el tío cumplía en su curro —dijo Hansson. Al cabo de unos segundos, añadió—: Hasta que lo cogisteis vosotros.

Aún quedaban horas de aquel repugnante lunes. Sobre las once de la noche, Martin Beck y Kollberg se marcharon a casa. Gunvald Larsson también. Melander se quedó. Todo el mundo sabía que odiaba la vigilia nocturna, y que la mera idea de renunciar a sus diez horas de sueño le resultaba una pesadilla, pero no protestó y su expresión era tan estoica como siempre.

No había ocurrido nada. Hablaron con muchas mujeres apellidadas Andersson, pero ninguna de ellas había hecho la célebre llamada.

Tampoco apareció ningún cadáver. Los niños cuya desaparición se denunció durante el día fueron reapareciendo.

Martin Beck se dio un paseo hasta Fridhemsplan y cogió el metro hasta su casa.

También hoy se habían librado. Hacía ya más de una semana desde la última vez. Mejor dicho, desde la última... hasta el momento.

Se sentía como alguien a punto de ahogarse que de repente puede hacer pie, pero que sabe que sólo se trata de una tregua. Que la marea llega dentro de unas horas.

El martes 20 de junio, a primeras horas de la mañana, en el puesto de guardia del noveno distrito seguía reinando la calma.

El agente Kvist estaba sentado junto a una mesa, fumando y leyendo una revista. Era un hombre joven, de barba rubia.

Desde el tabique del rincón llegaban voces, interrumpidas de vez en cuando por el repiqueteo de una máquina de escribir. Sonó el teléfono. Kvist dejó la lectura y vio como Granlund alzaba el auricular en su cubículo acristalado.

Se abrió la puerta tras de él y entró Rodin, que se quedó un momento junto a la entrada mientras se colocaba la correa. Era considerablemente mayor que Kvist, tanto en edad como en años de antigüedad en el cuerpo. Kvist se había graduado en la Academia un año antes, y acababa de ser trasladado al noveno distrito.

Rodin se acercó a la mesa y cogió su gorra. Dio una palmada a Kvist en el hombro.

—Venga, chaval, vamos. Una ronda más y luego tomamos café.

Kvist apagó el cigarrillo y dobló la revista.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Rodin.

—*Tidsignal*. Está muy bien. Deberías leerla.

—¡No me jodas! ¿Una revista política de ésas? Y cultural también, ¿no? Prefiero la prensa deportiva. Anda, vamos.

Salieron y tomaron Surbrunnsgatan en dirección oeste. Caminaban despacio y hombro con hombro, a zancadas de idéntica longitud, con las manos a la espalda.

—Oye, ¿qué dijo Granlund que hiciéramos con la tal Andersson, en caso de encontrarla? —preguntó Kvist.

—Nada. Preguntarle si fue ella quién llamó a la policía criminal el 2 de junio, largando no sé qué cosas sobre un tío en un balcón —dijo Rodin—. Luego, llamar a Granlund.

Pasaron Tulegatan y Kvist levantó la vista hacia Vanadislundén.

—¿Estuviste allí arriba después del asesinato? —le preguntó.

—Sí —contestó Rodin—, ¿tú no?

—No, ese día libre —respondió Kvist.

Siguieron caminando un trecho en completo silencio. Luego Kvist dijo:

—Yo nunca he descubierto un cadáver. Debía de tener un aspecto terrible.

—Sí, joder. Pero no te preocupes, chaval, en este oficio vas a ver muchos.

—¿Tú por qué te hiciste policía? —preguntó Kvist.

Rodin tardó en contestar. Parecía que estaba meditando. Luego comentó:

—Mi viejo era policía. Así que resultaba natural que yo también me metiera en esto. Pero a mi vieja no le hizo demasiada gracia, desde luego. ¿Y tú? ¿Por qué te has hecho madero?

—Para poder hacer algo por la sociedad —le comentó Kvist. Se rió y continuó: Al principio no sabía qué quería ser. Saqué notas muy malas. Pero en la mili conocí a un chico que iba a ser policía, y me dijo que mis notas bastaban para entrar en la academia. Además, falta gente en el cuerpo y ... Bueno, él fue quien me convenció.

—Pues no está muy bien pagado, que digamos —dijo Rodin.

—Tampoco me parece tan mal —replicó Kvist—. Mientras estudiaba en la Academia, cobraba mil cuatrocientas coronas, y ahora he ascendido al noveno grado de la escala salarial.

—Ya lo sé —dijo Rodin—. Ahora está un poco mejor que cuando yo entré.

—¿Sabes? —dijo Kvist—, aproximadamente el ochenta por ciento de los que terminan el instituto siguen luego estudiando, en la universidad o en cursos de formación profesional. Así que los policías se reclutan del veinte por ciento restante. Y de ese veinte por ciento muchos son como tú: eligen el mismo oficio que su viejo. Daba la casualidad de que, en tu caso, tu viejo era policía.

—Sí, pero si hubiera sido basurero, no habría elegido el mismo trabajo —comentó Rodin.

—Tengo entendido que falta gente para cubrir al menos mil quinientos puestos en todo el país —dijo Kvist—. No me extraña que haya que hacer muchas horas extra.

Rodin dio una patada a una lata de cerveza vacía que estaba sobre la acera.

—¡Hay que joderse! ¡Cómo controlas las estadísticas! ¿Es que piensas hacerte jefe?

Kvist se rió, un poco cortado.

—No. Es que acabo de leer un artículo sobre todo eso. Pero no estaría mal ser jefe de policía. ¿Cuánto crees que pueden ganar?

—¡Vaya! ¿Y no lo sabes tú, que lo sabes todo?

Llegaron a Sveavägen y la conversación se interrumpió.

Junto al quiosco de la esquina, delante de la tienda de licores, había un par de hombres visiblemente ebrios dándose empujones. Uno tenía el puño alzado e intentaba una y otra vez golpear al otro, pero por lo visto, estaba demasiado borracho para conseguirlo. El otro, que parecía un poco más sobrio, mantenía a

distancia a su adversario, apoyando la palma de la mano contra su pecho. Al final, el más sobrio perdió la paciencia y tumbó de un empujón al pendenciero, que farfullaba y hacía aspavientos.

Rodin suspiró.

—A ése vamos a tener que llevárnoslo —dijo, y dio un paso a la calzada para cruzar—. Lo conozco de otras veces. Siempre la lía.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Kvist.

—El que está tumbado. El otro se las arregla solo.

Se acercaron a los dos individuos con pasos largos y apresurados.

Un tercer vagabundo, que había contemplado toda la controversia desde el arriate situado delante del restaurante Metropol, comenzó a alejarse hacia Odengatan, con esforzada dignidad y sin dejar de echar miradas de preocupación por encima del hombro.

Los dos policías levantaron al hombre de la acera. Era un individuo de unos sesenta años, muy demacrado, que no pesaría más de cincuenta kilos. Unos cuantos viandantes, del tipo « ciudadano respetable », se detuvieron a distancia y se quedaron observando la escena.

—Bueno, Johansson, ¿cómo estamos hoy? —dijo Rodin.

Johansson, cuya cabeza se bamboleaba, hizo un débil intento de quitarse el polvo de la americana.

—Ezztoy biennn —farfulló—. Zólo charlaba un poco con bi abigo. Bacilábabozz un poco, zabezz.

El compañero hizo un intento no del todo malo de animarse y dijo:

—A Oskar no le pasa nada. Él se las arregla solo.

—Venga, lárgate de aquí —comentó Rodin utilizando el buen humor.

Apartó por señas al compañero. Éste, aliviado, no tardó en ponerse fuera del alcance de los policías.

Rodin y Kvist agarraron con fuerza al hombre por debajo de los brazos y empezaron a caminar con él hacia la parada de taxis, situada a unos veinte metros.

El taxista los vio llegar, descendió y abrió la puerta del asiento de atrás. Era de los que colaboran.

—Ahora Johansson va a dar una vuelta en coche —dijo Rodin—. Y luego Johansson podrá dormir.

Johansson entró con dificultad en el taxi, sin rechistar. Se desplomó en el asiento de atrás y se quedó dormido. Rodin lo acomodó en el rincón y le dijo a Kvist por encima del hombro:

—Me lo llevo. Nos vemos en comisaría. Cuando vuelvas, tráete unos pasteles mazarin.

Kvist asintió con la cabeza. Cuando el taxi abandonó la acera, se encaminó lentamente hacia el quiosco de la esquina. Buscó con la mirada al compañero de

Johansson, al que había descubierto en Surbrunnsgatan, a pocos metros de la tienda de licores.

Cuando Kvist dio unos pasos en esa dirección, el hombre movió ambas manos en señal de rechazo y continuó andando hacia Hagagatan.

Kvist siguió al hombre con la mirada, hasta que desapareció tras la esquina. Luego dio media vuelta y regresó a Sveavägen.

La vendedora asomó la cabeza por la ventanilla del quiosco y dijo:

—¡Muchas gracias! Esos gamberros me arruinan el negocio. ¡Siempre tienen que estar precisamente aquí!

—Es la tienda de licores, que tira —dijo Kvist.

Para sus adentros, Johansson y sus semejantes le daban pena. Sabía que gran parte del problema consistía en que no tenían adónde ir.

Se llevó la mano a la visera a modo de despedida y siguió andando.

Más adelante, en Sveavägen, vio un letrero con el texto: « Panadería ». Echó un vistazo al reloj y pensó que igual podía comprar los mazarin allí y luego volver a la comisaría para tomar café.

Al abrir la puerta de la panadería, repicó una pequeña campanilla. Una señora mayor, enfundada en una bata de limpieza a cuadros, estaba delante del mostrador hablando con la dependienta.

Kvist puso las manos en la espalda y aguardó. Aspiró el aroma del pan recién horneado y pensó que las pequeñas panaderías de este tipo empezaban ya a ser una cosa rara.

« Pronto habrán desaparecido por completo, y uno sólo podrá comprar pan de fabricación industrial, envuelto en un plástico. Al final, toda la población de Suecia comerá exactamente las mismas barras, los mismos panecillos y los mismos pasteles mazarin », pensó el agente Kvist.

Kvist había cumplido veintidós años, pero a menudo tenía la sensación de que su infancia quedaba ya muy lejos. Escuchó distraídamente la conversación que mantenían las dos señoras.

—Y el viejo Palm del ochenta y uno, que de repente va y muere —dijo la gorda de la bata.

—Sí, pero ha sido lo mejor —replicó la dependienta—. Estaba ya muy viejo y lleno de achaques.

La dependienta era una mujer mayor de pelo canoso, enfundada en una bata blanca. Echó un vistazo a Kvist y se apresuró a meter la compra en la bolsa de la clienta.

—¿Nada más, señora Andersson? —preguntó—. ¿Hoy no quiere nata?

La clienta cogió la bolsa y jadeó.

—No, hoy no. Y apúntamelo, como siempre, por favor. Adiós.

La señora se dirigió hacia la puerta y Kvist se apresuró a abrirla.

—Adiós, señora Andersson, mi niña —expresó la dependienta.

La mujer pasó junto a Kvist, apretujándose, y se despidió con un movimiento de cabeza.

Kvist sonrió para sus adentros, estaba pensando en lo ridículo que resultaba llamar «mi niña» a una mujer tan gorda. A punto estaba de cerrar la puerta cuando algo cruzó por su mente.

Mientras la dependienta lo seguía fijamente con la mirada, Kvist, sin pronunciar palabra, volvió a salir a la calle y cerró la puerta tras de sí.

Cuando la alcanzó, la mujer de la bata de limpieza estaba entrando en el portal contiguo a la panadería. Kvist saludó llevándose la mano a la visera y dijo:

—Señora Andersson, ¿se llama usted así?

—Sí.

Él le cogió la bolsa y abrió la puerta.

—Perdóneme que le pregunte, ¿pero no habrá sido por casualidad usted, señora Andersson, quién llamó a la policía criminal la mañana del viernes dos de junio?

—¿El dos de junio? Sí, yo llamé a la policía. Y puede que fuera el dos. ¿Por qué lo dice?

—¿Para qué llamó? —preguntó Kvist.

No pudo dejar de manifestar una cierta ansiedad y la mujer llamada Andersson lo miró sorprendida.

—Hablé con un detective o lo que fuera. ¡Un maleducado, que no mostró el más mínimo interés! Yo sólo quería informar de una observación. ¡El hombre ese del balcón llevaba ya...!

—¿Puedo subir con usted y usar su teléfono? —le rogó Kvist. Ya se estaban acercando al ascensor—. Se lo explicaré por el camino —añadió.

Martin Beck colgó y llamó a Kollberg a voces. Luego se abotonó la americana, metió el paquete de tabaco y la caja de cerillas en el bolsillo, y echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las diez menos cinco. Kollberg se asomó por la puerta.

—¿A qué vienen esos gritos?—dijo.

—La han encontrado. La señora Andersson. Granlund, del noveno, acaba de llamar. Vive en Sveavägen.

Kollberg pasó un momento al despacho contiguo, para coger su americana. Al volver, todavía estaba poniéndosela.

—Sveavägen —dijo pensativo mirando a Martin Beck—. ¿Cómo la han encontrado? ¿La operación puerta a puerta?

—No, un chico del noveno se encontró con ella en una panadería cuando iba a comprar pasteles mazarin para el café. —Mientras bajaba por la escalera, Kollberg comentó: ¿No es Granlund el que suele decir que habría que eliminar la pausa del café? Ahora a lo mejor cambia de opinión.

• • • • •

La señora Andersson los examinó con ojo crítico a través de la rendija de la puerta.

—¿Alguno de ustedes es el individuo con quién hablé aquella mañana? —preguntó.

—No —dijo Martin Beck educadamente—. Habló usted con el subinspector Larsson.

La señora Andersson quitó la cadena de seguridad y les dejó entrar en un pequeño recibidor oscuro.

—Subinspector o no, ¡un maleducado es lo que era! Como le comenté al joven agente que me acompañó a casa, la policía debería agradecer que una les informe de cosas. ¿Quién sabe?, le dije, si la gente no informase de cosas, a lo mejor ustedes se quedarían sin trabajo. Pero pasen, señores, pasen, que enseguida les traigo el café.

Kollberg y Martin Beck entraron en el salón. Aunque el piso era un tercero y las ventanas daban a la calle, dentro reinaba una relativa oscuridad. El salón era

amplio, pero la mayor parte de su superficie estaba ocupada por un mobiliario anticuado. Tenía media ventana entreabierta; la otra quedaba casi enteramente tapada por macetas de plantas altas. Las cortinas eran de color crema, elegantemente drapeadas.

Delante de un sofá marrón de felpa había una mesa redonda de caoba, servida con tazas de café y platos de pastas. Junto a la mesa, dos butacas altas, adornadas con pañitos decorativos y respaldos forrados.

La señora Andersson entró desde la cocina con una cafetera de porcelana en la mano. Sirvió el café en las tazas y se sentó en el sofá, que crujió bajo su cuerpo masivo.

—Para hablar con tranquilidad se necesita café —le dijo alegremente—. Bueno, cuénteme, ¿qué ha pasado con el hombre de ahí enfrente?

Martin Beck empezó a decir algo, pero sus palabras quedaron sofocadas por el estruendo de una sirena de ambulancia, que cruzó la calle ululando.

Kollberg cerró la ventana.

—¿No ha leído los periódicos, señora Andersson? —preguntó Martin Beck

—No, en el campo nunca leo periódicos. Volví anoche. Sirvanse pastas, caballeros. Están recién hechas. En la panadería de aquí abajo lo tienen siempre todo muy fresco. Por cierto, fue allí donde conocí a ese joven tan simpático de uniforme, aunque no me explico cómo pudo saber que fui yo quien llamé a la policía. Bueno, de todas maneras, fui yo, y fue el dos de junio, viernes, lo recuerdo muy bien porque el marido de mi hermana se llama Rutger y cuando estuve en su casa, tomando café para celebrar su santo, les estuve contando lo del maleducado ese, el asistente o como se diga, por hablar de algo. Y eso fue sólo un par de horas después de la llamada.

En ese momento se detuvo para coger aire y Martin Beck se apresuró a decir:

—Señora Andersson, ¿nos podría enseñar ese balcón?

Kollberg ya se había acercado a la ventana. La mujer se levantó con mucho esfuerzo del sofá.

—El tercer balcón desde abajo —dijo señalando con el dedo—. Al lado de esa ventana sin cortinas.

Observaron el balcón. El piso al que pertenecía parecía tener sólo dos ventanas a la calle, una más grande al lado del balcón y otra más pequeña.

—Señora Andersson, ¿ha visto a ese hombre recientemente? —preguntó Martin Beck

—No, ya hace bastante que no. Bueno, este fin de semana he estado en el campo. Pero antes llevaba ya varios días sin verlo.

Kollberg descubrió unos prismáticos, colocados entre dos macetas. Los cogió y los dirigió al edificio de enfrente. La puerta del balcón y las ventanas estaban cerradas. Los cristales reflejaban la luz, y no se podía discernir qué había al otro lado, en las habitaciones oscuras.

—Esos prismáticos me los dio Rutger —dijo la mujer—. Son prismáticos de la marina. Rutger ha sido oficial de marina. Suelo mirar a ese hombre con los prismáticos. Si se abre la ventana se ve mejor. No crean que soy una persona curiosa ni nada por el estilo, lo que pasa es que me operaron de una pierna a principios de abril y fue entonces cuando descubrí a ese hombre. Quiero decir, después de la operación. Tuve úlceras en la pierna. No podía andar y el dolor no me dejaba dormir. Así que me quedaba aquí, junto a la ventana. Me pareció un hombre raro, que no hacía más que mirar. ¡Uf! ¡Había algo desagradable en él!

Mientras la mujer hablaba, Martin Beck sacó el dibujo realizado a partir de las indicaciones del atracador. Se lo enseñó.

—Se parece bastante. Como dibujo no es muy bueno. Pero se parece un poco, tal vez. Eso pienso.

—¿Recuerda cuando fue la última vez que le vio? —preguntó Kollberg, pasando los prismáticos a Martin Beck.

—Bueno, pues hace ya unos días. Más de una semana. Sí, esperen, creo que la última vez fue cuando estaba aquí la asistenta que viene a ayudarme con la limpieza. Esperen un momento, echaré un vistazo.

Abrió un secreter y sacó una agenda.

—Vamos a ver. El viernes pasado, sí. Eso es. Estuvimos limpiando los cristales. Estaba ahí por la mañana. Pero por la noche ya no. Ni tampoco al día siguiente. Sí, así es. Desde entonces no lo he vuelto a ver. De eso estoy segura.

Martin Beck bajó los prismáticos y dirigió a Kollberg una mirada rápida. Para recordar lo sucedido aquel viernes no necesitaban agenda.

—O sea, el día nueve —dijo Kollberg.

—Eso es. Y ahora nos vendrá bien un poco más de café.

—No, gracias —dijo Martin Beck.

—Venga, un poquito más.

—No, gracias —reiteró Kollberg.

La mujer llenó las tazas y se dejó caer en el sofá. Kollberg se sentó en el borde de la silla y se tragó rápidamente una pasta de almendras.

—¿Se hallaba siempre solo, ese hombre? —preguntó Martin Beck.

—Sí, bueno, y o por lo menos no he visto nunca a nadie más allí. Parece muy solitario. A veces casi me daba pena. Y el piso siempre a oscuras, y cuando no está en el balcón, se queda sentado junto a la ventana de la cocina. Es lo que suele hacer cuando llueve. Nunca he visto a nadie más allí. Pero ahora, siéntense, por favor, y tomen un poco más de café. Cuéntenme qué le ha pasado. ¡Imagínense! Al fin y al cabo, mi llamada cambió las cosas. ¡Pero les ha llevado a ustedes una eternidad!

Martin Beck y Kollberg ya se habían tomado el café y se levantaron.

—Gracias, señora Andersson, estaba muy bueno. Adiós, adiós, no, no se levante, nos arreglamos solos. Se retiraron hacia el recibidor.

Al salir del portal, Kollberg, respetuoso de la ley, se encaminó hacia el paso de cebra, situado a unos treinta metros más allá, pero Martin Beck le cogió del brazo y cruzaron rápidamente la calzada hacia el edificio de enfrente.

Martin Beck subió andando los tres tramos de escalera. Kollberg cogió el ascensor. Se volvieron a encontrar delante de la puerta, y procedieron a su minucioso análisis. Una puerta de madera marrón normal y corriente, que se abría hacia fuera, con cerradura de seguridad, rendija de latón para el correo y un letrero de metal blanco sin pulir. En el letrero estaba grabado el nombre con letras negras: I. Fransson. En el rellano reinaba la quietud y el silencio. Kollberg puso el oído derecho contra la puerta y escuchó. Luego se agachó, apoyando la rodilla derecha en el suelo de piedra, y levantó cuidadosamente, unos centímetros, la tapa de la rendija para el correo. Escuchó. Dejó caer la tapa tan silenciosamente como la había alzado. Se levantó y movió la cabeza en señal de negación.

Martin Beck se encogió de hombros, estiró la mano derecha y pulsó el botón del timbre eléctrico. No se oía nada. Probablemente, no funcionaba. Llamó a la puerta con los nudillos, levemente. Sin resultado. Kollberg golpeó con el puño. Nada.

No abrieron la puerta. Bajaron medio tramo de escalera e intercambiaron unas palabras en voz baja. Acto seguido, Kollberg se marchó a gestionar las formalidades y llamar a un experto. Martin Beck se quedó en el descansillo sin perder de vista la puerta.

Pasado un cuarto de hora, Kollberg regresó acompañado de un cerrajero. Éste echó un vistazo a la puerta, la calibró con su experiencia profesional, se puso de rodillas y metió una especie de ganzúa, larga pero práctica, por la rendija del correo. Ésta carecía de protección antirrobo, por lo que el hombre no tardó más de treinta segundos en agarrar la cerradura interior y abrir la puerta unos centímetros, manejándola con mucho tino. Martin Beck apartó al cerrajero y colocó el dedo índice sobre el borde interior de la puerta. La abrió, tirando hacia sí. Las bisagras, sin engrasar, chirriaron.

Apareció ante sus ojos un recibidor, con dos puertas abiertas. La de la izquierda daba a la cocina. La de la derecha, a lo que parecía ser la única habitación de la casa. Sobre el felpudo había una pila de correo, por lo visto periódicos, propaganda y folletos en su mayoría. El baño quedaba a la derecha

del recibidor, pegado a la puerta de la escalera.

Lo único que se oía era el ruido del tráfico de Sveavägen.

Martin Beck y Kollberg pasaron con cuidado por encima de la pila de envíos postales, y echaron un vistazo a la cocina. Al fondo de ésta había un pequeño rincón comedor, con ventanas a la calle.

Kollberg abrió la puerta del baño al tiempo que Martin Beck entraba en la habitación. Frente a él se hallaba la puerta del balcón. A sus espaldas, a la derecha, descubrió otra puerta, que resultó ser un guardarropa. Kollberg dijo unas palabras al cerrajero, cerró la puerta que daba a la escalera y entró en la habitación.

—Parece que no hay nadie en casa.

—No —repuso Martin Beck.

Recorrieron el piso sistemáticamente pero con sumo tiento, poniendo cuidado en tocar la menor cantidad posible de objetos.

Las ventanas, una en la habitación y otra en el comedor, daban a la calle y estaban cerradas, al igual que la puerta del balcón. Se respiraba un aire enrarecido, viciado.

El piso no mostraba señas de deterioro o abandono, pero aun así daba sensación de desaliño, y apenas tenía muebles. En la habitación sólo había tres piezas: una cama sin hacer, con un edredón rojo gastado y sábanas relativamente sucias, una silla plegable, colocada junto a la cabecera de la cama, y una cómoda baja con cajones, en la pared de enfrente. No había cortinas ni alfombras en el suelo de linóleo. En la silla, que por lo visto hacía las veces de mesita de noche, descubrieron una caja de cerillas, un platito y un número del *Smalands-Posten*. El periódico estaba doblado de un modo que delataba su lectura. En el plato había ceniza de tabaco, siete cerillas quemadas y pequeñas bolitas estrujadas de papel de fumar.

Sobre la cómoda colgaba una reproducción enmarcada de un óleo que representaba dos caballos y un abedul. Encima de la cómoda había otro objeto decorativo más: un platito de cerámica azul vidriada. Vacío. Y eso era todo.

Kollberg contempló los objetos de la silla.

—Se ve que guarda el tabaco de las colillas y luego se lo fuma en pipa.

Martin Beck asintió.

No salieron al balcón. Les bastó con mirar a través del cristal de la puerta cerrada. El balcón tenía barandillas tubulares de hierro y piezas laterales de chapa ondulada. Su mobiliario consistía en una mesa de jardín barnizada, ya muy venida a menos, y una silla plegable. La silla, que parecía vieja, tenía reposabrazos de madera gastada y un asiento de lona descolorida.

En el guardarropa colgaba un traje azul oscuro, bastante elegante, un abrigo de invierno raído y unos pantalones de pana color marrón. En el estante había un gorro de piel y una bufanda de lana; y en el suelo, un zapato negro y un par de

botas marrones, completamente desgastadas. Podían ser del número cuarenta.

—Pies pequeños —constató Kollberg—. Me pregunto dónde estará el otro zapato.

Un par de minutos más tarde lo encontraron en el escobero. A su lado había un trapo y un cepillo. El zapato parecía untado de algo, pero la iluminación era mala y prefirieron no tocarlo. Se limitaron a observar el escobero pensativamente.

En la cocina había cosas bastante más interesantes. Encima de los fogones de gas, cajas de cerillas grandes y una cacerola con restos de comida. Daban la impresión de ser gachas de avena, completamente resacas. En el fregadero había una cafetera esmaltada y una taza sin fregar, con una capa fina de posos de café en el fondo. También completamente seco. Descubrieron un plato hondo y un bote de hojalata con café poco molido, de textura gruesa. En la pared opuesta se hallaba la nevera y dos armarios de puertas correderas. Lo abrieron todo. En la nevera había un paquete de medio kilo de margarina, abierto, dos huevos y un trozo de embutido, tan viejo que estaba cubierto por una capa de cultivos bacterianos.

Al parecer, uno de los armarios servía para guardar la vajilla, el otro como despensa. Aparecieron platos, tazas, vasos, una fuente, sal, media barra de pan, un paquete de terrones de azúcar y una bolsa de avena. En los cajones de abajo había un cuchillo de cocina y unos cuantos cubiertos, que no hacían juego.

Kollberg tocó la barra de pan. Dura como una piedra.

—Debe de llevar algún tiempo fuera de casa.

—Sí —repuso Martin Beck.

Bajo la encimera situada al lado del fregadero había una sartén y cacerolas. Y en el espacio vacío bajo la pila hallaron una bolsa de basura. Casi vacía.

Junto a la ventana, en el rincón que hacía las veces de comedor, una mesa de cocina roja, de tableros abatibles, y otras dos sillas plegables. Sobre la mesa, dos botellas de tres cuartos de litro y un vaso usado. Las botellas habían contenido vermú dulce. En una de ellas todavía quedaba un poco.

Tanto el marco de la ventana como la mesa aparecían cubiertos por una capa de suciedad grasienta, aparentemente debida al humo de los coches que, pese a estar la ventana cerrada, se filtraba por las rendijas.

Kollberg entró en el baño a echar un vistazo y regresó al cabo de medio minuto, moviendo la cabeza en señal de negación.

—Allí no hay nada.

En los dos cajones superiores de la cómoda había camisas, una chaqueta de punto, calcetines, ropa interior y dos corbatas. Todo limpio pero desgastado. El cajón inferior contenía ropa sucia y una cartilla de alistamiento.

Lo abrieron y pudieron leer: 2521-7-46 Fransson, Ingemund Rudolf, Växjö, 5/2 -26, empleado de jardinería, Västergatan 22, Malmö.

Martin Beck continuó hojeando la cartilla. Gracias a ello pudo averiguar algún dato sobre las ocupaciones de Ingemund Rudolf Fransson hasta el año 1947. Había nacido en Småland hacía cuarenta y un años. En 1946 trabajaba como empleado de jardinería en Malmö y residía en dicha ciudad, en Västergatan. Ese mismo año fue llamado a filas, se le asignó el Grupo de Intendencia n.º 4, esto es, la categoría más baja, y sirvió durante doce meses en el Regimiento de Artillería Antiaérea de Malmö. En el acta de licenciamiento de 1947, una persona cuya firma resultaba ilegible le había asignado la nota X-5-5, calificación por debajo de la media. La cifra romana se refería a la evaluación militar, y significaba que no había incurrido en ninguna infracción disciplinaria. Y los dos cincos indicaban que como soldado no era nada del otro mundo, ni siquiera dentro de su categoría. En el código de utilidad, el oficial de firma ilegible se había limitado a escribir, lacónicamente: *Asist. cocina*, lo que probablemente quería decir que se había pasado la mili pelando patatas.

Por lo demás, el rápido y somero registro realizado dentro de la vivienda no permitía descubrir nada sobre la actual ocupación de Ingemund Fransson, ni sobre sus actividades durante las últimas dos décadas.

—El correo —dijo Kollberg y salió al recibidor.

Martin Beck asintió, se colocó junto a la cama y se puso a observarla. Las sábanas estaban arrugadas y sucias, la almohada, estrujada. Aun así, no daba la impresión de que nadie hubiera dormido allí en los últimos dos o tres días. Kollberg volvió a la habitación.

—Son sólo periódicos y propaganda. ¿De qué fecha es aquel periódico?

Martin Beckladeó la cabeza, entornó los ojos y dijo:

—Del jueves ocho de junio.

—Eso es. Por lo visto, llega con un día de retraso. No ha tocado su correo desde el sábado diez. O sea, no después del asesinato de Vanadislunden.

—Aun así, parece que estuvo en casa el lunes.

—Sí—asintió Kollberg. Y añadió—: Pero no creo que haya vuelto después.

Martin Beck estiró el brazo derecho, cogió entre los dedos pulgar e índice una esquina de la funda de la almohada y la levantó.

Bajo la almohada había dos pares de bragas infantiles, blancas.

Parecían muy pequeñas.

Salpicadas con manchas de diferentes matices.

Se quedaron completamente paralizados en la habitación desnuda y enrarecida, oyendo el tráfico y su propia respiración. Transcurrieron así unos veinte segundos. Luego, Martin Beck dijo deprisa y maquinalmente:

—Bueno. Pues ya está. Hay que sellar el piso y acordonar la zona. Llama a los técnicos forenses.

—Lástima que no haya ninguna fotografía —dijo Kollberg.

Martin Beck pensó en el muerto aparecido en el edificio en ruinas de

Vástmannagatan, que aún seguía sin identificar. Podía encajar, pero no estaba seguro. Ni mucho menos. Ni siquiera resultaba probable.

Aún sabían muy poco acerca de aquel individuo llamado Ingemund Fransson.

.....

Tres horas después, a las dos de la tarde del martes 20 de junio, ya sabían más. Entre otras cosas, que el muerto de Vástmannagatan no era Ingemund Fransson. Varios testigos, entre náuseas, habían confirmado este punto.

La investigación tenía por fin un hilo del que empezar a tirar, y la maquinaria policial, engrasada a la perfección, iba desenredando con inexorable eficacia la trama relativamente sencilla del pasado de Ingemund Fransson.

Se habían puesto ya en contacto con un centenar de personas: vecinos, tenderos, funcionarios de los servicios sociales, médicos, militares, pastores, grupos de ayuda a alcohólicos y muchos otros. La imagen se iba haciendo cada vez más nítida.

Ingemund Fransson había ido a vivir a Malmö en 1943, donde enseguida consiguió un empleo en la Administración Municipal de Parques. La muerte de sus padres fue, probablemente, la razón de este traslado. Su padre, obrero de Växjö, había muerto durante la primavera. Su madre, cinco años antes. No tenía más familiares. Inmediatamente después de cumplir su servicio militar se trasladó a Estocolmo. Llevaba residiendo en el piso de Sveavägen desde 1948, y había estado empleado en los parques y jardines municipales hasta 1956, momento en que dejó de trabajar. Primero, un médico privado le concedió la baja, luego lo examinaron varios psiquiatras de la seguridad social, y dos años más tarde fue prejubilado definitivamente, clasificado como inútil para el trabajo. El informe oficial contenía una expresión un tanto misteriosa: «Incapacidad psíquica para el trabajo físico».

Los médicos que habían estado en contacto con él afirmaron que su inteligencia era superior a la media, pero que padecía una especie de miedo crónico al trabajo, que le hacía lisa y llanamente incapaz de acudir a su lugar de trabajo. Los intentos de reciclarlo profesionalmente habían fracasado. Lo enviaron a trabajar a un taller mecánico y durante cuatro semanas se presentó todas las mañanas ante la verja de la fábrica, pero no tuvo fuerzas para entrar. Decían que este tipo de fobia era rara, pero en modo alguno singular. Fransson no padecía enfermedad mental alguna, ni requería atención médica. Su inteligencia no suponía un problema, y tampoco tenía defectos físicos de mayor importancia (si el médico militar le asignó una categoría inferior fue sólo por tener pies planos). Se trataba, en todo caso, de un individuo profundamente solitario, que no sentía necesidad de contactos y que carecía de amigos y aficiones, más allá de lo que un médico denominaba «un vago interés por su tierra, en la provincia de Smaland». Tenía un carácter tranquilo y apacible, no consumía alcohol, era

extremadamente parco y podía considerarse como una persona ordenada, si bien «mostraba poco interés por su aspecto». Fumaba. No se le había detectado ninguna perversión sexual. Es cierto que cuando el médico le preguntó si solía masturbarse, Fransson contestó de forma evasiva. El médico, en cualquier caso, supuso que sí lo hacía, pero que sus pulsiones sexuales eran excepcionalmente bajas. Padecía agorafobia.

Casi todos estos datos provenían de informes médicos realizados en los años 1957 y 1958. Desde entonces, ninguna autoridad había tenido motivos para interesarse por Fransson, más allá de cuestiones puramente rutinarias. Cobraba una pensión y llevaba una vida discreta. Estaba suscrito al *Smalands-Posten* desde principios de los cincuenta.

—¿Qué es agorafobia? —preguntó Gunvald Larsson.

—Pánico a los espacios abiertos —dijo Melander.

En el centro de operaciones la actividad era febril. El despliegue policial avanzaba a toda máquina. Casi todos se habían olvidado de su cansancio. Había brotado la esperanza de una solución rápida.

En la calle, el frío arreciaba. Y había empezado a llover.

Las informaciones entraban en cascada, como en un teletipo. Aunque seguían sin fotografías, tenían una descripción perfecta, completada en todos sus detalles por médicos, vecinos, antiguos compañeros de trabajo y personal de las tiendas en las que solía comprar.

Fransson medía un metro setenta y cuatro centímetros, pesaba aproximadamente setenta y cinco kilos y, efectivamente, calzaba un cuarenta.

Los vecinos decían que se trataba de un hombre de pocas palabras, pero amable y simpático, que hablaba con acento de Småland y saludaba siempre. Inspiraba confianza. Nadie le había visto en los últimos ocho días.

A estas alturas, los técnicos que trabajaban en el piso de Sveavägen y ya habían conseguido poner a buen recaudo todas las pruebas detectadas. La vinculación de Fransson con los dos asesinatos podía considerarse demostrada. En el zapato negro del escobero se había encontrado sangre.

—Así que la cosa llevaba rondándole más de diez años —dijo Kollberg.

—Sí. Y de repente va, le da una ventolera y se lía a matar niñas —dijo Gunvald Larsson.

Sonó un teléfono. Rönn lo cogió.

Martin Beck iba por el despacho de un lado para otro, mordiéndose los nudillos.

—Sabemos de él todo lo que hace falta. Lo tenemos todo menos su fotografía. Y tarde o temprano saldrá una, seguro. Lo único que no conocemos es su paradero.

—Pues yo sé dónde estaba hace un cuarto de hora —dijo Rönn—. Hay una niña muerta en el parque de Sankt Erik.

El parque de Sankt Erik es una de las zonas verdes más pequeñas de la ciudad. Tan insignificante, en realidad, que la mayoría de los habitantes de Estocolmo ni siquiera conocen su existencia. Son pocas las personas que se dejan caer por allí. Y menos todavía quienes piensan en vigilarlo.

Está situado hacia el norte y viene a ser una especie de cierre artificial de la larga avenida de Västmannagatan. Se trata de una pequeña colina arbolada, con senderos de grava y escaleras, que se precipita de manera bastante abrupta sobre las calles aledañas. Por lo demás, la mayor parte de la zona está ocupada por un colegio, naturalmente cerrado en verano.

El cadáver yacía en la parte noroeste del parque y resultaba plenamente visible en uno de los extremos del peñasco. Constituía una macabra confirmación de la tesis según la cual los asesinatos serían cada vez más espantosos. Esta vez, el hombre llamado Ingemund Fransson había tenido bastante prisa. Golpeó la cabeza de la niña contra una piedra y la estranguló. Luego le arrancó el abrigo de plástico rojo y el vestido, rompiéndolos por la mitad, le quitó las bragas a fuerza de estirones y le clavó en el bajo vientre lo que parecía ser el mango de un viejo martillo.

Para empeorar todavía más las cosas, fue la madre de la niña quien encontró el cuerpo. La cría se llamaba Solveig y era mayor que las otras dos víctimas, pues había cumplido ya los once años. Vivía en Dannemoragatan, a menos de cinco minutos a pie desde el lugar del crimen y, que se supiera, carecía de motivos para ir al parque. Había salido de su casa con la intención de comprar una tableta de chocolate en el quiosco situado cerca de la confluencia entre Dannemoragatan y Norra Stationsgatan, fuera del parque propiamente dicho, en su extremo noreste. El encargo no requería más de diez minutos. Por lo demás, su madre le tenía prohibido ya desde antes jugar en el parque, y ella nunca iba allí. Pasado un cuarto de hora, la madre salió a buscarla. No la había acompañado porque tenía que cuidar de otra hija, de año y medio. No tardó mucho en encontrar el cadáver. Sufrió un colapso y permanecía ingresada en el hospital.

Allí estaban, bajo la llovizna, mirando a la niña muerta y sintiéndose mucho

más culpables que el propio asesino de esta muerte, tan horrible y tan absurda. No lograron encontrar las bragas, ni tampoco la tableta de chocolate. Tal vez Ingemund Fransson tenía hambre, y se la llevó para comérsela.

No había la menor duda de que el asesinato era obra suya. Y si alguien se atrevía a cuestionarlo, había incluso un testigo que le había visto hablar con la niña. Pero conversaban con tanta confianza que el testigo pensó que se trataba de un padre y su hija. Ciertamente, Ingemund Fransson era un hombre simpático y amable, inspiraba confianza. Llevaba una americana de pana beis, pantalones de color marrón, camisa blanca con cuello abierto, y zapatos negros, elegantes.

Las bragas desaparecidas eran de color azul claro.

—Está por aquí cerca —dijo Kollberg.

Por debajo estaba tronando el pesado tráfico que atravesaba Sankt Eriksgatan y Norra Stationsgatan. Martin Beck contemplaba la amplia terminal de carga ferroviaria.

—Busca en todos los vagones, almacenes, sótanos y áticos de la zona —dijo pausadamente—. ¡Y hazlo ya!

Luego se dio media vuelta y se marchó. Eran las tres del martes, 20 de junio. Estaba lloviendo.

La redada empezó a eso de las cinco de la tarde del martes; continuaba todavía a medianoche y se intensificó aún más durante la madrugada.

En ella intervinieron todos los efectivos que fue humanamente posible dedicar a la investigación. Todos los perros se echaron a la calle. Todos los coches se movilizaron. En un primer momento, la persecución se centró en los barrios del norte, pero luego fue extendiéndose de forma progresiva a todo el casco urbano, para finalmente ramificarse por las zonas del extrarradio.

Estocolmo es una ciudad en la que miles de personas duermen al aire libre durante el verano. No solamente vagabundos, drogadictos y alcohólicos, también numerosos visitantes ocasionales que no encuentran alojamiento en los hoteles, y muchas personas sin hogar que, pese a ser perfectamente aptos para el trabajo y, en general, gente de bien, no pueden conseguir casas por la sencilla razón de que no las hay, debido a una planificación social desastrosa. Estas gentes pasan la noche en los bancos, o en el suelo, sobre viejos periódicos, debajo de los puentes, en muelles y patios.

También son muchos los que se buscan un alojamiento provisional en edificios en ruinas, casas nuevas a medio terminar, refugios antiaéreos, garajes, cocheras ferroviarias, escaleras, sótanos, áticos y cobertizos. O incluso en barcos, lanchas motoras o viejas embarcaciones abandonadas. Muchos deambulan por las estaciones del metro o la Estación Central o se las ingenian para colarse en una instalación deportiva. Y si uno es listo puede incluso, sin grandes dificultades, introducirse en el sistema subterráneo de comunicaciones que recorre el subsuelo de la ciudad, con su laberinto de pasillos y corredores interconectados.

Esa noche, miles de personas de este tipo fueron despertadas a empellones por policías uniformados y de paisano, que los obligaron a levantarse apuntando con las linternas directamente contra sus rostros soñolientos, exigiendo un carné de identificación. Fueron muchos, incluso, los que tuvieron que soportar este tratamiento varias veces a lo largo de la noche, algunos hasta cuatro, cinco o seis veces: cambiaban de un sitio a otro para ver nuevamente su sueño interrumpido por otros policías, tan cansados como ellos mismos.

Por lo demás, las calles estaban tranquilas. Ni siquiera las prostitutas o los

camellos osaban salir. Probablemente, no habían advertido que la policía tenía menos tiempo que nunca para dedicarles.

Hacia las siete de la mañana del miércoles, la redada fue remitiendo. Policías desvelados y ojerosos volvían a casa para dormir un par de horas; otros se derrumbaban sobre sofás y bancos de madera en los puestos de guardia y cuartos de estar de las diferentes comisarías.

Aquella noche encontraron a un montón de gente en los lugares más inesperados, pero ninguno se llamaba Ingemund Rudolf Fransson.

A las siete, Kollberg y Martin Beck se hallaban en las dependencias de Kungsholmsgatan tan cansados que habían dejado incluso de advertirlo y sentirlo. Antes bien, parecían haber encontrado una especie de fondo de energía de reserva.

Kollberg se colocó delante del plano grande de la pared, con las manos en la espalda.

—Era jardinero. Empleado municipal. Trabajó durante ocho años en los parques de la ciudad. Sin duda, en este tiempo habrá tenido ocasión de recorrerlos todos. Hasta ahora, no ha salido del casco urbano. Se mantiene dentro del terreno que conoce.

—Si pudiéramos fiarnos de eso... —dijo Martin Beck.

—Una cosa está clara: esta noche no la ha pasado en un parque —dijo Kollberg—. Por lo menos, no en Estocolmo. —Hizo una larga pausa y prosiguió pensativo—. Si no, ¡maldita la suerte que hemos tenido!

—Eso es —dijo Martin Beck—. Además, hay zonas enormes que resulta difícil controlar durante la noche: Djurgården, Gärdet, el bosque de Lill-Jan... por no hablar del extrarradio.

—La reserva de Nacka —sugirió Kollberg.

—Y los cementerios —añadió Martin Beck.

—Eso, los cementerios —asintió Kollberg—. Es cierto que permanecen cerrados, pero...

Martin Beck miró el reloj.

—Bueno, ahora debemos preguntarnos: ¿qué hace durante el día?

—Eso es precisamente lo desconcertante —comentó Kollberg—. Por lo visto, deambula por la ciudad de forma completamente abierta.

—Tenemos que cogerle hoy —dijo Martin Beck—. Otra cosa es impensable.

—Sí —asintió Kollberg.

Alertaron a los psicólogos, que se mostraron encantados de colaborar y aportaron la idea de que Ingemund Fransson no se proponía, de forma consciente, mantenerse alejado ni apartado. Lo más probable era que se hallase en un estado de no conciencia, y que actuase de forma también inconsciente, pero con inteligencia y guiándose por un instinto de supervivencia puramente automático.

—Muy revelador —comentó Kollberg.

Pasado un rato llegó Gunvald Larsson. Había trabajado de manera independiente y siguiendo métodos propios.

—¿Sabéis cuántos kilómetros he recorrido desde anoche? Trescientos cuarenta. ¡En esta jodida ciudad! Y despacio. Debe de tratarse de una especie de fantasma.

—Un punto de vista interesante —dijo Kollberg. Melander también tenía el suyo:

—Me preocupa el *modus operandi*. Primero comete un asesinato y luego otro, casi inmediatamente después. Luego sigue una pausa de ocho días, luego otro asesinato y ahora...

Todos opinaban.

Entre la población de Estocolmo cundía la histeria y el pánico. El cuerpo de policía estaba exhausto.

La reunión celebrada durante la mañana del miércoles estuvo marcada por el optimismo y la confianza. Pero sólo de manera superficial. Por dentro, todos albergaban el mismo miedo.

—Necesitamos más gente —dijo Hammar—. Convoca a todo el personal que se pueda liberar de fuera de la región. Muchos se presentarán voluntariamente.

Y también policías de paisano. Éste era un tema recurrente. Policías de paisano en sitios estratégicos. Que salieran a los parques todos los que dispusieran de un chándal o un viejo mono de trabajo.

—Hay que poner a patrullar muchos agentes uniformados —dijo Martin Beck—. Para tranquilizar a la gente. Para darles sensación de seguridad.

Al reflexionar sobre lo que acababa de argumentar experimentó un amargo sentimiento de desesperanza e impotencia.

—Obligación de presentar carné de identificación en todas las tiendas de licores —dijo Hammar.

La idea era buena, pero no dio resultado.

La sensación era que nada daba resultado. Las horas del miércoles pasaron arrastrándose pesadamente. Recibieron una decena de alarmas, pero ninguna parecía muy esperanzadora. De hecho, todas se revelaron falsas.

Llegó la tarde y luego una noche fría. Las redadas continuaban.

Nadie dormía. Gunvald Larsson hizo otros trescientos kilómetros con su coche, a 46 céntimos el kilómetro.

—Hasta los perros están groguis —dijo al volver—. Ya no tienen fuerzas ni para morder a los policías.

Por entonces era ya la madrugada del jueves 22 de junio, víspera de San Juan. Parecía que iba a ser un día caluroso, pero con mucho viento.

—Ahora voy a colocarme en Skansen, disfrazado de mayo florido —dijo Gunvald Larsson.

Nadie tuvo fuerzas para contestarle. Martin Beck estaba mareado y se le revolvió el estómago. Cuando intentó llevarse a los labios el vaso de café, su mano temblaba tanto que lo derramó sobre el papel secante de Melander. Éste, que en circunstancias normales era de lo más puntilloso, ni siquiera pareció darse cuenta.

Además, se mostraba inusualmente serio. Pensaba en la secuencia cronológica de los crímenes.

Y los plazos señalaban que muy pronto iba a volver a ocurrir.

A las dos de la tarde llegó, por fin, el desenlace.

Fue en forma de llamada telefónica. La atendió Rönn.

—¿Dónde? ¿En Djurgården? —Tapó el auricular con la mano, miró a los demás y dijo—: Está en Djurgården. Varias personas lo han visto allí.

—Con suerte, andará todavía por la zona sur de Djurgården. En tal caso, lo tenemos servido en bandeja —dijo Kollberg en el coche mientras conducían en dirección este, seguidos por Melander y Rönn.

El sur de Djurgården es una isla y, para llegar a ella, si no se viaja en *ferry* o en barco propio, hay que cruzar uno de los dos puentes sobre la cala de Djurgårdsbrunn y el canal. En el tercio de la isla situado más cerca del centro hay museos, el parque de atracciones Gröna Lund, restaurantes de verano, puertos deportivos, el Skansen —museo al aire libre y parque zoológico— y el pequeño barrio llamado Gamla Djurgårdsstaden. El resto de la superficie está cubierto por parques y jardines, que alternan con zonas naturales en estado salvaje. Los edificios son antiguos pero están bien conservados.

Esparcidos a lo largo del terreno y rodeados de hermosos jardines hay palacios, villas señoriales con empaque de palacete y pequeñas casas de madera del siglo XVIII.

Melander y Rönn enfilaron el puente Djurgården mientras Kollberg y Martin Beck continuaban hasta el restaurante de Djurgårdsbrunn. En el patio situado delante del restaurante había aparcados ya un par de coches de policía.

El puente de Djurgårdsbrunn, sobre el canal, estaba bloqueado por un coche patrulla. Al otro lado vieron un segundo coche, que avanzaba directamente hacia la escuela para sordos de Manilla.

En el lado norte del puente se había congregado un grupo de gente. Al acercarse Martin Beck y Kollberg, un hombre mayor abandonó el grupo y fue a su encuentro.

—Supongo que son ustedes los comisarios —dijo.

Se detuvieron, y Martin Beck asintió con la cabeza.

—Me llamo Nyberg —siguió el hombre—. Yo fui quien descubrió al asesino y avisó a la policía.

—¿Dónde le descubrió? —preguntó Martin Beck

—Por debajo de Gröndal. Estaba en el camino, mirando hacia arriba, a la

casa. Le reconoci enseguida por la foto y descripción de los periódicos. Al principio no sabía qué hacer, si intentar capturarlo... Pero al acercarme noté que hablaba solo. Me pareció tan raro que comprendí que debía tratarse de un individuo peligroso, así que subí hasta el restaurante todo lo tranquilo que pude, para llamar por teléfono.

—¿Hablabas solo? —preguntó Kollberg—. ¿Oyó lo que decía?

—Decía que estaba enfermo. Se expresaba de manera muy extraña, pero eso es lo que decía. Que estaba enfermo. Regresé tras la llamada, pero entonces ya había desaparecido. Luego me quedé aquí vigilando junto al puente hasta que llegó la policía.

Martin Beck y Kollberg continuaron hasta el puente e intercambiaron unas palabras con los agentes del coche patrulla.

El individuo había sido avistado por varios testigos en la zona situada entre el canal y Manilla. Al parecer, el último en verlo era el testigo de Gröndal. Estaban barriendo la zona. Y venían refuerzos de camino. Como el acordonamiento se había realizado con gran rapidez, el hombre debía encontrarse todavía en la parte sur de Djurgården. Desde el momento en que el testigo descubrió al hombre junto a Gröndal, ningún autobús había atravesado el puente. Todos los caminos hacia la ciudad habían sido cortados inmediatamente, así que resultaba difícil imaginar que el hombre hubiera tenido tiempo de llegar hasta Skansen o Djurgårdsstaden antes del acordonamiento. Por lo demás, las posibilidades de cogerle desprevenido no eran grandes. Ya debía de haber advertido el despliegue policial.

Martin Beck y Kollberg subieron al coche y cruzaron el puente, seguidos por dos coches patrulla recién llegados. Se detuvieron en el camino situado entre la escuela para sordos y el puente Djurgårdsbrunn, y desde allí comenzaron a organizar la búsqueda.

Quince minutos más tarde, hizo acto de presencia en el lugar todo el personal disponible en varios distritos de Estocolmo. Alrededor de cien agentes fueron despachados al campo de operaciones desde diferentes puntos situados entre Skansen y Blockhusudden.

Martin Beck estaba en el coche, dirigiendo por radio la operación. Los grupos de búsqueda iban provistos de *walkie-talkies* y coches patrulla en movimiento controlaban los senderos de la zona. Muchos paseantes inocentes fueron repetidamente abordados, obligados a identificarse y requeridos a abandonar el lugar. En los acordonamientos se procedía a la detención e inspección de todos los coches que iban rumbo al centro.

En el parque situado alrededor del palacio de Rosendal, un joven echó a correr cuando uno de los policías pidió su carné. Para su asombro, fue a parar a las manos de otros dos agentes. Se negó a decir quién era y por qué se había dado a la fuga. Tras un rápido cacheo, se descubrió en el bolsillo de su abrigo una

Parabellum de nueve milímetros, cargada. Fue conducido a la comisaría de verano, situada junto al parque de atracciones de Gröna Lund, del distrito de Östermalm.

—De seguir así no tardaremos en meter en el calabozo a todos los criminales de Estocolmo, menos al individuo que buscamos —dijo Kollberg.

—Está escondido en algún sitio —dijo Martin Beck—. Esta vez no puede escapar.

—No estés tan seguro —replicó Kollberg—. No podemos mantener la zona acordonada para siempre. Y si ha conseguido llegar más allá de Skansen...

—No puede haber llegado tan lejos. A menos que tenga coche, cosa que no me parece creíble.

—¿Por qué no? Puede haberlo robado.

De repente, sonó una voz por radio. Martin Beck pulsó el botón y contestó.

—El coche noventa y siete, nueve siete aquí. Le hemos encontrado. Cambio.

—¿Dónde estáis? —preguntó Martin Beck

—En Biskopsudden. Encima del club náutico.

—Ahora vamos —dijo Martin Beck

Les llevó tres minutos llegar a Biskopsudden. Tres coches patrulla, un policía motorizado y numerosos policías civiles y uniformados estaban en el camino. El hombre se hallaba entre los coches, rodeado de policías. Un agente en cazadora de cuero trajo al individuo cogido del brazo, mientras le hacía una llave por la espalda.

El hombre era delgado y algo más bajo que Martin Beck. Tenía una nariz prominente, ojos azul grisáceos y pelo de color marrón claro, peinado hacia atrás y bastante ralo sobre la coronilla. Llevaba pantalones marrones, camisa blanca sin corbata y americana marrón oscuro. Al acercarse Martin Beck y Kollberg, dijo:

—¿De qué se trata?

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Martin Beck

—Fristedt. Wilhelm Fristedt.

—¿Puede identificarse?

—No, se me ha olvidado el carné de conducir. Lo tengo en otra americana.

—¿Dónde ha estado durante las últimas dos semanas?

—En ningún sitio. Quiero decir: en casa. En Bondegatan. He estado enfermo.

—¿Ha estado solo en casa?

Fue Kollberg quien hizo la pregunta. Sonaba sarcástico.

—Sí —dijo el hombre.

—Se llama Fransson, ¿no? —inquirió Martin Beck amablemente.

—No. Me llamo Fristedt —dijo el hombre—. ¿Es necesario apretar tanto? Me hace daño en el brazo.

Martin Beck hizo un movimiento de cabeza al agente de la cazadora de cuero.

—Venga, vale. Métele en el coche.

Kollberg y él se hicieron a un lado y Martin Beck dijo:

—¿Qué te parece? ¿Es nuestro hombre?

Kollberg se rascó la cabeza.

—No lo sé. Parece tan pulcro y normal. De alguna manera, no encaja. Pero el aspecto sí, y no lleva identificación. La verdad es que no sé qué pensar.

Martin Beck se acercó al coche y abrió la puerta del asiento de atrás.

—¿Qué hace aquí en Djurgården? —preguntó.

—Nada. De paseo. Realmente, ¿de qué va todo eso?

—¿No puede probar su identidad?

—Desgraciadamente no.

—¿Dónde vive?

—En Bondegatan. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Qué hizo el martes pasado?

—¿Antes de ayer? Estuve en casa. Enfermo. Es la primera vez que salgo en quince días.

—¿Quién lo puede corroborar? —dijo Martin Beck—. ¿Había alguien con usted durante su enfermedad?

—No, estaba solo.

Martin Beck tamborileaba con los dedos encima del tejado del coche mirando a Kollberg. Éste abrió la puerta del otro lado, asomó su cabeza dentro del coche y dijo:

—¿Le puedo preguntar qué es lo que hacía cuando estaba delante de Gröndal hace media hora?

—¿Perdón?

—Dijo algo cuando estaba por debajo de Gröndal hoy.

—Ah —recordó el hombre—. Sí.

Sonrió levemente y prosiguió:

—«Soy un tilo enfermo que, aún joven, se seca. Incapaz de todo, esparzo a los vientos mi hojarasca muerta». ¿Se refiere a eso?

El policía de la cazadora de cuero observaba al hombre con la boca abierta.

—Es un poema de Fröding —explicó Kollberg.

El agente de la cazadora de cuero abrió la boca aún más.

—Bueno —siguió el hombre—. Fröding residía en Gröndal cuando murió. No demasiado viejo, pero muy enfermo mental.

—¿Qué profesión tiene? —preguntó Martin Beck.

—Soy carnicero —dijo el hombre.

Martin Beck se incorporó y miró a Kollberg por encima del techo del coche. Kollberg se encogió de hombros. Martin Beck encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. Luego se inclinó abajo y contempló al hombre.

—De acuerdo —dijo—. Volvemos a empezar. ¿Cómo se llama?

El sol caía a plomo sobre el techo del coche. El hombre del asiento de atrás se secó el sudor de la frente y respondió:

—Wilhelm Fristedt.

Llegado el caso, resultaba posible convencer a la gente de que Martin Beck era un inocente pueblerino, víctima de un engañoso. O también, hacer pasar a Kollberg por asesino sexual. Cabía incluso coger a Rönn, ponerle una barba postiza y hacerle pasar por Santa Claus. Probablemente, un testigo atribulado sería capaz de afirmar que Gunvald Larsson era negro. Sin duda, también resultaba posible disfrazar al comisario jefe de operario municipal, o convertir en tronco de árbol al director general de la policía. Quizá también sería posible convencer a alguien de que el ministro del Interior era policía. Tal vez cabía incluso, como hicieron los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y continuaban haciendo ciertos fotógrafos monomaniacos, disfrazarse de arbusto con la pretensión de pasar inadvertido. Era posible convencer a la gente de prácticamente cualquier cosa.

Pero nada en el mundo podía lograr que nadie se confundiera respecto a Kristiansson y Kvant.

Kristiansson y Kvant llevaban gorras de uniforme y cazadoras de cuero con botones dorados. Una correa cruzaba su pecho en diagonal. Del cinturón pendían porra y pistola. Tal vestimenta se debía a que empezaban a pasar frío apenas la temperatura bajaba de 20° C.

Ambos eran de Escania.

Los dos medían uno ochenta y seis y tenían ojos azules. Los dos eran anchos de hombros, rubios y pesaban cerca de noventa kilos. Conducían un Plymouth negro con guardabarros blancos. El coche iba provisto de foco y mástil de radio, y también de una sirena rotatoria de color anaranjado y dos luces rojas sobre el techo. Además, llevaba la palabra «POLICÍA» escrita con mayúsculas blancas en cuatro lugares diferentes del vehículo: cruzada sobre las puertas, en el capó y en el maletero.

Kristiansson y Kvant eran policías de radiopatrulla.

Antes de ser policías, los dos habían sido militares profesionales, sargentos del Regimiento de Infantería de Escama, con sede en Ystad.

Ambos estaban casados, con dos hijos cada uno.

Formaban equipo desde hacía mucho tiempo y se conocían tan bien como,

probablemente, sólo pueden llegar a conocerse dos hombres que comparten coche patrulla. Pidieron el traslado a la vez, y sólo se encontraban a gusto cuando estaban juntos.

Pese a todo, se trataba de dos tipos bastante diferentes, y casi todos los días se ponían de los nervios mutuamente. Kristiansson era lento y conciliador, Kvant vehemente y provocador. Kristiansson nunca hablaba de su mujer; Kvant, en cambio, prácticamente no tenía otro tema de conversación que la suya. A estas alturas, Kristiansson lo sabía todo acerca de ella. No sólo lo que decía o hacía. También estaba al tanto de los detalles más íntimos de su comportamiento y conocía cada lunar de su cuerpo.

Se consideraba que se complementaban de manera excelente.

Habían detenido a muchos ladrones y a miles de borrachos, y puesto fin a centenares de altercados domésticos; el propio Kvant, además, había organizado unos cuantos, pues daba por hecho que la aparición inesperada de dos policías en el recibidor de casa suscita en la gente ganas de bronca.

Nunca habían protagonizado intervenciones espectaculares, ni visto sus nombres en los periódicos. Una vez, cuando todavía trabajaban en Malmö, tuvieron que trasladar al hospital a un periodista borracho, que seis meses más tarde resultó asesinado. Tenía un corte en una mano. Era lo más cerca que habían estado de la fama.

Hay personas que tienen su segunda residencia en el club Sällskapet de Arsenalsgatan. De la misma manera, Kristiansson y Kvant tenían la suya en el coche patrulla, donde imperaba una atmósfera difícilmente descriptible, de tufo a alcohol e intimidad enrarecida.

Había algunos que los consideraban arrogantes, porque hablaban con acento de Escania. Ellos mismos se irritaban cuando ciertos individuos, incapaces de captar la musicalidad y los matices de dicho dialecto, intentaban imitarlos.

En realidad, Kristiansson y Kvant ni siquiera estaban adscritos a la policía de Estocolmo. Trabajaban como agentes de radiopatrulla en Solna, y de los asesinatos cometidos en los parques no sabían mucho más que lo que habían leído en los periódicos y escuchado por radio.

El jueves 22 de junio, poco después de las dos y media, se hallaban justo enfrente del castillo de Karlberg. Les quedaban unos veinte minutos para terminar su turno.

Kristiansson, que era quien se hallaba al volante, acababa de dar la vuelta al coche en el viejo patio de instrucción y de desfiles situado delante de la Escuela Superior de Defensa y tomaba rumbo hacia el oeste, conduciendo por la orilla de Karlberg.

—¡Para! —exclamó Kvant.

—¿Y eso?

—Quiero echar un vistazo a ese barco.

Al cabo de un rato, Kristiansson bostezó y dijo:

—¿Has terminado de mirar?

—Sí.

Siguieron el camino despacio.

—Han cogido al asesino del parque —dijo Kristiansson—. Le tienen rodeado en Djurgården.

—Ya lo he oído —replicó Kvant.

—Menos mal que los críos están en Escania.

—Sí —asintió Kvant—. Es raro...

Se interrumpió. Kristiansson no dijo nada.

—Es raro —siguió Kvant—. Yo, antes de conocer a Siv, me pasaba todo el tiempo detrás de las tías. Siempre intentaba ligar con alguna. Siempre pletórico, que se dice. ¡Vaya un cachondo que estaba yo hecho!

—Sí, ya me acuerdo —comentó Kristiansson bostezando.

—Pues ahora, ya ves, me siento como un burro viejo. Es meterme en la cama y quedarme frito. Y lo primero que me viene a la cabeza cuando me despierto es el yogur y los chocokrispies. —Hizo una breve pausa, cargada de significado, y luego sentenció—: A lo mejor es la edad.

Kristiansson y Kvant acababan de cumplir treinta años.

—Sí —dijo Kristiansson.

Pasaron por delante del puente de Karlberg. Ahora se encontraban a unos veinte metros del límite de la ciudad de Estocolmo.

Si el asesino de los parques no hubiese estado rodeado en Djurgården, Kristiansson probablemente habría enfilado Ekelundsvägen para echar un vistazo a lo que, tras las últimas obras, aún quedaba del bosque Ingenting. Pero ya no había motivo para hacerlo. Además, no quería volver a ver la Academia de Policía una vez más aquel mismo día. Ésa fue la razón por la que siguió hacia el oeste, tomando el camino serpenteante a lo largo de la orilla.

Al pasar por Talludden, Kvant miró con repugnancia a los adolescentes que haraganeaban delante del café y en torno a los coches del aparcamiento.

—La verdad es que deberíamos echar un vistazo a esos malditos cacharros.

—Que se encarguen los de tráfico —le replicó Kristiansson—. Tenemos que volver dentro de quince minutos.

Permanecieron un rato en silencio.

—¡Menos mal que han cogido a ese loco salido! —dijo Kristiansson.

—¡Alguna vez podrías decir algo que no hayas repetido ya veinte veces antes! —contestó Kvant.

—No es tan fácil.

—Esta mañana, Siv estaba de un humor... —dijo Kvant—. ¿Te comenté lo del bulto que decía que tenía en el pecho izquierdo? ¿El que se figuraba que era cáncer?

—Sí, ya me lo has contado.

—¿Ah, sí? Bueno, de todos modos, pensé que llevaba ya tanto tiempo dando la tabarra con lo del bulto que lo mejor sería que lo palpara yo mismo. Bueno, pues como se queda como un pez muerto tras sonar el despertador y yo, claro, me despierto antes que ella... El caso es que...

—Sí, ya me lo has contado.

Llegaron al final de la orilla de Karlberg pero en vez de enfilar la nueva calle en dirección a la carretera a Sundbyberg —que era indudablemente el camino más corto a la comisaría—. Kristiansson continuó un poco más y pasó por la alameda de Huvudsta, camino que en los últimos tiempos apenas utilizaba nadie.

Más adelante, muchos quisieron saber por qué había tomado justo ese camino. Pero tal pregunta carecía de respuesta. Simplemente, lo hizo. En cualquier caso, Kvant no reaccionó.

Llevaba demasiados años trabajando de patrullero como para plantear cuestiones sin sentido. En vez de ello, dijo en tono reflexivo:

—No entiendo qué le está pasando. Quiero decir a Siv.

Pasaron por delante del palacio de Huvudsta.

Para palacio, poca cosa, pensó Kristiansson por enésima vez. En su tierra, en Escania, sí que había palacios de verdad. Habitados por condes. En voz alta dijo:

—¿Me puedes prestar veinte coronas?

Kvant asintió con la cabeza. Kristiansson andaba siempre falto de dinero.

Siguieron conduciendo despacio. A la derecha había una nueva urbanización, formada por bloques de apartamentos. A la izquierda se extendía una franja de bosque, estrecha pero densa y tupida, entre el camino y el lago de Ulvsunda.

—¡Para! —dijo Kvant.

—¿Por qué?

—Necesidades fisiológicas.

—¡Pero si casi hemos llegado!

—¡No admite dilación! —replicó Kvant.

Kristiansson giró a la izquierda y dejó que el automóvil entrara despacio en una de las talas. Luego detuvo el coche. Kvant bajó, rodeó el coche y se arrimó a unos arbustos. Separó las piernas y se puso a silbar mientras bajaba la cremallera, mirando por encima de los arbustos. Luego volvió la cabeza y descubrió a un hombre, situado a unos cinco metros de distancia, al parecer ocupado en idéntica actividad.

—Perdón —dijo Kvant, y discretamente miró en la otra dirección.

Recompuso su ropa y regresó hacia el coche. Kristiansson había abierto la puerta y estaba sentado, mirando hacia fuera.

A dos metros del coche, Kvant se detuvo en seco y exclamó:

—¡Ése se parecía a...! ¡Y allí detrás había una...!

Al mismo tiempo, Kristiansson dijo:

—Oye, ese tipo...

Kvant se dio la vuelta y se acercó al hombre de los arbustos.

Kristiansson bajó del coche.

El hombre llevaba una americana beis de pana, camisa blanca sucia, pantalones marrones arrugados y zapatos negros. Era de estatura media y tenía pelo ralo peinado hacia atrás y nariz prominente. Por lo demás, seguía todavía sin reajustarse la ropa.

Cuando Kvant estaba a dos metros, el hombre levantó el brazo izquierdo y, protegiendo su cara, exclamó:

—¡No me pegue!

Kvant se sobresaltó.

—¿Cómo? —dijo.

Su mujer, esa misma mañana, le había dicho que era un cabrón y que eso saltaba a la vista de cualquiera. Pero la verdad, esto era ya el colmo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó armándose de paciencia.

—Nada —respondió el hombre.

Mostró una sonrisa tímida y desconcertada. Kvant examinó su vestimenta.

—¿Puede usted identificarse?

—Sí, en el bolsillo tengo la carta en la que se me declara pensionista.

Kristiansson se acercó.

—Bueno, ¿y qué pasa por aquí?

El hombre le miró.

—¡No me pegue! —repitió.

—¿Se llama usted Ingemund Fransson? —preguntó Kristiansson.

—Sí —respondió el hombre.

—Creo que será mejor que nos acompañe —dijo Kvant, tomándole del brazo.

El hombre se dejó conducir al coche sin rechistar.

—Suba al asiento de atrás —dijo Kristiansson.

—Y abróchese la cremallera —añadió Kvant.

El hombre vaciló un instante. Luego sonrió y obedeció.

Kvant lo acompañó hasta el asiento de atrás y se sentó a su lado.

—Ahora, déjenos ver esa carta de pensionista —le dijo Kvant.

El hombre metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó un papel.

Kvant miró el documento y se lo pasó a Kristiansson.

—Bueno, pues no parece que haya duda —constató Kristiansson.

Kvant observaba incrédulo al hombre.

—No, es él —dijo.

Kristiansson rodeó el coche, abrió la puerta del lado opuesto y empezó a registrar los bolsillos de la americana del individuo.

Ahora, de cerca, pudo ver que tenía las mejillas hundidas y el mentón

cubierto por una barba gris, que debía ser de varios días.

—Aquí —dijo Kristiansson, extrayendo algo del bolsillo interior de la americana.

Unas bragas infantiles de color azul claro.

—Bueno —manifestó Kvant—. Esto zanja el asunto, ¿no te parece?

—Supongo que sí —asintió Kristiansson.

—Le cogí un trozo de chocolate —dijo el hombre llamado Ingemund Fransson—. Pero al niño le di un billete de tranvía. Ni siquiera estaba terminado. Quedaba un viaje.

Kristiansson no encontró nada más en los bolsillos. Kvant cerró la puerta.

—¡Chocolate! —dijo enfadado—. ¡Un billete! ¡Has matado a tres niñas! ¿No...?

—Sí —dijo el hombre. Sonrió, meneando la cabeza afirmativamente—. Tuve que hacerlo —añadió.

Kristiansson permanecía fuera del coche.

—¿Cómo consiguió hacer que le acompañaran esas niñas? —preguntó.

—Ah, es que se me dan muy bien los niños. Siempre les caigo bien. Les enseño cosas. Flores y cosas así.

Kristiansson reflexionó un momento.

—¿Dónde pasó la noche? —dijo luego.

—En el cementerio del norte —contestó el hombre—. En el jardincillo de las urnas de incineración.

—¿Ha dormido allí todo el tiempo? —preguntó Kvant.

—A veces. También en otros cementerios. No me acuerdo muy bien.

—Y durante el día... —dijo Kristiansson—. ¿Dónde ha pasado el día?

—En distintos lugares... He pasado mucho tiempo en las iglesias. Son tan bonitas. Tan tranquilas y silenciosas. Puedo pasar horas y horas allí.

—Pero ha tenido mucho cuidado de no acercarse a su casa, ¿a que sí?

—No. Estuve en casa... Una vez. Me había manchado los zapatos. Y...

—¿Y?

—Tuve que cambiarme y ponerme mis viejas zapatillas de deporte. Luego me compré zapatos nuevos, claro. Muy caros. Hay que reconocer que su precio era realmente desorbitado. —Kristiansson y Kvant le miraban fijamente—. Y fui a por mi americana.

—Comprendo —dijo Kristiansson.

—La verdad es que, para pasar la noche al aire libre, hace bastante fresco —dijo el hombre, como con ganas de dar conversación.

Oyeron el ruido de unos pasos rápidos. Una joven en bata azul y zuecos se acercaba corriendo. Descubrió el coche patrulla y se detuvo en seco.

—Ah —dijo jadeando—. ¿No habrán...? Mi hija... mi vida... No la puedo encontrar... Se me ha escapado. ¿La han visto? Lleva un vestido rojo...

Kvant bajó la ventanilla para decir algo. Luego se controló y dijo educadamente:

—Sí, señora. Está detrás de los arbustos jugando con una muñeca. No pasa nada. Acabo de verla hace un momento.

Kristiansson escondió instintivamente las bragas azul claro tras la espalda intentando mostrar una sonrisa a la mujer. No le salió muy bien.

—No pasa nada —dijo bobamente.

La mujer se acercó corriendo a los matorrales. Acto seguido se oyó una voz clara de niña:

—¡Hola, mamá!

Las facciones de Ingemund Fransson se desdibujaron. Su mirada se tornó fría y esquiva.

Kvant le cogió fuerte del brazo.

—Venga, vámonos ya, Kalle —dijo.

Kristiansson cerró la puerta de un golpe, se puso al volante y arrancó el motor. Mientras subía al camino, dando marcha atrás, dijo:

—Sólo me pregunto una cosa.

—¿Qué?

—¿A quién habrán rodeado en Djurgården?

—Pues vete tú a saber —dijo Kvant.

—Por favor, no me apriete tan fuerte —dijo el hombre que se llamaba Ingemund Fransson—. Casi me duele.

—Cállate —le espetó Kvant.

• • • • •

Martin Beck seguía todavía en Biskopsudden, Djurgården, a casi ocho kilómetros de la alameda de Huvudsta. Permanecía completamente quieto, con la mano izquierda en la barbilla, mirando a Kollberg.

Éste tenía la cara roja y estaba empapado en sudor. Un agente de motocicleta con casco blanco y un *walkie-talkie* en la espalda acababa de despedirse con un saludo militar y se alejaba en su moto.

Dos minutos antes, Melander y Ronn se habían llevado al hombre que decía llamarse Fristedt a su casa en Bondegatan, dándole así la oportunidad de probar su identidad. Aunque se trataba de una pura formalidad. Martin Beck y Kollberg no tenían ya duda alguna de que era una pista falsa.

En el lugar quedaba sólo un coche patrulla. Kollberg estaba al lado de la puerta delantera, abierta. Martin Beck permanecía a unos pocos metros de distancia.

—Aquí hay algo —dijo el hombre del coche—. Algo en la radio.

—¿Qué? —preguntó Kollberg con desánimo.

El agente del coche escuchaba con atención.

—Un par de colegas de Solna. Un coche radiopatrulla.

—¿Sí?

—Lo han cogido.

—¿A Fransson?

—Sí, le tienen en el coche.

Martin Beck se acercó. Kollberg se inclinó hacia delante para escuchar mejor.

—¿Qué dicen? —preguntó Martin Beck.

—Está completamente claro —dijo el agente del coche—. La identidad está confirmada. Incluso ha confesado. Además, llevaba en el bolsillo unas bragas infantiles de color azul claro. Lo han pillado in fraganti.

—¿Qué? —exclamó Kollberg—. ¿In fraganti? ¿Ha...?

—No, llegaron a tiempo. La niña está sana y salva.

Martin Beck apoyó la frente contra el borde del techo del coche. La chapa estaba caliente y polvorienta.

—Dios mío, Lennart, ¡se acabó!

—Sí —dijo Kollberg—. Por esta vez, sí.



PER WAHLÖÖ (Halland, Suecia, 6 de agosto de 1926 - Malmö, Suecia, 22 de junio de 1975). Después de graduarse en la Universidad de Lund en 1946, trabajó como periodista cubriendo las secciones de sociedad y sucesos para numerosos periódicos y publicaciones. En los años 50 Wahlöö se comprometió con la causa política más radical de Suecia, lo que le llevó a su deportación hasta la España de Franco.

A su vuelta a Suecia escribió numerosos guiones para radio y televisión y entró como editor en varias revistas hasta convertirse en escritor a tiempo completo. Como novelista, Wahlöö debuta con *Hövdingen* (*The Chief*, 1959), primera parte de una serie de siete novelas y una colección de relatos breves sobre la Dictadura. *Lastbilen* (1962), la tercera parte de esa serie, fue publicada en Estados Unidos como *A Necessary Action* y en Gran Bretaña como *The Lorry*. Fueron seguidas por *Uppdraget* (*The Assignment*, 1963), otro brillante *thriller* situado en América Latina.

En 1965 Wahlöö completó la más compleja de sus siete novelas de la serie de la Dictadura: *Los generales*, una intrincada historia en un estado militar. La serie de la Dictadura incluía también el thriller futurista *Mod PÅ 31: a VANINGEN* (*Asesinato en la planta 31*, 1965), que fue llevado al cine en 1989 por el director R. W. Fassbinder y *Stålspranget* (*Steel Spring*, 1968).

En 1961 Per Wahlöö conoció a Maj Sjöwall. Esto marcó el inicio de una colaboración que los situaría en el podio de escritores de novela negra del

momento.

Per Wahlöö murió de cáncer en 1975, semanas antes de la publicación de *Los terroristas*, la última novela de la serie de Martin Beck.

MAJ SJÖWALL (Estocolmo, Suecia, 25 de septiembre de 1935). Estudió Periodismo y Artes Gráficas. Trabajó como reportera para periódicos y revistas de Suecia antes entrar en la editorial *Wahlström & Widstrand*. Durante todo ese periodo no dejó de hacer traducciones del inglés, una tarea que desempeñó profesionalmente desde los 19 años.

En la revista *Idun*, con la que empezó a trabajar en 1961, conoció al que sería su compañero durante 14 años: Per Wahlöö. Se fueron a vivir juntos en 1962 y publicaron su primera novela a cuatro manos tres años más tarde, en 1965, *Roseanna*. Fue el primer título del detective Martin Beck.

Igual que su pareja, Sjöwall fue una izquierdista y marxista convencida y sus novelas retrataban tramas policíacas pero también a la misma sociedad sueca. La pareja produjo una novela al año durante una década (de 1965 a 1975), hasta la muerte de Per Wahlöö a la edad de 48 años de cáncer de páncreas en el hospital Sankt Pauli de Malmö el 23 de junio de 1975.

En 1971 se les concedió el *Premio Edgar Allan Poe* de novela negra por su cuarta novela, *El policía que ríe*. Fue la primera vez que se otorgaba a una novela no escrita en inglés, y dos años más tarde el director Stuart Rosenberg adaptó esta obra al cine, con Walter Matthau en el papel de Martin Beck, con el título de *The Laughing Policeman* (traducida al español como *San Francisco, ciudad desnuda*).

En 2013 recibió en Barcelona, el VIII *Premio Pepe Carvalho* de novela negra.

Per y Maj, a pesar de que no llegaron a casarse, tuvieron dos hijos, Tetz (nacido en 1963) y Jens (en 1966). Tanto Per como Maj tenían cada uno otro hijo antes de conocerse.